

## [EXPOSICIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.]

ADVERTENCIA A LA SIGUIENTE EXPOSICIÓN DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

393 I. Dado que de todos los Cantares de la Sagrada Escritura, el más excelso es aquel que tanto los hebreos como los griegos y latinos llaman el Cantar de los Cantares, no debe sorprender que en su interpretación y exposición hayan trabajado arduamente no solo cristianos, sino también judíos, muchos hombres eruditos. Entre los doctores hebreos se cuentan los célebres Rabí Salomón, Aben Ezra, David Kimhi. Entre los cristianos, comenzando por los griegos, los más destacados Padres y maestros de la Iglesia Griega han ejercitado su ingenio en investigar y desentrañar los misterios de este divino Cantar, especialmente Orígenes, Gregorio de Nisa, Teodoreto. Entre los latinos, dejando de lado incluso a los intérpretes más recientes, Nicolás de Lyra, el cardenal Hugo, Dionisio Cartujano, y otros cientos; casi todos los que en siglos pasados florecieron en la alabanza de la piedad y la doctrina, han escudriñado diligentemente los sentidos ocultos de este sagrado Cantar, para inflamar en amor divino a sí mismos y a otros. Entre ellos, Tomás de Aquino, Honorio de Autun, Ricardo de San Víctor, Bernardo de Claraval, Ruperto de Deutz, Roberto de Tombelaine, cuyos Comentarios menciona Orderico Vital en el libro VIII (año 1087), Angelomus de Luxeuil, Alcuino, el Venerable Beda, Aponio, Casiodoro, o cualquier otro autor del Comentario atribuido a Casiodoro, y Justo de Urgel. Omitimos a Juliano de Eclana, obispo en Campania, quien según el Venerable Beda (Lib. I en Cant.) escribió sobre el Cantar, por ser enemigo de la gracia, que en este libro sagrado se derrama copiosamente.

II. Sin embargo, antes de nuestro Gregorio, de los cuatro santos doctores que principalmente venera y observa la Iglesia Latina, ninguno se había dedicado a explicar el libro del Cantar de los Cantares.

Por tanto, no fue suficiente para el santísimo Padre insertar esporádicamente en sus escritos flores extraídas del Cantar de los Cantares, y añadirles, según los múltiples sentidos de la Sagrada Escritura, diversas interpretaciones, como si fueran tantas cintas escarlatas y doradas (de las cuales, sin embargo, el Venerable Beda, deleitado por su fragancia, compuso un libro séptimo completo sobre el Cantar; en este género de escritura, confiesa haber sido precedido por el Paterio); sino que, embriagado por la suavísima contemplación de los divinos misterios ocultos en ese sagrado libro, en el Comentario que aquí nos disponemos a publicar, eructó lo que había bebido en su meditación continua.

III. Pedro Gussanvillaeus, quien fue el último en esforzarse por publicar las obras de Gregorio, intentó privar a nuestro Gregorio de esta excelente exposición, a quien seguimos erróneamente en la Vida de San Gregorio escrita en francés, cuando aún no habíamos encontrado tantos libros manuscritos, tanto de esta exposición, en los que hasta ahora había permanecido en gran parte oculta, como de la genuina colección Pateriana, de la cual se extrae un argumento invicto para atribuir esta obra a Gregorio. Sin embargo, no es difícil refutar todas las razones con las que sostiene su opinión, a partir de tantos antiguos monumentos que hemos sacado a la luz.

IV. Ciertamente, nadie puede negar que Gregorio disertó sobre el Cantar de los Cantares y dio Homilias que fueron transcritas por su discípulo Claudio, quien luego fue abad, como él mismo lo indica en la epístola 24 del libro XII, indic. V, a Juan subdiácono, ya mencionada en el Prefacio al Comentario sobre el primer libro de los Reyes.

Además, Gussanvillaeus no niega que Ildefonso de Toledo, obispo, atribuya a nuestro Gregorio una obra moral sobre el Cantar de los Cantares. Y no es fácil menospreciar la autoridad de un hombre tan grande, como piensa Gussanvillaeus. Ildefonso fue solo sesenta años más joven que Gregorio; y floreció en la Iglesia Hispánica, que fue casi la primera en poseer los libros de este excelso pontífice, enviados a San Leandro, obispo de Sevilla, su muy querido amigo.

Sin embargo, estamos de acuerdo con Gussanvillaeus en que la autoridad de un solo Paterio en este asunto pesa más que muchas otras. Pero el mismo Paterio está de nuestro lado, no el espurio que Gussanvillaeus publicó, siguiendo a otros que erraron antes, sino el genuino y sincero, que pronto publicaremos a partir de numerosos manuscritos de indudable fidelidad. En efecto, en la Explicación del Evangelio según Lucas cap. XVII, sobre las palabras: Y pasaba la noche en oración a Dios, se lee en nuestro Paterio: Asimismo sobre lo mismo, 394 en la Exposición del Cantar de los Cantares lib. I: La compunción que se hace por caridad, que se enciende por el deseo, es como un beso. Pues tantas veces besa el alma a Dios, cuantas veces se compunge en su amor, etc., como se lee en el lib. I, num. 5, casi completo; es decir, hasta estas palabras: no hay necesidad (o no es necesario) de hacer un día solemne al Señor por nuestro lamento. Estas palabras se encuentran en todos los códices del verdadero Paterio que hemos podido consultar; a saber, en el Vaticano, en el de San Pedro de Beauvais, en el de Becc, en el Val. Cl. y en el de Michelino; que durante mucho tiempo buscamos en vano en la exposición del Cantar de los Cantares bajo el nombre de Gregorio en las ediciones publicadas. Pero en todos los manuscritos que pronto enumeraremos, en el lugar ya indicado, se leen con las mismas palabras. Por lo tanto, Paterio, discípulo y notario de Gregorio, consideró la exposición sobre el Cantar de los Cantares, por la cual aquí luchamos, como un legítimo fruto del santo Padre. Si a alguien le quedara alguna duda sobre la sinceridad de nuestro Paterio, que lea lo que hemos dicho en el prefacio; donde no solo con testimonios indudables, hemos restituido a Paterio sus Colecciones sacadas de las sombras, sino que también reivindicamos para Alulfo, monje de una era mucho posterior, las extracciones que hasta ahora se han vendido como Paterianas. Ahora bien, la fidelidad y sinceridad de los códices manuscritos de la Exposición sobre el Cantar debe establecerse; de la cual depende en parte la resolución de esta controversia.

V. En primer lugar, el códice de San Benigno de Dijon, donde se lee: En el nombre del Señor, etc. Comienza la Exposición sobre el Cantar de los Cantares del Beato Gregorio, papa de la ciudad de Roma. Después de haber sido expulsado de los gozos del Paraíso, etc. En la primera homilía se contiene un pasaje notable citado por Paterio. En estas palabras termina la primera homilía, pues entonces corremos después, cuando no precedemos los juicios divinos ni amando ni temiendo. Después de estas palabras que se leen en el lib. I, n. 11, al final, sigue: Termina la Hom. 1. Comienza la 2. Me introdujo el rey, etc. La Iglesia de Dios es como una casa del rey. Y esta casa, etc.

No parecerá extraño que esta obra de Gregorio se divida aquí en Homilías, ya que en la epístola de él mismo citada anteriormente se establece que las Exposiciones sobre el libro de los Reyes, sobre el Cantar, etc., fueron extraídas y recopiladas de Homilías: Porque, dice, mi querido hijo Claudio, mientras yo hablaba sobre los Proverbios, sobre el Cantar de los Cantares... sobre los libros de los Reyes... lo que yo no pude entregar por escrito debido a la debilidad, él lo dictó con su propio sentido y estilo, etc. Por lo tanto, mirando a la primera y más rudimentaria delineación de esta obra, pudo dividirse en Homilías. Sin embargo, en tiempos de Paterio, queda claro que la división en libros ya había sido aceptada, ya que cita un pasaje notable sobre la compunción extraído del libro primero de la Exposición de San Gregorio sobre el Cantar.

Esta división en varios libros parece persistir en el códice de excelente calidad de San Martín de Tours, de más de 500 años. Pues al principio se prefiere: Comienza el libro I del Beato Gregorio, papa de la ciudad de Roma sobre el Cantar: Después de haber sido expulsado del paraíso. Que continúa hasta el versículo 3 del capítulo I del Cantar, Me introdujo el rey, pues aquí, como si fuera el comienzo de otro libro, la línea comienza con una letra mayúscula. Allí también se completa la primera homilía en el códice de Dijon, y en el Val. Cl. hay signos de una división similar. Este segundo libro llega hasta parte del versículo noveno del capítulo II, he aquí que él está detrás de nuestra pared, etc., palabras que comienzan la línea con una letra cuadrada mayúscula, y como un nuevo libro, es decir, el tercero. Termina aquí en la Exposición del versículo 5 del capítulo IV, después de lo cual sigue, con una letra mayúscula al inicio de la línea: Iré al monte de la mirra, que es el versículo sexto del mismo capítulo. Este cuarto libro que comienza aquí se extiende hasta el versículo 3 del capítulo VI, Eres hermosa, amiga mía, que se escriben de la misma manera que los inicios de otros libros; de donde deducimos que aquí está el comienzo del libro V, cuyo final y al mismo tiempo el principio del sexto libro y último parecen señalarse en estas palabras del versículo noveno del capítulo VI: ¿Quién es esta que sube, etc., como deducimos de la letra más grande observada al inicio. En el primer libro aparece el pasaje sobre la compunción citado por Paterio, como en otros manuscritos que se enumerarán a continuación.

El más destacado de estos es el que se conserva en el monasterio de Vallis Clarae; de hecho, parece preferible a los demás que hemos consultado por su antigüedad y elegancia, por lo que debe describirse aquí con más detalle. Este códice contiene en primer lugar el libro de la Regla Pastoral, al final del cual se lee en letras rojas: Termina el libro Pastoral del beato Gregorio, papa de la ciudad de Roma. Luego, con la misma mano, y con los mismos caracteres resplandecientes en minio: Comienza el Prólogo del beato Gregorio, papa sobre el Cantar: Después de haber sido expulsado del paraíso, etc. Al finalizar el prólogo, se lee escrito en minio: Termina el Prólogo. Comienza la Explicación sobre el Cantar de los Cantares. Que me bese. No hay en este códice ni división de libros, ni de capítulos. Las últimas palabras son, como en las ediciones y en nuestros manuscritos: A quien por nosotros entregado a la muerte, y resucitado a la inmortalidad, debemos a nosotros mismos, tanto el espíritu como el cuerpo. Él que vive, etc. Inmediatamente se añade: Termina la Exposición del beato Gregorio, papa sobre el Cantar de los Cantares.

El códice parece haber sido escrito con la misma mano que las primeras hojas referentes a la fundación y dotación del monasterio; y el inicio de ese cenobio se asigna al año 1134. Que este códice fue leído en el convento de los Hermanos antes de Completas, como es costumbre entre los monjes que militan bajo la regla de San Benito, 395 se hace evidente por la puntuación y las notas que indican cuándo elevar o bajar la voz. De donde se obtiene un argumento no menor de que fue escrito y utilizado para lecturas públicas diarias antes de que la excelente obra de San Bernardo sobre el Cantar fuera elaborada o al menos publicada. Pues no es razonable creer que los cistercienses, después de que esta explicación del Cantar, muy superior a las demás, fuera emitida por un alumno tan destacado de la familia cisterciense, incluso su padre, quisieran usar otra para leer en la colación antes de Completas.

De la antigüedad de este códice se deduce fácilmente que el prólogo descrito en él: Después de haber sido expulsado del paraíso, fue atribuido a Ricardo de San Víctor sin razón; quien probablemente aún no había pensado en escribir sobre el Cantar cuando se escribió el mencionado códice. ¿Qué responderían entonces los editores de las obras de Ricardo si se les mostraran códices mucho más antiguos que Ricardo, como el códice de Dijon, del que ya se ha hablado, escrito en el siglo 10, o al menos en el 11?

A esta época se acerca el códice de Utica o del monasterio de San Ebrulfo. Este, ciertamente (para que no parezca que disimulamos algo que perjudique nuestra causa) no lleva el nombre de San Gregorio, ni de otro autor, ni al principio ni al final; sino que simplemente se lee: Comienza el Prólogo, etc. Sin embargo, dado que en él, como en los demás manuscritos, se lee la notable sentencia sobre la Compunción, que Paterio juzgó digna de ser incluida en su Colección, no cabe duda de que el prólogo añadido a la Exposición Gregoriana, con estas palabras escritas de manera continua y consecuente: Termina el Prólogo. Comienza la Exposición sobre el Cantar de los Cantares, fue considerado entonces como Gregoriano. Pero quienes escribieron este códice, y en él incluyeron muchas obras de diversos Padres, no suelen anteponer los nombres de los autores. Este libro está escrito con gran precisión, de modo que apenas hemos notado un error en él. No se divide en libros, ni en homilías, ni siquiera en capítulos; sino que la escritura fluye en la misma serie sin interrupción de líneas, incluso donde, al finalizar la explicación de un versículo, se presenta otro para ser explicado, salvo siete versículos que inician línea, a saber: Los hijos de mi madre lucharon contra mí. Hermosas son tus mejillas como las de una tórtola. Salid, hijas de Sion. Tus dos pechos son como dos cervatillos. Vuelve, vuelve, Sunamita. ¿Quién es esta que sube del desierto llena de delicias? Hubo una viña para el pacífico. Sin embargo, muchos otros versículos comienzan con una letra más grande en rojo, pero no se interrumpe por ello la serie de la escritura.

Por último, se deben mencionar dos otros códices, uno de la Biblioteca de San Remigio en Reims, y otro del monasterio de San Teodorico, no lejos de la misma ciudad. Ninguno de los dos códices supera los 400 años de antigüedad, pero el de San Teodorico fue copiado de otro mucho más antiguo del mismo monasterio, que ahora se ha perdido.

VI. Confirmados por la inspección de tantos manuscritos, y especialmente por el testimonio de Paterio, no dudamos en que esta obra, ciertamente digna de un doctor tan grande, debía ser restituida a Gregorio. Se añadió la autoridad del Maestro de las Sentencias, libro I, dist. 37, num. 1, donde se lee: El Beato Gregorio sobre el Cantar de los Cantares dice, AUNQUE Dios está presente de manera común en todas las cosas, en presencia, poder, sustancia, etc., pasaje que también cita Santo Tomás. Aunque ambos, al citar esta sentencia, parecen haberse equivocado (pues no está en la exposición sobre el Cantar), sin embargo, de ahí se prueba que en tiempos de Pedro Lombardo, quien floreció en el siglo XII, y fue contemporáneo de Ricardo de San Víctor, y después, no había duda de que San Gregorio había expuesto el Cantar; cuya obra entonces estaba en manos de todos.

VII. Y no debe sospecharse que, en lugar de la obra Gregoriana, deba considerarse la que ya se ha impreso, cuyo Prólogo comienza así: Porque si al ciego, si al que está lejos de Dios. Existen ciertamente algunos códices manuscritos en los que el Prólogo se lee de esta manera, seguido por la Exposición que comienza con estas palabras: El beso del esposo es la inspiración de Cristo, etc., como en las ediciones publicadas. Encontramos tres en París en la Biblioteca Victorina, en los que se omite el nombre del autor, salvo que en uno una mano más reciente inscribió San Gregorio, mientras que las huellas de otro nombre borrado permanecen. Estos o similares códices fueron utilizados por quienes se encargaron de la primera edición de la exposición de Gregorio sobre el Cantar en París por Rembold en 1498, que no pudimos ver; pero utilizamos otra edición parisina de 1518, la de Gilot de 1571, la Vaticana, etc. Y fácilmente descubrimos que este Prólogo no es más que un compendio del nuestro, lo cual se hace evidente a cualquiera que lo lea y compare.

En cuanto a la Exposición ya publicada, que difiere de la nuestra hasta las palabras: Hermosas son tus mejillas, vers. 9 cap. I, después del testimonio indudable de Paterio a favor de la nuestra, ¿quién negaría que esta debe preferirse a la otra?

Juan Tritemio conocía esta obra, quien en el índice de volúmenes escritos por el papa San Gregorio, que el mismo Gussanvillaeus presenta, designa aquellos por las primeras palabras con las que comienzan, y menciona esta: Escribió, dice, muchos volúmenes necesarios, en los que se encuentran los siguientes: En el libro de Job: Entre muchos a menudo se pregunta... En el Cantar de los Cantares: Después de haber sido expulsado de los gozos del Paraíso, etc.

VIII. Por lo tanto, hemos considerado que esta notable obra, oculta en tantos manuscritos, debía ser sacada de las sombras y donada a la luz pública. Pero sobre su división y partición, en la que los códices no coinciden, hemos deliberado durante mucho tiempo con incertidumbre. Finalmente, nos ha parecido mejor la que ofrece el mismo libro sagrado aquí expuesto. Pues así como se divide en ocho capítulos, así hemos considerado que su explicación debe dividirse en el mismo número. Pero hemos distribuido los capítulos en varios artículos designados con números según nuestra costumbre. En los demás también hemos seguido el mismo método, en cuanto a las breves anotaciones, tanto para inscribir en los márgenes como para subyacer a las columnas, que hemos utilizado en otras obras de San Gregorio publicadas, y que sabemos que son aprobadas por hombres doctos.

IX. Resta que respondamos a la objeción que puede hacerse por la diversidad de estilo; pues no negamos que aquí se percibe alguna. Tal vez el argumento propuesto y tratado, ciertamente inusual, obligó a cambiar el estilo, a saber, el libro del Cantar que debía ser explicado, en el que se observa un género de escritura completamente diferente al de los otros libros de la Sagrada Escritura. Además, dado que leemos que esta exposición fue tomada por Claudio, como se ha dicho sobre los Comentarios sobre el libro de los Reyes, y escuchamos a Gregorio quejarse de su estilo cambiado en la epístola ya citada; de esta discrepancia de estilo, que se observa principalmente en el prólogo, nuestra opinión se confirma más y más. En efecto, reivindicamos esta obra para Gregorio de tal manera que a Claudio, quien la tomó y organizó, y se vio obligado a suplir algunas cosas por lapsos de memoria, se le atribuya también en parte. Por otro lado, quedan muchos vestigios del estilo Gregoriano, como el lector diligente no tendrá dificultad en observar, especialmente hasta el versículo 9 del primer capítulo, donde los mismos versículos se infieren y se vuelven en varios sentidos, típicos, alegóricos, morales, con un método familiar al santo Doctor, y muy conocido en los libros de los Morales. Estas cosas no escapan a la diligencia del lector erudito. Sin embargo, la principal preocupación del lector al leer este libro, cuyas palabras son tantas chispas de amor divino, debe ser arder con estas sagradas llamas con Gregorio, por quien Dios envió fuego a la tierra; y ¿qué quiere sino que se encienda?

## EXPOSICIÓN DEL SANTO GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES. (C,G,S)\*

### PRÓLOGO.

397 1. Después de que el género humano fue expulsado de los gozos del paraíso, al venir a esta peregrinación de la vida presente, tiene un corazón ciego para el entendimiento espiritual. Si a este corazón ciego se le dijera con voz humana, sigue a Dios, o ama a Dios, como se le dijo en la Ley, una vez enviado fuera y frío por la pereza de la infidelidad, no comprendería lo que oye. Por eso, a través de ciertos enigmas, el discurso divino habla al

alma perezosa y fría, y de las cosas que conoce, le insinúa secretamente el amor que no conoce.

2. La alegoría hace para el alma, que está lejos de Dios, como una especie de máquina, para que a través de ella se eleve hacia Dios. Pues al interponer enigmas, mientras reconoce algo en las palabras que le es propio, en el sentido de las palabras entiende lo que no le es propio; y a través de palabras terrenales se separa de la tierra. Pues a través de lo que no rechaza conocido, entiende algo desconocido. Las cosas conocidas por nosotros, a través de las cuales se confeccionan las alegorías, visten las sentencias divinas, y, mientras reconocemos exteriormente las palabras, llegamos al entendimiento interior.

3. Es por esto que en este libro, que está escrito en el Cantar de los Cantares, se utilizan palabras de amor casi corporal, para que el alma, sacudida de su letargo por palabras de su propia costumbre, se despierte y se caliente; y a través de las palabras del amor que está abajo, se despierte al amor que está arriba. En este libro se mencionan besos, se mencionan pechos, se mencionan mejillas, se mencionan muslos; en estas palabras no debe ser ridiculizada la sagrada descripción, sino que debe considerarse la mayor misericordia de Dios; porque al nombrar los miembros del cuerpo y así llamar al amor, debe notarse cuán maravillosamente y misericordiosamente obra con nosotros. Para encender nuestro corazón con la incitación del sagrado amor, se extendió hasta las palabras de nuestro amor impuro. Pero de donde se humilla hablando, de allí nos exalta en entendimiento; porque de las palabras de este amor aprendemos con qué virtud debemos arder en el amor de la divinidad.

4. Sin embargo, debemos observar con cuidado que, cuando escuchamos palabras de amor exterior, no permanezcamos en la percepción de lo exterior; y que la máquina, que se coloca para elevarnos, no nos oprima más, impidiéndonos elevarnos. Debemos, por lo tanto, buscar en estas palabras corporales, en las palabras exteriores, todo lo que es interior, y al hablar del cuerpo, debemos hacernos como si estuviéramos fuera del cuerpo. A estas bodas del esposo y la esposa es necesario venir con el entendimiento de la caridad íntima, es decir, con la vestidura nupcial; no sea que, si no nos vestimos con la vestidura nupcial, es decir, con la inteligencia digna de la caridad, seamos expulsados de este banquete nupcial a las tinieblas exteriores, es decir, a la ceguera de la ignorancia. Debemos pasar a través de estas palabras de pasión a la virtud de la impassibilidad. Así es la Sagrada Escritura en palabras y sentidos, como una pintura en colores y cosas; y es muy necio quien se aferra tanto a los colores de la pintura que ignora las cosas que están pintadas. Porque si abrazamos las palabras que se dicen exteriormente y desconocemos el sentido, es como si ignoráramos las cosas que están pintadas y solo sostuviéramos los colores. La letra mata, como está escrito, pero el espíritu vivifica (II Cor. III, 6); porque así como la letra cubre el espíritu, la paja cubre el grano; pero es propio de los animales comer paja; de los hombres, el grano. Quien, por lo tanto, usa la razón humana, debe desechar la paja de los animales y apresurarse a comer el grano del espíritu; para esto es útil, para que los misterios de la letra estén cubiertos. Por eso está escrito: Los sabios esconden la inteligencia (Prov. X, 14). Porque, sin duda, bajo el velo de la letra se cubre la inteligencia espiritual. Por eso, nuevamente, en el mismo libro está escrito: Gloria de Dios es ocultar una palabra (Prov. XXV, 2). Porque cuanto más sutil e interiormente se investiga a Dios, más gloriosamente aparece a la mente que lo busca; pero, ¿acaso no debemos buscar lo que Dios oculta en los misterios? Debemos, ciertamente, porque sigue: Y gloria de los reyes es investigar el discurso (Ibid.). Porque quienes ya saben gobernar sus cuerpos o los movimientos de la carne, son reyes. Por lo tanto, la gloria de los reyes es investigar el discurso, porque es alabanza de los que viven bien escudriñar los secretos de los mandamientos de Dios. Al escuchar las palabras de la conversación humana,

debemos estar como fuera de los hombres; no sea que, si escuchamos humanamente lo que se dice, no podamos sentir nada de divinidad en lo que debemos escuchar. Pablo deseaba que sus discípulos ya no fueran hombres, cuando les decía: Porque habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois hombres? (I Cor. III, 3). El Señor tampoco consideraba ya hombres a sus discípulos cuando decía: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? (Mat. XVI, 13). Y cuando le respondieron con palabras de hombres, inmediatamente añadió: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Porque cuando dice hombres arriba, y luego añade vosotros, hace una cierta distinción entre hombres y discípulos, porque al insinuarles cosas divinas, los hacía estar por encima de los hombres, como dice el Apóstol: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron (II Cor. V, 17). Y sabemos que en nuestra resurrección el cuerpo se unirá al espíritu, de modo que todo lo que fue de pasión se asumirá en la virtud del espíritu. Por lo tanto, quien sigue a Dios debe imitar diariamente su resurrección; para que, así como entonces no tendrá nada pasible en el cuerpo, ahora no tenga nada pasible en el corazón; para que, según el hombre interior, ya sea una nueva criatura, ya pise todo lo que fue viejo, y en las palabras antiguas busque solo la fuerza de la novedad.

5. La Sagrada Escritura es, en efecto, un monte del cual el Señor viene a nuestros corazones para que entendamos; de este monte se dice por el profeta: Dios vendrá de Líbano, y el Santo del monte umbroso y denso (Habac. III, 3). Este monte es denso por las sentencias y umbroso por las alegorías. Pero debe saberse que cuando la voz del Señor suena en el monte, se nos ordena lavar nuestras vestiduras y purificarnos de toda contaminación de la carne, si nos apresuramos a acercarnos al monte. Porque está escrito que, si una bestia toca el monte, será apedreada (Hebr. XII, 20). La bestia toca el monte cuando, entregados a movimientos irracionales, se acercan a la altura de la Sagrada Escritura y no la entienden como deben, sino que irracionalmente la tuercen hacia la comprensión de su propia voluntad. Porque todo absurdo o perezoso de entendimiento, si es visto cerca de este monte, es muerto por sentencias muy severas, como por piedras. Este monte arde, porque la Sagrada Escritura, a quien llena espiritualmente, la enciende con el fuego del amor. Por eso está escrito: Tu palabra es muy pura (Psal. CXVIII, 140). Por eso, cuando algunos caminaban por el camino y escuchaban las palabras de Dios, decían: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV, 32). Por eso se dice por Moisés: En su mano derecha había una ley de fuego (Deuter. XXXIII, 2). La izquierda de Dios se toma por los inicuos, que no pasan a la parte derecha; la derecha de Dios son los elegidos, que son separados de los de la izquierda. En la derecha de Dios, por lo tanto, la ley es de fuego, porque en los corazones de los elegidos, que serán puestos a la derecha, arden los preceptos divinos y están encendidos con el ardor de la caridad. Que este fuego, por lo tanto, queme en nosotros todo lo que es exterior de herrumbre y vejez, para que ofrezca nuestra mente como un holocausto en la contemplación de Dios.

6. Tampoco debe pasarse por alto que este libro no se llama Cántico, sino Cantar de los Cantares; así como en el Antiguo Testamento hay cosas santas y otras Santas de las Santas, hay sábados y otros Sábados de los Sábados; así en la Sagrada Escritura, hay Cánticos y hay Cantar de los Cantares. Eran santas las cosas que se hacían en el Tabernáculo y las que se hacían exteriormente; los sábados eran los que se celebraban cada semana; pero las Santas de las Santas se recibían con una veneración más secreta, y los Sábados de los Sábados solo se celebraban en sus festividades. Así, el Cantar de los Cantares es un secreto y solemne interior, que se penetra en secretos de inteligencias ocultas. Porque si se atiende a las palabras exteriores, no es secreto.

7. También debe saberse que en la Sagrada Escritura hay Cánticos de victoria, Cánticos de exhortación y amonestación, Cánticos de exultación, Cánticos de ayuda, Cánticos de unión

con Dios. El Cántico de victoria es el que María cantó después de cruzar el Mar Rojo, diciendo: Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido honrado: caballo y jinete arrojó al mar (Exod. XV, 1). El Cántico de exhortación y amonestación es el que Moisés dijo a los israelitas al acercarse a la tierra prometida: Escucha, cielo, lo que hablo, oiga la tierra las palabras de mi boca (Deuter. XXXII, 1). El Cántico de exultación es el que Ana, al ver la fecundidad de la Iglesia en sí misma, cantó diciendo: Mi corazón se regocija en el Señor (I Reg. II, 1). Donde expresó la fecundidad de la prole eclesiástica figurada en sí misma, cuando dice: La estéril ha dado a luz muchos, y la que tenía muchos hijos ha sido debilitada (Ibid., 5). El Cántico de ayuda es el que David cantó después de la batalla, diciendo: Te amaré, Señor, mi fortaleza (Psal. XVII, 1). Pero el Cántico de unión con Dios es el que se canta en las bodas del esposo y la esposa, es decir, el Cantar de los Cantares; que es tanto más sublime que todos los Cánticos, cuanto que se ofrece en las bodas de una solemnidad más sublime. Porque por aquellos Cánticos se evitan los vicios, pero por estos cada uno se enriquece con virtudes; por aquellos se evita al enemigo, por estos se abraza al Señor con amor familiar.

8. Y debe notarse que a veces el Señor en la Sagrada Escritura se llama Señor, a veces Padre, a veces Esposo. Cuando quiere ser temido, se llama Señor; cuando quiere ser honrado, Padre; cuando quiere ser amado, Esposo. Él mismo dice por el profeta: Si soy Señor, ¿dónde está mi temor? Si soy Padre, ¿dónde está mi honor? (Malach. I, 6). Y nuevamente dice: Te desposé conmigo en justicia y fe (Osee II, 20). O ciertamente: Me acordé del día de tu desposorio en el desierto (Jerem. II, 2). Y aunque en Dios no hay un cuando y un cuando no, porque primero quiere ser temido para ser honrado, y primero honrado para ser alcanzado, se llama Señor por el temor, y Padre por el honor, y Esposo por el amor. Por el temor se llega al honor, por el honor se llega al amor. Cuanto más digno es el honor que el temor, tanto más se alegra Dios de ser llamado Padre que Señor; y cuanto más querido es el amor que el honor, tanto más se alegra Dios de ser llamado Esposo que Padre. En este libro, por lo tanto, el Señor y la Iglesia no se llaman Señor y sierva, sino Esposo y Esposa; para que no solo se sirva al temor, no solo a la reverencia, sino también al amor, y en estas palabras exteriores se incite el afecto interior. Cuando se llama Señor, indica que fuimos creados; cuando se llama Padre, indica que fuimos adoptados; cuando se llama Esposo, indica que fuimos unidos. Pero es más ser unidos a Dios que ser creados y adoptados. En este libro, por lo tanto, donde se dice Esposo, se insinúa algo más sublime, ya que en él se muestra el pacto de unión. Estos nombres en el Nuevo Testamento (porque ya se ha celebrado la unión del Verbo y la carne de Cristo y de la Iglesia) se recuerdan con frecuente repetición. Por eso Juan dice, cuando el Señor viene: El que tiene a la esposa, es el esposo (Joan. III, 29). Por eso el mismo Señor dice: No ayunarán los hijos del esposo mientras el esposo está con ellos (Matth. IX, 15). Por eso se dice a la Iglesia: Os desposé a un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2). Nuevamente: Para presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Ephes. V, 27). Y nuevamente en el Apocalipsis de Juan: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero (Apoc. XIX, 9). Y nuevamente allí: Y vi a la esposa como una nueva novia descendiendo del cielo (Apoc. XXI, 2).

9. Tampoco está fuera de un gran misterio que este libro de Salomón se coloque tercero en sus obras. Los antiguos dijeron que hay tres órdenes de vida, la moral, la natural y la contemplativa; que los griegos llamaron vidas ética, física y teórica. En los Proverbios también se expresa la vida moral, donde se dice: Escucha, hijo mío, mi sabiduría, e inclina tu oído a mi prudencia (Prov. I, 8). En el Eclesiastés, la natural: allí se considera que todo tiende a un fin, cuando se dice: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Eccles. I, 2). En el Cantar de los Cantares se expresa la vida contemplativa, mientras en ellos se desea la venida y la visión del Señor; cuando se dice con la voz del esposo: Ven del Líbano, ven (Cant. IV, 8). O

también significó los órdenes de los tres patriarcas y sus vidas, a saber, Abraham, Isaac y Jacob. Abraham mantuvo la moralidad a través de la obediencia; Isaac figuró la vida natural cavando pozos. Cavar pozos en lo profundo es, a través de la consideración natural, investigar todo lo que está abajo. Jacob mantuvo la vida contemplativa, quien vio ángeles ascendiendo y descendiendo. Pero porque la consideración natural no se lleva a la perfección a menos que primero se mantenga la moralidad; correctamente después de los Proverbios, se coloca el Eclesiastés. Y porque la contemplación superior no se ve a menos que primero se desprecien las cosas que están abajo, correctamente después del Eclesiastés se coloca el Cantar de los Cantares. Primero, por lo tanto, es componer los modales; luego considerar todas las cosas presentes como si no estuvieran presentes; y en tercer lugar, con la mirada pura del corazón, contemplar las cosas superiores e internas. Con estos grados de libros, por lo tanto, hizo una especie de escalera hacia la contemplación, para que mientras primero se llevan bien las cosas en el mundo, luego se desprecien las cosas honestas del mundo; y finalmente se contemplen las cosas íntimas de Dios. Así, sin embargo, se espera en general la venida del Señor en esta obra con la voz de la Iglesia, para que también cada alma individualmente contemple la entrada de Dios en su corazón, como la entrada del esposo en la cámara nupcial.

10. Y debe saberse que en este libro se introducen cuatro personas hablando; a saber, el esposo y la esposa; las doncellas con la esposa, y los compañeros del esposo. La esposa es la Iglesia perfecta; el esposo, el Señor; las doncellas con la esposa son las almas que comienzan y que están creciendo con nuevo fervor; los compañeros del esposo son ya sea los ángeles, que a menudo han aparecido a los hombres viniendo de él, o ciertamente los hombres perfectos en la Iglesia, que saben anunciar la verdad a los hombres. Pero estos que individualmente son doncellas o compañeros, todos juntos son la esposa, porque todos juntos son la Iglesia. Aunque también, según cada uno, se pueden tomar estos tres nombres. Porque quien ama perfectamente a Dios, es la esposa; quien predica al esposo, es el compañero; quien aún es nuevo y sigue el camino de los buenos, es la doncella. Por lo tanto, somos invitados a ser la esposa; si aún no podemos lograr esto, seamos compañeros; si tampoco hemos alcanzado esto, al menos como doncellas acudamos a esta cámara nupcial. Porque, por lo tanto, hemos dicho que el esposo y la esposa son el Señor y la Iglesia, escuchemos como doncellas o compañeros las palabras del esposo, escuchemos las palabras de la esposa; y en sus discursos aprendamos el fervor del amor. Así, la santa Iglesia, esperando durante mucho tiempo la venida del Señor, sedienta durante mucho tiempo de la fuente de la vida, declara cómo desea ver la presencia de su esposo, cómo lo anhela.

## CAPÍTULO PRIMERO.

(Cap. I, vers. 1.) Que me bese con el beso de su boca.

1. El Señor había enviado a los ángeles, a los patriarcas y a los profetas hacia ella, trayendo dones espirituales; pero ella buscaba recibir los mismos dones no a través de los siervos del esposo, sino a través del mismo esposo. Pongamos ante nuestros ojos a todo el género humano desde el principio del mundo hasta el fin del mundo, es decir, a toda la Iglesia, como una sola esposa que había recibido las arras del don espiritual a través de la Ley; pero sin embargo buscaba la presencia de su esposo, quien dice: Que me bese con el beso de su boca. Porque suspirando la santa Iglesia por la venida del Mediador entre Dios y los hombres, por la venida de su Redentor, hace oración al Padre para que envíe al Hijo y la ilumine con su presencia: para que a la misma Iglesia no le hable ya a través de los profetas, sino con su propia boca. Por eso también está escrito en el Evangelio, cuando se sentó en el monte y pronunció palabras de preceptos sublimes: Y abriendo su boca, dijo (Matth. V, 2): como si se

dijera abiertamente: Entonces abrió su boca, quien antes había abierto las bocas de los profetas para exhortar a la Iglesia. Pero he aquí que mientras suspira, mientras busca como ausente, de repente lo ve presente. La gracia de nuestro Creador tiene esto, que cuando hablamos de él buscándolo, disfrutamos de su presencia. Por eso está escrito en el Evangelio que mientras Cleofás y otro hablaban de él en el camino, merecieron verlo presente. Por lo tanto, mientras la santa Iglesia desea al esposo encarnado aún ausente, de repente lo ve presente, y añade:

(Vers. 1.) Porque mejores son tus pechos que el vino. Y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas.

2. El vino fue la ciencia de la Ley, la ciencia de los profetas. Pero viniendo el Señor, porque quiso predicar la sabiduría a través de la carne; como que la hizo residir en los pechos de la carne: porque lo que no podíamos captar en su divinidad, lo reconoceríamos en su encarnación. Por eso no sin razón se alaban sus pechos, porque la condescendencia de su predicación logró en nuestros corazones lo que la doctrina de la Ley no pudo: primero nos nutrió la predicación de la encarnación, que la doctrina de la Ley. Que diga, por lo tanto: Mejores son tus pechos que el vino. Lo cual, confirmando aún, añade y dice: Y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Los ungüentos del Señor son las virtudes; el ungüento del Señor fue el Espíritu Santo, de quien se dice por el profeta: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Psal. XLIV, 8). Con este óleo fue ungido entonces, cuando se encarnó; porque no fue primero hombre y luego recibió el Espíritu Santo; sino que porque se encarnó mediando el Espíritu Santo, con este mismo óleo fue ungido entonces, cuando fue creado hombre. El olor, por lo tanto, de su ungüento, es la fragancia del Espíritu Santo, que procediendo de él, permaneció en él; el olor de sus ungüentos, es la fragancia de las virtudes que obró. Pero la Iglesia tenía aromas, porque tenía muchos dones del Espíritu Santo, que en la casa de Dios, es decir, en la congregación de los santos, daban el olor de buena opinión, y anunciaban la suavidad del futuro Mediador. Pero el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas: porque la fragancia de las virtudes del esposo, que se hizo a través de su encarnación, venció los preceptos de la Ley, que habían sido otorgados como arras por el esposo. Cuanto más creció la Iglesia en entendimiento, más mereció ser iluminada con la gracia de una visión más amplia. Aquellos aromas de la Ley fueron administrados por los ángeles: este ungüento fue dado por la presencia. Pero porque con la claridad de su presencia fueron superados los bienes de la Ley, que se creían sublimes, se dice correctamente: El olor de tus ungüentos sobre todos los aromas.

3. Lo que hemos dicho en general sobre toda la Iglesia, ahora lo consideremos de manera especial sobre cada alma individual. Imaginemos un alma que se adhiere al estudio de los dones, que percibe el entendimiento a través de la predicación ajena, y que desea ser iluminada por la gracia divina; para que en algún momento pueda entender por sí misma, lo que ahora no puede entender sino a través de las palabras de los predicadores; considera y dice: Que me bese con el beso de su boca. Que él me toque por dentro, para que conozca con inteligencia; y ya no con las voces de los predicadores, sino que disfrute del toque de la gracia interna. Moisés fue besado como con el beso de su boca, cuando le ofreció el entendimiento a través de la confianza de la gracia familiar. Por eso está escrito: Si hay un profeta, le hablaré en sueños; pero no como a mi siervo Moisés: porque hablo con él cara a cara (Núm. XII, 6). Hablar cara a cara es como besar, y tocar con la mente la inteligencia interna. Sigue:

(Vers. 1.) Porque tus pechos son mejores que el vino.

4. Los pechos de Dios son, como dijimos antes, la condescendencia de su humildísima encarnación. La sabiduría del mundo es como un cierto vino: embriaga la mente, porque la aleja del entendimiento de la humildad. Los filósofos se embriagan con un cierto vino, mientras pasan por el amor secular del pueblo. La Iglesia desprecia esa sabiduría, y desea la humildísima predicación de la encarnación del Señor (le parece más sabio lo que se nutre de la debilidad de su carne, que lo que este mundo se exalta con la falsa prudencia), y dice: Porque tus pechos son mejores que el vino, es decir, la predicación de tu humildísima encarnación supera la sabiduría velada del mundo. Por eso está escrito: Lo que es débil en Dios es más fuerte que los hombres; y lo que es necio en Dios es más sabio que los hombres (I Cor. I, 25). Pero como los sabios de este mundo a veces parecen dedicarse a ciertas virtudes (puedes ver a muchos tener caridad, mantener la mansedumbre, practicar la honestidad exterior en todo; virtudes que no exhiben para agradar a Dios, sino a los hombres: por eso no son virtudes, porque no buscan agradar a Dios: sin embargo, huelen bien en las narices humanas, mientras dan una buena opinión al juicio humano), pero compárese esto con el verdadero olor de nuestro Redentor, compárese con las verdaderas virtudes, y dígase: El olor de tus ungüentos supera todos los aromas. Es decir, la fragancia de tus virtudes supera toda apariencia de las virtudes de los sabios del mundo, porque evidentemente trasciende sus imágenes ficticias con la verdad. Porque dijimos que esto, que se dijo de cada alma, se siente en segundo lugar; aún con la ayuda del Señor, si podemos, examinemos este mismo sentido con más sutileza.

5. Toda alma que teme a Dios ya está bajo su yugo, pero aún está lejos, porque teme: pues cada uno progresa hacia Dios en la medida en que pierde el temor al castigo y percibe la gracia de la caridad de Él. Imaginemos un alma de cualquier elegido, que se enciende con un deseo continuo en el amor de la visión del esposo, porque lo que no puede percibir perfectamente en esta vida, contempla su grandeza, y se conmueve por el mismo amor; porque esa misma conmoción que se hace por caridad, que también se enciende con deseo, es como un cierto beso; tantas veces besa el alma a Dios, cuantas veces se conmueve en su amor. Hay muchos que ya temen al Señor, ya reciben buena obra; pero aún no besan, porque no se conmueven por su amor. Esto se señaló bien en el banquete del fariseo, quien, habiendo recibido al Señor, y mientras la mujer besaba sus pies, murmuraba en su corazón, escuchó: Al entrar en tu casa, no me diste beso; pero esta, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies (Luc. VII, 44). Todo el que ya hace limosnas, que ya se dedica a las buenas obras, recibe a Cristo en el banquete, alimenta a Cristo, quien no deja de sostenerlo en sus miembros; pero si aún no se conmueve por amor, aún no besa sus huellas. Por lo tanto, se prefiere a la mujer que besa al pastor, porque se prefiere al que da sus cosas exteriores, al que se conmueve en el deseo del Señor con el ardor interno de la mente. Pero se dijo bien: No ha cesado de besar mis pies. No basta con conmoverse una vez en el amor de Dios y descansar, sino que la conmoción debe ser y crecer: por eso la mujer es alabada, porque no dejó de besar, es decir, no cesó de conmoverse. Por eso se dice por el profeta: Estableced un día solemne en las frecuentaciones, hasta el cuerno del altar (Sal. CXVII, 27). El día solemne para el Señor es la conmoción de nuestro corazón; pero entonces se establece un día solemne en la frecuentación, cuando se mueve continuamente a lágrimas por su amor. Como si dijéramos: ¿Hasta cuándo haremos esto? ¿Hasta cuándo seremos afligidos por tribulaciones? Inmediatamente añadió el término hasta cuándo debe hacerse, diciendo: Hasta el cuerno del altar. El cuerno del altar es la exaltación del sacrificio interior, donde cuando lleguemos, ya no será necesario hacer un día solemne al Señor por nuestro lamento. Por lo tanto, el alma que ya desea conmoverse por amor, que ya desea contemplar la visión de su esposo, diga: Que me bese con el beso de su boca.

6. O ciertamente el beso de su boca es la misma perfección de la paz interna, a la que cuando lleguemos, no quedará nada más que buscar. Por eso se añade adecuadamente. Porque sus pechos son mejores que el vino. El vino es el conocimiento de Dios, que hemos recibido en esta vida; pero los pechos del esposo los abrazamos cuando ya lo contemplamos en la patria eterna a través del abrazo de su presencia. Diga entonces: Tus pechos son mejores que el vino. Como si dijera: Grande es ciertamente el conocimiento que me has dado de ti en esta vida; grande es el vino de tu conocimiento, con el que me embriagas; pero tus pechos son mejores que el vino, porque entonces por la apariencia y la sublimidad de la contemplación se trasciende todo lo que ahora se sabe de ti por la fe. Y el olor de tus ungüentos supera todos los aromas; mientras prevalece con la virtud del conocimiento, la virtud de la castidad, la virtud de la misericordia, la virtud de la humildad, la virtud de la caridad. Si la vida de los santos no tuviera el olor de los aromas por las virtudes, Pablo no diría: Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Cor. I, 15). Pero es mucho más excelente esa unción de Dios, a la que algún día seremos llevados; mucho más excelente es el olor de los ungüentos de Dios que los aromas de nuestras virtudes: Y si ya son grandes las cosas que hemos recibido, sin embargo, son mucho mejores las que recibiremos de la contemplación de nuestro Creador. Por eso anhele el alma y diga: el olor de tus ungüentos supera todos los aromas; es decir, esos bienes que preparas a través de la contemplación, trascienden todos estos dones de virtudes que nos has otorgado en esta vida. Digamos a esta Iglesia, digamos a esta alma, así amante, así ardiente en el amor de su esposo, ¿de dónde ha recibido tanto deseo? ¿De dónde ha aprehendido el conocimiento de su divinidad? Pero he aquí que dice de dónde lo expresa:

(Vers. 2.) Tu nombre es ungüento derramado.

7. Ungüento derramado es la divinidad encarnada. Si el ungüento está en el frasco, huele menos, pero si se derrama, el olor del ungüento derramado se expande. Por lo tanto, el nombre de Dios es ungüento derramado, porque se derramó desde la inmensidad de su divinidad hacia nuestra naturaleza, y de ser invisible, se hizo visible: si no se hubiera derramado, nunca nos habría sido conocido. Se derramó el ungüento, cuando se mantuvo como Dios y se mostró como hombre. De esta efusión dice Pablo: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo (Filip. II, 7). Lo que Pablo dijo, se despojó; esto dijo Salomón, derramó. Porque el Señor se dio a conocer al género humano a través de la humildad de la encarnación, dígamele: Tu nombre es ungüento derramado. Sigue:

(Vers. 2.) Por eso te amaron las doncellas.

8. ¿Qué entendemos aquí por doncellas, sino las almas de los elegidos renovadas por el bautismo? La vida de pecado pertenece al hombre viejo, la vida de justicia al nuevo. Porque derramó el ungüento hacia afuera, hizo que las doncellas ardieran en su amor; porque mostró las almas renovadas fragantes con su deseo. La edad infantil aún no es adecuada para el amor; la senil cesa en el amor. Es niño quien aún no ha comenzado el estudio de la vida ardiente; es anciano quien había comenzado, pero cesó. Porque ni estos arden en el Señor, quienes aún no han comenzado, ni aquellos que ya habían comenzado, pero se enfriaron; dejando de lado la edad infantil o senil, se dice que las doncellas corren, es decir, aquellas almas que están en el mismo amor ferviente.

9. Sin embargo, esto podemos entenderlo de otra manera. La adolescencia puede referirse a la debilidad. Las edades juveniles son el orden de los ángeles, que no fueron vencidos por ninguna debilidad, ni superados por ninguna flaqueza. Dígame entonces: Tu nombre es

ungüento derramado, por eso te amaron las doncellas; es decir, porque a través de tu encarnación, derramaste tu conocimiento hacia afuera, por eso las almas débiles pueden prevalecer en amar tu naturaleza humana. Aquellas Virtudes supremas, como de edad juvenil, también te aman allí donde no estás derramado, porque también te ven allí donde te mantienes en el estado de divinidad. Por lo tanto, aquellos de los órdenes supremos, como de edades juveniles, te ven incluso no derramado, te derramas hacia afuera por los hombres; para que también las doncellas, es decir, las mentes débiles, te amen. Sigue:

(Vers. 3.) Atráeme.

10. Todo el que es atraído, o no puede, o no quiere, es atraído contra su voluntad. Pero quien dice: Atráeme, tiene algo que quiere, tiene algo que no quiere [Quizás debería leerse no puede]. La naturaleza humana quiere seguir a Dios, pero superada por la costumbre de la debilidad, no puede seguir como debe. Ve, por lo tanto, que hay algo en sí misma hacia lo que tiende, algo en sí misma que no puede, y dice correctamente: Atráeme. Se veía a sí mismo queriendo, pero no pudiendo, Pablo, cuando decía: Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 25); y, Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente (Ibid., 23). Porque hay algo en nosotros que nos incita, algo que nos pesa, digamos: Atráeme tras de ti; correremos en el olor de tus ungüentos. Correremos en el olor de los ungüentos de Dios, cuando, influidos por sus dones espirituales, anhelamos en el amor de su visión.

11. Debemos saber que en lo que los hombres siguen a Dios, a veces caminan, a veces corren, a veces corren con fuerza. Quien sigue a Dios con tibieza, camina tras Él; corre, quien lo sigue con frecuencia; corre perfectamente, quien lo sigue con perseverancia. El corazón era inmóvil para seguir a Dios, y no quería caminar tras Él, cuando apareció la venida del Señor en el mundo, y movió las mentes humanas de su insensible estado. Por eso está escrito: Sus pies se detuvieron, y la tierra se movió (Habac. III, 5, según la LXX). Pero aquí no se dice movimiento, sino carrera, porque no basta con seguir, sino que también debemos correr deseando. Porque tampoco basta correr, sino que también debe correrse perfectamente, Pablo dice: Corred de tal manera que lo obtengáis (I Cor. IX, 24). Y algunos, mientras corren demasiado, caen en la indiscreción; pues piensan más de lo necesario, y ya se prefieren a aquel a quien seguían, eligiendo sus propias virtudes, y posponiendo los juicios de aquel a quien seguían. Por eso, bien cuando se decía, correremos, se añadió antes, tras de ti. Corren tras Dios, quienes consideran sus juicios, prefieren su voluntad a la suya; y se esfuerzan por llegar a Él bajo una operación digna, con discreción. De ahí que el profeta, considerando la voluntad de Dios, dice: Mi alma se adhiere tras de ti (Sal. LXII, 9). De ahí que a Pedro, cuando daba consejo, se le dice: Vuelve tras de mí, Satanás; porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mat. XVI, 23; Marc. VIII, 13). Porque las almas perfectas, con suma cautela, contemplan los juicios de Dios, y no presumen adelantarse ni por pereza, ni por fervor indiscreto, se dice bien: Tras de ti correremos en el olor de tus ungüentos. Entonces correremos tras de ti, cuando seguimos amando, y temiendo no nos adelantamos a los juicios divinos.

(Vers. 3.) Me introdujo el rey en su cámara: nos regocijaremos y nos alegraremos en ti.

12. La Iglesia de Dios es como una casa del rey; y esta casa tiene una puerta, tiene un ascenso, tiene un comedor, tiene cámaras. Y todo el que tiene fe dentro de la Iglesia, ya ha entrado por la puerta de esta; porque, así como la puerta abre el resto de la casa, así la fe abre la puerta de las demás virtudes. Todo el que tiene esperanza dentro de la Iglesia, ya ha llegado al ascenso de la casa; la esperanza eleva el corazón, para que anhele lo sublime y

abandone lo bajo. Todo el que, estando en esta casa, tiene caridad, es como si caminara en el comedor; la caridad es amplia, se extiende hasta el amor de los enemigos. Todo el que, estando en la Iglesia, ya examina lo sublime, ya considera los juicios ocultos, es como si hubiera entrado en la cámara. De la puerta de esta casa decía alguien: Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas confesaré al Señor (Sal. CXVII, 19). Del ascenso de la esperanza decía: Dispuso el ascenso en su corazón (Sal. LXXXIII, 6). De los comedores amplios de esta casa se dice: Muy amplio es tu mandamiento (Sal. CXVIII, 96). En el mandamiento amplio se designa especialmente la caridad. De la cámara del rey hablaba quien decía: Mi secreto para mí (Isa. XXIV, 16). Y en otro lugar: Oí palabras inefables, que no es lícito a los hombres pronunciar (II Cor. XII, 4). Por lo tanto, la primera entrada de esta casa, la puerta de la fe; el segundo progreso, el ascenso de la esperanza; el tercero, la amplitud de la caridad; el cuarto, ya la perfección de la caridad hacia el conocimiento de los secretos de Dios. Porque la santa Iglesia en sus miembros perfectos, en los santos doctores, en aquellos que ya están llenos y arraigados en los misterios de Dios, como si llegara a los secretos sublimes, y aún en esta voz puesta, ya penetra en ellos. Me introdujo el rey en su cámara, dice: porque a través de los profetas, a través de los apóstoles, a través de los doctores, quienes ya en esta vida penetraban los secretos sublimes de aquella vida, la Iglesia había entrado en la cámara de ese rey.

13. Y es importante observar cuidadosamente, porque no dice en la cámara del esposo, sino en la cámara del rey. Al nombrar al rey, quiere mostrar la reverencia de los secretos, porque cuanto más poderosa es la cámara, mayor es la reverencia que se debe exhibir en las cosas a las que se entra. Para que, por lo tanto, mientras cada uno progresa, quien ya exaltado por la gracia llega a los secretos sublimes, se observe a sí mismo, y se humille más por el mismo progreso. Por eso también Ezequiel, cada vez que es llevado a contemplar lo sublime, es llamado hijo de hombre, como si se le dijera: Atiende a lo que eres, y no te exaltes por las cosas a las que eres elevado. Pero es de pocos en la Iglesia, examinar y comprender estos secretos sublimes y ocultos de Dios. Sin embargo, mientras vemos que los hombres fuertes pueden llegar a tanta sabiduría, que contemplan los secretos de Dios en sus corazones, también nosotros, pequeños, tengamos confianza; porque alguna vez llegaremos al perdón, alguna vez a su gracia. Por eso, y de las palabras de las doncellas se añade:

(Vers. 3.) Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti.

14. Mientras la Iglesia en aquellos que son perfectos, entra en la cámara del rey, las doncellas se prometen a sí mismas la esperanza de regocijo; porque mientras los fuertes llegan a contemplar lo sublime, los débiles toman esperanza del perdón de los pecados.

(Vers. 3.) Me introdujo el rey en su cámara, nos regocijaremos y nos alegraremos en ti, recordando tus pechos más que el vino. Los rectos te aman.

15. Este esposo tiene pechos, quien también es llamado rey por reverencia. Tiene pechos, santos varones que se adhieren a él de corazón. Los pechos están fijados en el arca del pecho, y atraen con alimento interno a aquellos a quienes nutren con fortaleza. Por lo tanto, los santos varones son los pechos del esposo; porque extraen de lo íntimo y nutren exteriormente. Sus pechos son los apóstoles, sus pechos son todos los predicadores de la Iglesia. El vino, como dijimos antes, estaba en los profetas, el vino estaba en la ley; pero porque los mandamientos dados por los apóstoles son más amplios que los dados por los profetas, se dice correctamente ahora: Recordando tus pechos más que el vino: porque quienes pueden cumplir lo que se manda en el Nuevo Testamento, sin duda trascienden ese conocimiento de la Ley.

16. Sin embargo, esto también podemos entenderlo de otra manera: Recordando tus pechos más que el vino. Hay muchos que tienen el vino de la sabiduría, pero no tienen el conocimiento de la humildad. Estos son inflados por el conocimiento, porque la caridad no edifica. Pero hay muchos que tienen el vino del conocimiento, de tal manera que saben considerar los dones de la doctrina, los dones de la gracia espiritual; porque los dones de la gracia espiritual son como ciertos pechos en el pecho, que sutilmente ministran con conductos espirituales ocultos, y nutren. Recordando, por lo tanto, tus pechos más que el vino: porque aquellos que saben seguir los dones de tu gracia, para no atribuirse a sí mismos lo que saben, sino que no se exaltan por el mismo conocimiento que han recibido; se elevan sobre aquellos que se exaltan por su propio conocimiento. Porque es más saber humildemente que saber; ni es verdaderamente saber, no saber humildemente. Recordando, por lo tanto, tus pechos más que el vino: porque sabiendo considerar los dones de la gracia espiritual, trascienden a aquellos que tienen conocimiento, pero no tienen el conocimiento en memoria de los dones. Decir abiertamente, por lo tanto, es: Recordando tus pechos más que el vino: porque la humildad es más fuerte que el conocimiento. El vino es el conocimiento que embriaga, la memoria de los pechos que embriaga, que llama a la cognición de los dones. Recordando tus pechos más que el vino: porque la humildad vence la abundancia del conocimiento.

17. Rectos te aman: Como si dijera: Los que no son rectos aún temen. Rectos te aman: pues todo aquel que realiza buenas obras por temor, aunque en la obra es recto, en el deseo no lo es; querría que no existiera aquello que teme, y no haría buenas obras. Pero quien realiza buenas obras por amor, es recto tanto en la obra como en el deseo, pero la dulzura del amor está oculta para los que temen. Por eso está escrito: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que te temen, y has perfeccionado para los que esperan en ti! (Sal. XXX, 20). La dulzura de Dios es desconocida para los que temen a Dios, pero se hace conocida para los que aman. Por tanto, quien se esfuerza por ser recto por amor, su amor es perfecto, de modo que no teme al juez que viene, y no teme lo que escucha sobre los castigos eternos. Por eso también Pablo, mientras esperaba la venida del juez, mientras buscaba las recompensas de la vida eterna, dice: Las cuales ha preparado Dios no solo para mí, sino también para todos los que aman su venida (II Tim. IV, 8). Las recompensas eternas son preparadas por el juez para los que aman, porque todo aquel que sabe que realiza malas obras teme al juez que viene; pero quien confía en sus obras, busca la venida del juez. Por tanto, se preparan recompensas para los que esperan la venida de Dios y aman su venida; porque no aman la venida del juez, sino aquellos que confían en su causa. Toda certeza, la rectitud de la certeza está en el amor; y por eso se dice correctamente: Rectos te aman.

(Vers. 4, 5.) Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. No me miréis porque soy morena, porque el sol me ha bronceado.

18. Sabemos que en los comienzos de la Iglesia, cuando fue predicada la gracia de nuestro Redentor, unos creyeron y otros no; pero aquellos que creyeron fueron despreciados por los infieles, y como si hubieran sufrido persecución, fueron juzgados como si se hubieran desviado hacia el camino de los gentiles. Por eso la Iglesia clama en ellos contra aquellos que no se convirtieron: Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Soy morena a vuestro juicio, pero hermosa por la iluminación de la gracia. ¿Cómo morena? Como las tiendas de Cedar. Cedar se interpreta como tinieblas; Cedar fue el segundo del linaje de Ismael, y las tiendas de Cedar fueron las de Esaú. ¿Cómo entonces morena como las tiendas de Cedar? Porque a vuestra vista he sido juzgada a semejanza de los gentiles, es decir, a semejanza de

los pecadores. ¿Cómo hermosa como las cortinas de Salomón? Se dice que Salomón, cuando construyó el templo, cubrió todos los utensilios del templo con cortinas hechas. Pero ciertamente las cortinas de Salomón pudieron ser hermosas en el servicio del rey. Pero como Salomón se interpreta como pacífico, entendamos al verdadero Salomón; porque todas las almas que se adhieren a Dios son las cortinas de Salomón, mortificándose a sí mismas y regresando al servicio del rey de la paz. Soy en juicio como las tiendas de Cedar, que se juzga que me he desviado hacia el camino de los gentiles; pero según la verdad soy como las cortinas de Salomón, porque me adhiero al servicio del rey.

(Vers. 5.) No me miréis porque soy morena, porque el sol me ha bronceado.

19. Se refería a la pecadora, a aquella parte que había creído en Cristo. Pero que diga ella: No me miréis porque soy morena, porque el sol me ha bronceado. El sol mismo, el Señor, al venir me ha bronceado. Con sus preceptos mostró que no era hermosa en los preceptos de la Ley. El sol, al tocar más de cerca, broncea; así también el Señor al venir, a quien tocó más estrictamente por su gracia, bronceó; porque al acercarnos más a la gracia, más reconocemos que somos pecadores. Veamos a Pablo viniendo de Judea bronceado: Pero si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros hemos sido hallados pecadores (Gal. II, 17). Quien se encuentra pecador en Cristo, se encuentra bronceado en el sol. Pero he aquí que esta parte que creyó desde Judea sufrió persecución de los judíos infieles, afligida por muchas tribulaciones. Por eso sigue:

(Vers. 5.) Los hijos de mi madre se enfurecieron contra mí.

20. Porque los hijos de la Sinagoga que permanecieron en la infidelidad libraron una guerra de persecución contra los fieles de la Sinagoga; pero mientras esa parte que vino a la fe desde los judíos sufría persecución, se fue a la predicación de los gentiles. Por eso sigue:

(Vers. 5.) Me pusieron a guardar las viñas; mi viña no guardé.

21. Porque mientras me persiguen los que están en Judea, me hicieron guardiana en las iglesias. Mi viña no guardé, porque abandoné Judea. Por eso también Pablo dice, y también los apóstoles: A vosotros era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios; pero ya que os juzgáis indignos, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hechos XIII, 46). Como si dijera: Queremos guardar nuestra viña, pero ya que nos rechazáis, nos enviáis a la custodia de viñas ajenas. Así que lo que dijimos de la Sinagoga convertida a la fe, digamos ahora de la Iglesia llamada a la fe: Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén. La Iglesia que viene de los gentiles considera las almas de los fieles que encuentra, a las que llama hijas de Jerusalén. Jerusalén, de hecho, se dice visión de paz; considera lo que hizo, lo que se ha hecho; y confiesa las culpas pasadas, para no ser soberbia; confiesa la vida presente, para no ser ingrata, y dice: Soy morena, pero hermosa. Morena por mérito, hermosa por gracia; morena por la vida pasada, hermosa por la conversación siguiente. ¿Cómo morena como las tiendas de Cedar? Cedar, las tiendas de los gentiles fueron, las tiendas de las tinieblas fueron. Y a los gentiles se les dijo: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). ¿Cómo hermosa como las cortinas de Salomón? Porque hemos sido mortificados por la penitencia. La carne mortificada por la penitencia, como una cortina, es llevada al servicio del rey. Todos los que se afligen a sí mismos por la penitencia, se hacen miembros de Cristo. Los miembros de Cristo afligidos por la penitencia son las cortinas de Salomón, porque se convierten en carne mortificada.

22. Pero he aquí que había fieles en Judea que se desdeñaban de que los gentiles vinieran a la fe; por eso también reprenden a Pedro por haber recibido a Cornelio. Por eso en la Iglesia de los gentiles se añade: No me miréis porque soy morena. No desprecien la gentilidad de mi infidelidad, no desprecien los pecados anteriores, no miren lo que fui. ¿Por qué? porque el sol me ha bronceado. El sol broncea en aquello en lo que se imprime más estrechamente. Dios, cuando sostiene un juicio estricto, como si exhibiera más su severidad; y broncea mientras brilla más, porque mientras ejerce la severidad más sutilmente, juzga estrictamente. Como si el sol suspendiera sus rayos cuando considera clementemente nuestras obras; como si exhibiera su virtud estrictamente cuando pesa estrictamente nuestras obras. Diga entonces la Iglesia; soy morena por eso, por ser pecadora, porque el sol me ha bronceado; porque mi Creador al abandonarme, yo caí en el error.

23. Pero oh tú, así afligida, así desamparada, ¿qué mereciste? ¿qué conseguiste por don? Los hijos de mi madre se enfurecieron contra mí. Los hijos de la madre son los apóstoles; porque la madre de todos es la Jerusalén celestial. Ellos lucharon contra la Iglesia, mientras con sus predicaciones la traspasaron con lanzas, como si fuera de la infidelidad a la fe. Por eso también Pablo, como un luchador, dice: Destruyendo consejos de pensamientos, y toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios (II Cor. X, 5). Quien destruye la altitud, ciertamente es un luchador. Estos luchadores, estos hijos de la madre Jerusalén, derrotaron a la Iglesia de su error, para fundarla en la justicia. Los hijos de mi madre se enfurecieron contra mí. ¿Y qué hicieron luchando? Me pusieron a guardar las viñas. Las viñas de la Iglesia son las virtudes que fructifican; porque mientras luchan en mí contra los vicios, como si me expulsaran de mi mala fructificación, y me dieron el estudio de las virtudes; me hicieron guardiana en las viñas, para que trajeran fructificación. Después de la expulsión, diga especialmente: Mi viña no guardé. La viña de la Iglesia es la antigua costumbre del error, que mientras se pone al guardián en las virtudes, abandonó la antigua costumbre de su error.

24. Dijimos de la Sinagoga que viene a la fe; dijimos de la Gentilidad convertida; digamos entonces en general de toda la Iglesia en conjunto, y especialmente qué debe pensarse de cada alma. Los oyentes malvados suelen no considerar a sus maestros por lo que son, sino por lo que fueron. Los doctores sanos, por tanto, confiesan lo que fueron, y muestran lo que son; para que no oculten que son pecadores, ni tampoco nieguen los dones como ingratos. Diga entonces en estos la Iglesia: Soy morena, pero hermosa. Morena por mí, hermosa por el don; morena por el pasado, hermosa por lo que he llegado a ser en el futuro. ¿Cómo morena, cómo hermosa? Morena como las tiendas de Cedar, hermosa como las cortinas de Salomón. Y no es justo que alguien sea juzgado por la vida pasada, y no se atienda más a lo que fue, sino a lo que es. Por eso añade: No me miréis porque soy morena; porque el sol me ha bronceado. A veces en la Sagrada Escritura, el sol se pone como el excesivo ardor de los deseos terrenales. ¿De dónde entonces morena? Porque el sol me ha bronceado, y por el ardor del amor terrenal he sido bronceada ante el esposo, es decir, indecorosa ante el rey.

(Vers. 5.) Los hijos de mi madre se enfurecieron contra mí.

25. En toda criatura hay dos criaturas racionales creadas, la humana y la angélica: cayó el ángel; persuadió al hombre. La madre de toda criatura es la benignidad y potencia de Dios. Nosotros y los ángeles, por el hecho de ser creados racionales, tenemos como una cierta sociedad de fraternidad. Pero porque los ángeles fueron creados por la misma potencia que nosotros, quienes sin embargo, al caer, los ángeles libran guerra contra nosotros cada día; diga: Los hijos de la madre de la Iglesia se enfurecieron contra mí. He aquí que mientras luchan estos espíritus racionales, estos espíritus hijos de la madre mientras luchan contra el alma, la hacen inclinarse a las cosas terrenales, dedicarse a las acciones seculares, buscar

cosas transitorias. Por eso añade: Me pusieron a guardar las viñas, mi viña no guardé. Las viñas son acciones terrenales. Como si dijera: me pusieron a guardar en los actos terrenales, y no guardé mi viña, es decir, no guardé mi alma, descuidé guardar mi vida, mi mente; porque mientras estaba envuelta exteriormente en la acción de las cosas terrenales, me escapé de la custodia interna. Muchos se consideran a sí mismos por lo que está junto a ellos, no por lo que son. Junto a ellos están las dignidades, junto a ellos están los ministerios exteriores; y mientras guardan lo que tienen junto a ellos, descuidan guardarse a sí mismos. Diga entonces: Me pusieron a guardar las viñas, mi viña no guardé; es decir, mientras sirvo a la custodia exterior en los actos del siglo, perdí la preocupación por la custodia interior. Pero he aquí que el alma, llevada de nuevo a la gracia de su Creador, ya ama, ya busca dónde encontrar a su Redentor.

(Vers. 6.) Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía.

26. Al mediodía el sol es más ardiente. Todo aquel que arde en la fe, arde en el amor del deseo. Este esposo, que debajo es llamado cervatillo, pastorea la verdor de las virtudes en el corazón de ellos; en el corazón de ellos descansa al mediodía, en el fervor de la caridad. Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. ¿Por qué busca así dónde pastorea, dónde descansa, da la razón de su búsqueda?

(Vers. 6.) Para que no comience a vagar tras los rebaños de tus compañeros.

27. Los compañeros de Dios son amigos familiares, como todos los que viven bien; pero muchos parecen ser compañeros, y no lo son. Muchos doctores, mientras aconsejan una doctrina perversa, parecían compañeros, pero se convirtieron en enemigos. Mientras aún era doctor Arrio, Sabellio, Montano, parecían compañeros; pero cuando se difundieron estrictamente, aparecieron como enemigos. Y muchas veces las almas fieles, mientras se adhieren a la palabra de Dios, mientras aman en los doctores de quienes pueden aprender, no saben cuidarse de las palabras de los doctores perversos, y desfallecen por sus palabras. ¡Cuántos pueblos creyeron en esos compañeros, y mientras los persiguen, vagaron tras los rebaños de los compañeros! Diga entonces: Indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía, para que no comience a vagar tras los rebaños de tus compañeros. Indica en cuyos corazones verdaderamente descansas, para que no comience a vagar tras los rebaños de aquellos que parecen ser tus compañeros, es decir, que se creen tus familiares, y no lo son. Todos los sacerdotes, todos los doctores son compañeros de Dios, en cuanto a la apariencia; pero en cuanto a la vida, muchos no son compañeros, sino adversarios. Pero esto mismo que dijimos de los maestros heréticos, podemos decir de los católicos que no actúan bien. Muchos fieles pequeños dentro de la Iglesia desean vivir bien, quieren llevar una vida de rectitud, consideran la vida de los sacerdotes que les están puestos; y mientras esos sacerdotes no viven bien, mientras los que están al frente no viven rectamente, los que los siguen caen en el error. Por eso también la Iglesia, como en esos pequeños y fieles, dice: Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. Indícame la vida de los que verdaderamente te sirven, para que sepa dónde pastoreas; la verdor de las virtudes, para que sepa dónde descansas al mediodía, es decir, dónde reposas en el fervor de la caridad; para que no, mientras miro los rebaños de tus compañeros, comience a vagar, sin saber a quién confiarme y a quién seguir. Todo oyente, todo débil, debe considerar cuidadosamente a quién debe creer, de quién debe usar la enseñanza, de quién debe seguir los ejemplos. Y he aquí que las palabras del esposo se devuelven a la esposa.

(Vers. 7.) Si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres, sal, y sigue las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos junto a las tiendas de los pastores.

28. Toda alma no debe cuidar más que conocerse a sí misma. Quien se conoce a sí mismo, reconoce que fue hecho a imagen de Dios, no debe seguir la semejanza de los animales, ya sea en la lujuria o en el deseo de disolverse en lo presente. De esta ignorancia se dice en otro lugar: El hombre, estando en honor, no entendió, fue comparado a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos (Sal. XLVIII, 13). Las huellas de los rebaños son las acciones de los pueblos, que cuanto más numerosas son, tanto más impedidas, tanto más perversas. Se dice entonces a la Iglesia: Si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres, sal, y sigue las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos junto a las tiendas de los pastores. Oh tú, que por la ignorancia eres fea, por la fe te has hecho hermosa entre las almas de otros. Lo que se dice claramente a la Iglesia de los elegidos; si no te conoces, es decir, esto mismo, que fuiste hecha a mi imagen, no lo conoces; sal, es decir, afuera. Si no conoces de quién fuiste hecha, sal y ve; sigue las huellas de los rebaños; sigue, no mis ejemplos, sino los ejemplos de los pueblos, y apacienta tus cabritos junto a las tiendas de los pastores. Nuestros cabritos son los movimientos carnales, nuestros cabritos son las tentaciones ilícitas. Ve tras las huellas de los rebaños, es decir, desciende tras las huellas de los pueblos, y apacienta tus cabritos, es decir, nutre los movimientos carnales, no ya los sentidos espirituales, sino los movimientos carnales. Ve junto a las tiendas de los pastores, si apacientas corderos en la tienda de los pastores, serás apacentada, es decir, en las doctrinas de los maestros, en las doctrinas de los Apóstoles, en las doctrinas de los profetas. Si apacientas cabritos, apacienta junto a las tiendas de los pastores, para que seas llamada cristiana por la fe, y no por las obras; porque pareces estar dentro por la fe, y no dentro por las obras. Porque he aquí que increpaste, he aquí que reprendiste (¿qué no dices?), ¿qué has hecho tú benignamente? Di claramente: Pues sigue:

(Vers. 8.) A mi yegua entre los carros de Faraón te he comparado, amiga mía.

29. Todos los que sirven a la lujuria, a la soberbia, a la avaricia, a la envidia, a la falsedad, aún están bajo el carro de Faraón, es decir, bajo el dominio del diablo; pero todo aquel que arde en humildad, en castidad, en doctrina, en caridad, ya se ha convertido en caballo de nuestro Creador, ya está colocado en el carro de Dios, ya tiene a Dios como jinete. Por eso se le dice a uno sobre quien el Señor presidía: "Duro es para ti dar coces contra el aguijón" (Hechos IX, 5). Como si dijera: Eres mi caballo, ya no puedes dar coces contra mí, ya te presido. De estos caballos se dice en otro lugar: "Enviaste tus caballos al mar, turbando muchas aguas" (Habacuc III, 15). Dios tiene un carro, porque preside sobre las almas santas y recorre por todas partes a través de ellas. Por eso está escrito: "Los carros de Dios son decenas de miles, millares de millares de los que se alegran, el Señor" (Salmo LXVII, 18). Faraón tiene un carro, pero esos carros se hundieron en el Mar Rojo, porque muchos perversos se transformaron en el bautismo. Que diga entonces el Esposo: "Te he comparado, amiga mía, a mi caballería en los carros de Faraón"; es decir, cuando aún estabas en los carros de Faraón, cuando aún servías a las obras demoníacas: te he comparado a mi caballería, porque he considerado lo que he hecho en ti por predestinación, y te he comparado a mis caballos. Dios ve aún a muchos sirviendo a la lujuria, a la avaricia, y sin embargo, considera en su juicio secreto lo que ya ha obrado en ellos, porque Dios tiene caballos: pero ve a muchos que aún son caballos de Faraón. Y porque considera en su juicio oculto, en su predestinación oculta, que serán transformados para bien, ya los ve semejantes a sus caballos, porque ve que los llevará a su carro, quienes antes servían en el carro de Faraón. Aquí deben considerarse los juicios ocultos, porque muchos parecen ser caballos de Dios por la predicación, por la sabiduría, por la castidad, por la generosidad, por la longanimidad; y sin embargo, en el juicio oculto de Dios, se asemejan a los caballos de Faraón: y muchos parecen

ser caballos de Faraón por la avaricia, por la soberbia, por la envidia, por la lujuria; y sin embargo, en el juicio oculto de Dios, se asemejan a los caballos de Dios. Porque ve a aquellos convertirse de buenos a malos, y a estos ve regresar de malos a buenos. Así como por la discreción muchos que parecen ser caballos de Dios, son caballos de Faraón por la vida reprobable que los sigue; así por la piedad muchos que parecen ser caballos de Faraón, son elegidos por su vida santa que mantendrán al final, y se asemejan a los caballos de Dios. Por eso el Esposo halaga y dice: "Te he comparado, amiga mía, a mi caballería en los carros de Faraón". Es decir, tú aún servías sometida en los carros de Faraón, corrías bajo los vicios, pero yo consideré lo que hice de ti por predestinación. Te he comparado a mi caballería, es decir, te he considerado semejante a mis elegidos.

(Vers. 9.) "Hermosas son tus mejillas como las de la tórtola: tu cuello como collares."

30. La tórtola, después de haber perdido a su pareja una vez, nunca se une a otra, sino que siempre habita en soledad, perseverando en el gemido; porque busca a quien amaba y no encuentra. Así, cualquier alma santa, mientras está ausente de su Esposo, no se aparta de su amor, sino que siempre suspira y gime en su deseo; y mientras no encuentra a quien ama profundamente, porque se retrae de todo amor ajeno, muestra la castidad del corazón en la modestia de sus mejillas, tanto en su hábito como en su acto exterior. Sigue: "Tu cuello como collares". Por el cuello de la esposa, se designan los predicadores de la santa Iglesia. En los collares se colocan gemas en oro. Por el oro se expresa la sabiduría, por las piedras las obras. Por tanto, el cuello de la esposa es como collares; porque cualquier predicador recto de la Iglesia se reviste interiormente de sabiduría, y exteriormente ejerce las obras que ve en la sabiduría. A quien aún se le dice:

(Vers. 10.) "Haremos para ti cadenas de oro, tachonadas de plata."

31. Las cadenas atan los collares al cuello; porque tanto la sabiduría como la religión se unen a los predicadores por las Escrituras santas; por las cadenas se entiende la santa Escritura. Que bien se dice de oro y tachonadas de plata; porque la santa Escritura brilla con sabiduría, y se escucha por el mundo con sonora predicación. Así como por el oro se demuestra la sabiduría, así por la plata se demuestra la santa predicación. A estas palabras del Esposo responde la esposa, e intima el amor a través de las especies corporales de las cosas, con el que arde espiritualmente en su interior, diciendo:

(Vers. 11.) "Mientras el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su fragancia."

32. El rey entró en su reclinatorio cuando nuestro Señor Jesucristo penetró corporalmente en los cielos. Mientras allí descansaba, el nardo de la esposa dio su fragancia; porque la virtud de la santa Iglesia esparció lejos y ampliamente la dulce fama de la bondad. El Señor ascendió a los cielos, y envió su Espíritu Santo sobre los discípulos (Hechos II); llenos de él, predicaron las palabras de salvación al mundo, y difundieron por todas partes la fama del buen olor a través de las obras santas. Este Espíritu lo recibe cada alma fiel en el bautismo; para que por él componga ungüentos de virtudes, y refresque a los prójimos con la exhibición de su ejemplo como con el olor del ungüento. Sigue:

(Vers. 12.) "Un ramillete de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos descansará."

33. Los cuerpos de los muertos suelen ser ungidos con mirra, para que no se corrompan. Aplicamos mirra a los cuerpos para que no se corrompan, cuando restringimos nuestros miembros de la putrefacción de la lujuria mediante la mortificación, a ejemplo de Cristo; para

que, si los dejamos sin condimento, no hagamos de nuestros cuerpos alimento para los gusanos eternos por la putrefacción disuelta. Pero, ¿qué significa que la esposa no llame a su amado mirra, sino ramillete de mirra, sino que cuando la mente santa considera la vida de Cristo en todos sus aspectos, reúne virtudes que resisten a todos los vicios por su imitación; de las cuales se prepara un ramillete para sí misma, con el que limpia la putrefacción eterna de su carne? Que bien se dice que habita entre los pechos, porque en el amor de Dios y del prójimo se edifica la morada de Cristo santa. El alma santa, mientras ama a Dios de tal manera que no desprecia al prójimo, y ejecuta el amor al prójimo de tal manera que no disminuye el divino, sin duda coloca pechos en su pecho, con los que, abrazando a Cristo, lo nutre. Como si Cristo fuera nutrido por los pechos, se fortalece, mientras se deleita en esta doble dilección para adherirse más firmemente. De quien aún se dice:

(Vers. 13.) "Racimo de ciprés es mi amado para mí, en las viñas de Engadi."

34. Chipre es una isla donde nacen viñas más abundantes que en otros lugares. Por Chipre, por tanto, se designa la Iglesia universal, que nutre muchas viñas, mientras dividida en muchas Iglesias, produce el vino que alegra el corazón del hombre. Engadi se interpreta como fuente del cabrito. El cabrito antiguamente se sacrificaba por los pecados. ¿Qué se figura, pues, por la fuente del cabrito sino el bautismo de Cristo? En el cual, mientras el cuerpo se sumerge, el alma se lava; y por la fe de aquel que sufrió la muerte por los pecadores, el alma humana cree ser limpiada de todos los pecados. A quien inmediatamente el amado responde:

(Vers. 14.) "He aquí que eres hermosa, amiga mía, he aquí que eres hermosa, tus ojos son de palomas."

35. Dos veces llama hermosa el Esposo a su esposa; porque a quien le dona el amor de Dios y del prójimo, le inserta una doble hermosura, con la que se deleita y que alaba. Cuyos ojos bien se dice que son de palomas; porque mientras gime en lo temporal y es arrebatada por el deseo a lo eterno, guarda la simplicidad de sus sentidos y detesta las concupiscencias carnales. La paloma, en efecto, gime por amor en lugar de cantar. Y bien se compara el alma santa a la paloma; porque mientras muchos en el amor del mundo charlan y se alegran, la mente elegida se aflige en el deseo celestial; porque teme perder lo que ama, mientras se difiere. También pueden entenderse por los ojos de las palomas, los predicadores de las Iglesias; que guardan la simplicidad que predicán, y despreciando lo visible, anhelan con grandes gemidos lo eterno. Sigue la voz de la esposa diciendo:

(Vers. 15, 16.) "He aquí que eres hermoso, amado mío, y decoroso: nuestro lecho es florido, las vigas de nuestras casas son de cedro, los artesonados de ciprés."

36. Hermoso y decoroso se dice el amado, porque en la divinidad y humanidad se contempla sin mancha de reproche por toda mente que lo ama. A quien la esposa sigue con pleno deseo, olvidándose de todas las perturbaciones del mundo; y mientras descansa en su paz, se decora más y más. De donde sigue: "Nuestro lecho es florido". ¿Qué entendemos por el lecho de la esposa, sino la tranquilidad del ocio? La mente que ama singularmente a su Esposo Cristo, en cuanto puede, se libera de todas las preocupaciones del mundo, acumula virtudes con las que agrada a su Esposo. Que mientras desprecia todo lo temporal, hace para sí un lecho con su Esposo en la paz de la victoria, donde cuanto más tranquilamente reposa, más flores encuentra con las que mostrarse decorosa a su Esposo. Sigue: "Las vigas de nuestras casas son de cedro, los artesonados de ciprés". Por las casas, entendemos muchas Iglesias, por las vigas de cedro designamos a los predicadores, por los artesonados de ciprés figuramos a los mismos pueblos. Las vigas sostienen el techo, los artesonados llenan y adornan la casa. Así

en la santa Iglesia, los buenos predicadores llevan la Escritura divina en el corazón y en la boca, que expanden predicando a los fieles; para que mientras la Iglesia es instruida por la predicación celestial, reciba la protección con la que se defiende de las lluvias de las tentaciones. El cedro y el ciprés se consideran maderas imputrescibles. Con las que bien se figuran todos los elegidos; porque mientras no persiguen lo temporal con ningún deseo, se hacen eternos, ya que con la mente se fijan en lo eterno. Responde el Esposo y dice:

## CAPÍTULO II.

(Cap. II.---Vers. 1.) "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles."

1. Bien se llama a sí mismo flor Cristo, quien mientras extermina las espinas de los pecados, adorna la mente de la esposa con la belleza de su justicia, y mientras aplica el deseo celestial a las narices del corazón, refresca los interiores del alma como con un olor. Que sigue aún y dice:

(Vers. 2.) "Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas."

2. Bien se dice que la esposa es como el lirio entre las espinas; porque aunque muchos en la Iglesia confiesen a Cristo solo con palabras, pero en obras no persiguen nada más que preocupaciones humanas, mientras solo esa alma se cuenta en la dignidad del lirio, que desde la raíz de la mortalidad se eleva a la belleza celestial, y guarda para sí el candor de la pureza en el corazón y en el cuerpo, y refresca a los prójimos con el olor de la buena opinión. Pero porque el Esposo tuvo a su esposa digna de tanta alabanza, ella ya por deber alaba a quien ve que la alaba, y dice:

(Vers. 3.) "Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos."

3. Los árboles silvestres no producen frutos aptos para el consumo humano; pero el manzano produce lo que los hombres comen adecuadamente y con salud. Con razón, pues, se figura a Cristo por el manzano, y a los demás hombres por los árboles silvestres; porque solo en Cristo encontramos el alimento de la salvación siempre que lo buscamos; en sus palabras y ejemplos, nuestras almas se refrescan con un fruto dulce y saludable. Él es, en efecto, el árbol de la vida, que nos concede. Él es quien, mientras nos inspira a nosotros mismos, alimenta el alma. En los demás, si encontramos algún refresco, no lo tomamos de ellos, sino de lo que es de Cristo; porque cualquier cosa en ellos aparte de Dios, sin duda la encontramos mortal para nosotros.

(Vers. 3.) "Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté; y su fruto es dulce a mi paladar."

4. La sombra de Cristo es la protección del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, en efecto, obumbra la mente que llena; porque templada todo el ardor de las tentaciones; y mientras toca suavemente la mente con el aura de su inspiración, expulsa todo el calor nocivo que soportaba; y a la que tal vez el excesivo calor de los vicios había marchitado, la sombra del Espíritu Santo protegiéndola la recrea; para que mientras se sienta y descansa en su inspiración, recoja fuerzas con las que correr más vigorosamente hacia la vida eterna. Sigue: "Y su fruto es dulce a mi paladar". El árbol fructífero, Cristo mismo, está plantado en el corazón; que si nuestra mente lo ama dignamente y lo cultiva con insistencia, sin duda produce frutos hermosos y útiles en su interior. Que mientras la mente los toma y come ávidamente, pospone todas las voluptuosidades del mundo por su dulzura. Es muy dulce para sí misma pensar en las cosas celestiales, fijar el ojo interior en la eternidad, para que a veces incluso la mente encendida en lágrimas se conmueva, y elevada entre lágrimas, se alimente

con el alimento de los ángeles, es decir, con la sabiduría, cuanto más dulce, tanto más ávidamente. De ahí que se añade:

(Vers. 4.) "Me introdujo el Rey en la bodega, ordenó en mí la caridad."

5. ¿Qué entendemos por la bodega, sino la misma contemplación arcana de la eternidad? En esta eternidad, los santos ángeles se embriagan con el vino de la sabiduría, mientras viendo a Dios mismo cara a cara, se sacian de todo deleite espiritual. Esta mente santa (dejando de lado todas las cosas temporales) si es introducida por el esposo, entra, en la que de esas delicias angélicas, en cuanto se le concede, gusta. Y porque aún se detiene en el cuerpo corruptible, no se sacia perfectamente, sin embargo, de lo poco que toma apresuradamente, considera cuánto debe amar lo que ama. Sin embargo, por la bodega puede figurarse la Escritura divina. Por esta, en la esposa se ordena la caridad, porque en su doctrina se aprende claramente cómo se debe amar a Dios y al prójimo ordenadamente. Con esta caridad herida, sigue y dice:

(Vers. 5.) "Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor."

6. Por las flores se designan los tiernos y principiantes, por las manzanas los fieles perfectos. La esposa, porque desfallece de amor, desea ser sustentada con flores y rodeada de manzanas, porque mientras se aflige con el deseo de la eternidad, mientras busca con toda ansiedad cómo llegar allí, pero mientras vive en la carne, no encuentra del todo la llegada, fatigada en su deseo descansa, y se alegra solo en esto, si alrededor de sí misma ve a quienes ella misma, o en cuya perfección puede percibir consuelo de su languidez. De quienes dice de su esposo:

(Vers. 6.) "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará."

7. Por la izquierda del esposo se designa la vida presente, por la derecha la vida eterna. Por la cabeza de la esposa, se asume la mente que domina el alma. Pero se dice que la izquierda del esposo está bajo la cabeza de la esposa, y su derecha la abraza, porque siempre pone la vida temporal bajo su mente, y la vida eterna la desea abrazar de todo modo. Estas cosas que ve, las conculca magnánimamente con la mente sublime, se ocupa en oficios celestiales. Estas las tolera por necesidad, suspira hacia aquellas con el máximo deseo como abrazada por el brazo derecho del esposo. En las que cuando entra un poco, descansa deleitablemente, por cuyo amor de descanso desprecia totalmente los tumultos mundanos. Así, el esposo ama más a la que descansa, y de su excitación repele a los impropios, diciendo:

(Vers. 7.) "Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis velar a la amada, hasta que ella quiera."

8. Los ciervos y las gacelas se consideran animales puros en la ley. ¿Qué entendemos, pues, por los ciervos y las gacelas, sino la fe, la esperanza y la caridad? Que mientras las guardamos puras para nosotros, por ellas ascendemos a los altos montes de la contemplación. El alma santa, esposa de Cristo, desea descansar de todas las perturbaciones del mundo, concupiscencia dormir en el seno del esposo con santo ocio, de tal manera que a veces incluso fastidia las conversaciones necesarias, y se alegra más serenamente con la sola conversación del esposo cuanto más tranquilamente. Pero los carnales que están en la Iglesia, a veces la despiertan importunamente, desean implicarla en los negocios del mundo; porque consideran su vida inútil, mientras la ven absteniéndose de sus cuidados. Estos tales se nombran no hijos, sino hijas, porque mientras nutren costumbres afeminadas, habiendo perdido la dignidad viril, como se tienen interiormente, se designan exteriormente con

nombre femenino. Estos se prohíben despertar a la amada bajo el peso de la conjuración, para que no inquieten con solicitudes importunas a la mente que se dispone a vacar a Dios, y desea adherirse solo a los estudios espirituales, y no oscurezcan con las tinieblas de las preocupaciones terrenales el ojo de su corazón. Y sin embargo, no se le prohíbe toda preocupación por el prójimo, sino que se deja a su voluntad cuándo debe ser despertada, porque sin duda a toda alma perfecta le corresponde discernir cuándo debe dedicarse a la contemplación celestial, y cuándo debe servir a las utilidades de los prójimos. Esta licencia de vacar a Dios la esposa la recibe con mucho gusto, y de inmediato abraza la palabra del esposo y dice:

(Vers. 8.) "La voz de mi amado: he aquí que viene saltando por los montes, brincando por las colinas."

9. Como si dijera: Reconozco que esta es la voz de mi amado esposo, deseo siempre escucharla de su boca, porque en esto veo cuánto me ama, cuando prohíbe que me impidan sus amplexos deseables. Narra de inmediato cómo llegó a estos amplexos, diciendo: "He aquí que viene saltando por los montes, brincando por las colinas". Dispuesto a venir a los amplexos de su esposa, Cristo asumió dignamente nuestra humanidad. Para llevar a cabo este misterio, vino como saltando por los montes, porque mostró entre los hombres ciertas obras que se perciben muy sublimes y sobre los hombres, que el género humano pudo admirar, pero no pudo alcanzar. Que nació de una virgen, que un ángel advirtió a los pastores que fueran a adorar al niño, que una estrella condujo a los magos; que colgado en la cruz, cuando quiso, entregó el espíritu; que muerto, al tercer día se resucitó a sí mismo; que ingresó al cielo, dio el Espíritu Santo a quienes le plació; que sometió al mundo a su fe a través de pescadores e idiotas; haciendo estas cosas, caminó como por los montes, donde ninguna criatura pudo alcanzarlo. En estas obras, sin duda, brincó por las colinas, porque a todos los santos, por mucho que crecieran, los trascendió con el poder de su operación. De quien sigue:

(Vers. 9.) "Mi amado es semejante a la gacela, al cervatillo de los ciervos."

Bien se dice que es semejante a la gacela, porque tomó carne de la Sinagoga, que se muestra por la gacela. Y porque fue engendrado de la estirpe de los santos antiguos, se dice rectamente que es como un cervatillo de los ciervos. Sigue:

(Vers. 9.) He aquí, él está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, observando por las celosías. 10. Cristo, encarnado, se mantuvo como detrás de nuestra pared, porque en la humanidad asumida se ocultó la divinidad. Y porque si mostrara su inmensidad, la debilidad humana no podría soportarlo, interpuso el obstáculo de la carne, y todo lo grande que obró entre los hombres, lo hizo como escondido detrás de una pared. Pero quien mira por las ventanas y las celosías, en parte se muestra y en parte se oculta. Así también el Señor Jesucristo, mientras hacía milagros por el poder de la divinidad y soportaba humillaciones por la debilidad de la carne, miraba como por una ventana y celosías, porque en un aspecto se ocultaba, y en otro se manifestaba quién era. Encarnado, pues, habla a su Iglesia o a cada alma perfecta, y exhorta a la patria eterna, diciendo:

(Vers. 10.) Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven.

11. Cristo llama a su esposa amiga por la fe, paloma por la simplicidad, hermosa por la acción. Porque sin fe no podemos agrandar a Dios, bien somos llamados amigos por la fe, porque mientras con fe deseamos lo celestial, desechando lo terrenal, nos adherimos a Dios.

La paloma, en verdad, se dice bien del alma por la simplicidad, porque mientras busca al Dios simple con la simplicidad del corazón, no sigue la vana alegría del mundo, sino que siempre apresurándose hacia lo eterno, imita el gemido de la paloma amando. El alma se llama correctamente hermosa por la acción, porque mientras redime los pecados de la vida pasada con buenas obras, como si ocultara la antigua fealdad ante los ojos del esposo con una forma mejor asumida. Por tanto, el Esposo la exhorta a levantarse y venir; porque es digno que quien se apresura al amor de Cristo, deseche cuanto pueda la pereza de la carne, y se prepare rápidamente para alcanzar lo eterno. Pero porque hemos recibido de Dios, a través de la manifestación del Nuevo Testamento, que nos apremiemos hacia lo celestial, por eso sigue correctamente:

(Vers. 11.) Porque ya ha pasado el invierno, la lluvia ha cesado y se ha ido.

12. ¿Qué se entiende por invierno, sino la austeridad de la ley? Que mientras retenía al pueblo antiguo en sacrificios carnales, no ayudaba a sus observadores a desear lo espiritual y celestial. También podemos entender por invierno la vida presente, que mientras nos ataca con tentaciones constantes, como con lluvias inoportunas, nos obliga a la pereza en seguir a Cristo. Pero ya la esposa se levanta, porque el invierno ha pasado, ya que cuanto más se acerca el último día, la vida presente se retira, y cuanto más se lleva el tiempo al término, más rápido se debe correr, para que el alma elegida no sea privada de los dones eternos que se le ofrecen. Se dice que ha pasado, porque no se duda que está a punto de pasar. Sigue:

(Vers. 12.) Han aparecido flores en la tierra, ha llegado el tiempo de la poda.

13. Se dice que han aparecido flores en la tierra, porque las almas santas, cuando se separan de los cuerpos, son recibidas en el cielo. Y porque en esta vida, aunque haya sido invierno, no se adormecieron en las buenas obras, tan pronto como se retiraron, florecieron gloriosamente en la tierra de los vivos. Por tanto, sigue bien lo que dice: Ha llegado el tiempo de la poda, porque cuanto más se congrega el número de los elegidos en el cielo, más rápidamente los réprobos son cortados de la Iglesia como sarmientos inútiles, para que el mundo termine más pronto. Sigue:

(Vers. 12, 13.) Se ha oído la voz de la tórtola en nuestra tierra, la higuera ha dado sus brotes, las viñas en flor han dado su fragancia.

14. ¿Qué se entiende por tórtola, sino la Iglesia; qué por la tierra del esposo, sino aquella vida bienaventurada? Pero se dice que se ha oído la voz de la tórtola en la tierra del esposo; porque mientras la santa Iglesia suplica por su deseo, es escuchada con gran clemencia por Cristo en el cielo. De la cual se dice correctamente: La higuera ha dado sus brotes, las viñas en flor han dado su fragancia. La higuera ciertamente ha dado sus brotes, porque la santa Iglesia ha enviado a sus mártires a la patria eterna. Después de ellos, las viñas en flor han dado su fragancia, porque por todo el mundo han crecido los ejemplos de buenas obras. Las viñas ciertamente producen flores, cuando cada Iglesia educa a las almas antes infieles a la novedad de la fe por el bautismo. Pero las mismas flores dan fragancia, cuando las almas creyentes esparcen buenos ejemplos por la dulce opinión entre sí y a otros. Pero porque Cristo nos atrae de ambos modos de exhortación, para que nos amoneste con preceptos y nos eleve con ejemplos de los santos, por eso primero ordenó a su esposa que se levantara amonestándola, y luego la llevó al conocimiento de los ejemplos de los santos, y después de la exhibición de los ejemplos, nuevamente se vuelve a la amonestación del precepto, diciendo:

(Vers. 13, 14.) Levántate, amiga mía, hermana mía, y ven, paloma mía en las hendiduras de la roca, en la caverna de la pared.

15. El alma se levanta cuando se erige de la perpetración del pecado; viene, cuando por las buenas obras del deseo santo se dirige a lo celestial con pasos santos. La mente santa, cuando contempla la fealdad de la vida pasada, cuando enumera los pecados que ha cometido, pronto se avergüenza en su conciencia, y transfiriendo a odio lo que había amado en el mundo, se castiga con lágrimas, y hecha más fuerte por la misma penitencia, salta incluso de toda contaminación, y se sacude de toda pereza de negligencia, para que ya no yaga en pensamientos bajos, sino que se extienda por deseos santos a lo invisible. Esta mente, pues, se levanta y viene, porque se erige de la debilidad de la pereza por la compunción, y ejercitándose en estudios santos, corre con los pies del amor hacia lo eterno. Por las hendiduras de la roca, entiendo con gusto las heridas de las manos y los pies de Cristo colgando en la cruz. Y la caverna de la pared, diría que es la herida del costado hecha por la lanza, en el mismo sentido. Y bien se dice que la paloma está en las hendiduras de la roca y en la caverna de la pared, porque mientras en la recordación de la cruz imita la paciencia de Cristo, mientras trae a la memoria esas mismas heridas por el ejemplo, como la paloma en las hendiduras, así el alma simple encuentra en las heridas el alimento con el que se fortalece. Sin embargo, por las hendiduras de la roca, pueden significarse los sacramentos de la encarnación de Cristo, y por la caverna de la pared, la misma protección de la custodia angélica puede ser figurada. En cuya custodia, cuando el alma es puesta, bien se le dice por el esposo:

(Vers. 14.) Muéstrame tu rostro, que suene tu voz en mis oídos: porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso.

16. ¿Qué entendemos por rostro, sino la fe por la cual somos conocidos por Dios? ¿Y qué entendemos por voz, sino la predicación? Pero el esposo ordena que la esposa le muestre su rostro, porque quien dice tener fe, es necesario que se ejercite en buenas obras, para que en las obras exteriores se manifieste la fe interior. Pero también es necesario que las obras sean seguidas por la voz de la predicación, porque quien se dilata en obras santas, es consecuente que exhorte a otros a hacer lo mismo. Por eso sigue: Porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso. Entonces, tanto la voz agrada como el rostro se embellece, cuando la predicación sigue a las obras, y nuevamente las buenas obras acompañan a la predicación. A tales predicadores se les dice consecuentemente:

(Vers. 15.) Capturen para nosotros las zorras, que destruyen las viñas: porque nuestra viña ha florecido.

17. Por zorras se designan los herejes, por viñas se designan las Iglesias individuales. Pero las zorras destruyen las viñas; porque por los herejes las Iglesias se secan de la verdor de la fe recta. Que bien se dicen pequeñas, porque aunque se enorgullecen contra la verdad, sin embargo, exteriormente en palabras siguen la humildad por simulación. Que entonces son capturadas por los santos predicadores, cuando en la altercación presente, son convencidas por las sentencias de la verdad. Los predicadores santos a veces se llaman perros por similitud: porque con predicaciones constantes, como con ladridos importunos, se esfuerzan por alejar a los adversarios de la grey de ovejas. Estos perros capturan zorras para Cristo; porque mientras aman fielmente a su líder, trabajando por su amor, sacan a los herejes tergiversadores de las envolturas de las cuestiones, como de cuevas oscuras a la luz de la verdad. Por qué se teme la destrucción de las zorras, se manifiesta cuando se dice: Porque nuestra viña ha florecido. La viña ciertamente ha florecido, porque la santa Iglesia ha llevado

a sus hijos a la nueva conversación de la fe por el bautismo. A quienes se debe temer, no sea que sean corrompidos por los herejes, porque mientras los creyentes son regenerados en la novedad de Cristo, cuanto más tierno es cada uno, más fácilmente es seducido a la depravación. Se debe temer por las flores, no sea que perezcan, porque mientras aún no ha alcanzado la perfección por el ejercicio prolongado, fácilmente si es mordido por un diente venenoso, se desvanece de lo que había adquirido. Porque el alma perfecta, en lo que ya se ha ejercitado durante mucho tiempo, no lo pierde fácilmente, porque cuanto más frecuentemente ha probado en el paladar íntimo cuán dulce es el Señor, más constantemente mantiene la rectitud del esposo, y desprecia lo torcido. Que prosigue convenientemente, y dice:

(Vers. 16, 17.) Mi amado es mío, y yo soy suya, que se apacienta entre los lirios, hasta que sople el día, y se inclinen las sombras.

18. Como si dijera: Mantengo firmemente la amistad de mi amado, porque siento su constante benevolencia hacia mí. Porque mientras tengo su familiaridad benigna, me resulta duro cualquier cosa que oiga adversa a él de los enemigos ladrando. Y mientras veo cómo es en su asiduidad, si los adversarios pronuncian algún error, no me aparto de la verdad que he conocido en su visión. De lo cual sigue bien: Que se apacienta entre los lirios, hasta que sople el día, y se inclinen las sombras. ¿Qué se designa por lirios, sino las almas? Que mientras retienen el candor de la castidad, por la opinión de buena fama huelen suavemente a todos los que les rodean. Entre los lirios, pues, se apacienta el esposo, porque sin duda se deleita en la castidad de las almas, que conservan en sí la pureza de la carne, y por pensamientos nítidos le agradan, y dan ejemplos a los que les rodean como si fuera la suavidad del olor. El día ciertamente soplará, y las sombras se inclinarán, cuando aparezca la vida eterna, y la vida presente termine. Porque ciertamente será día, aquí es noche; porque aquí en la visión nos oscurecemos, allí el día mismo, toda la verdad brillará en las mentes. A este día ciertamente las almas se esfuerzan por llegar: por esta razón, conservan la justicia intacta en cuanto pueden; y porque sin Cristo no pueden nada, invocan su ayuda, desean su familiaridad. Cuya mente, cuando la considera, el benigno está cerca y ayuda, y cuanto más progresan, más familiarmente siempre ama, hasta que, terminadas las tinieblas del mundo, las conduce perfectas a la luz de la vida eterna. La cual luz, porque la desean mucho, y creen que será vista cuando el Señor venga a juicio, por eso con sumo deseo dicen:

(Vers. 17.) Vuélvete, sé semejante, amado mío, a la gacela o al cervatillo sobre los montes de Betel.

19. Nuestro amado se fue corporalmente entonces, cuando después de la resurrección ascendió al cielo. Pero volverá cuando al final del mundo, con los cuerpos de los hombres resucitados, se manifestará a todos en el juicio. Que verdaderamente aparecerá semejante a la gacela y al cervatillo, porque viniendo en nuestra carne al juicio, se mostrará a todos. Por la gacela, que es un animal puro, se designa la Iglesia, que mientras habita en lo celestial con la mente, se apacienta como en los montes. Pero por los ciervos, ¿qué otra cosa se designa sino los antiguos padres, de cuya carne nació Cristo, como un cervatillo de los ciervos fue presentado humildemente al mundo? Betel, sin embargo, se interpreta como casa de Dios. Que bien se dice Iglesia de Dios, porque en ella habita el Señor, mientras por la fe se purifican nuestros corazones. Sobre los montes de Betel, pues, aparecerá semejante a la gacela y al cervatillo, porque en esa forma de humanidad vendrá al juicio, que tomó de la Iglesia, cuando en este mundo de la progenie de los padres, como un cervatillo de los ciervos, nació humildemente. Que verdaderamente aparecerá semejante a la gacela, y sobre los montes de Betel, porque en la forma de humanidad será semejante a la Iglesia, y sin embargo, sobre los mismos altos, que como montes sobresalen, en la Iglesia se destacará más sublime.

Que mientras tarda en venir, porque la santa alma siempre se esfuerza por buscarlo, por eso sigue:

### CAPÍTULO III.

(Cap. III.---Vers. 1.) En mi lecho, por las noches busqué al que ama mi alma: lo busqué, y no lo encontré.

1. La santa alma se hace un lecho por las noches, mientras huyendo de todas las perturbaciones del mundo, se procura un lugar secreto en el que descansa. En este lecho busca al que ama, porque mientras se libera de todas las preocupaciones del mundo, no descansa en su búsqueda de cómo llegar a él. Sin embargo, se debe notar que busca por las noches, quien ahora vive en este mundo, y perfectamente expulsa de sí las tinieblas de la temporalidad. Que cuanto más graves las sufre, más fervientemente busca a aquel, que encontrado, ya no sufrirá tinieblas. Pero porque a quien busca, nunca lo encuentra perfectamente en este mundo, por eso añade: Lo busqué y no lo encontré. Pero porque arde con el mayor deseo, y lo que tiene no le basta, hasta que encuentre al amado, por eso añade la constancia de la búsqueda, diciendo:

(Vers. 2.) Me levantaré, recorreré la ciudad: por las calles y plazas buscaré al que ama mi alma: lo busqué, y no lo encontré.

2. ¿Qué se entiende por ciudad en este lugar, sino la Iglesia; qué por las calles de la ciudad, sino los espirituales? Que mientras se dirigen a la Iglesia con todo el corazón, siguen el camino angosto, por el cual son conducidos a la vida. Pero por las plazas, se designan los seculares, que mientras siguen sus muchas voluptuosidades, caminan por caminos anchos. Se levanta, pues, la esposa y recorre la ciudad, porque el alma perfecta que desprecia lo visible, contempla con la mente a todos los santos que están o han estado en la Iglesia, si acaso encuentra en sus actos algo que imitando, pueda llegar alguna vez a la invención del esposo. Pero busca por las calles y plazas, porque mientras se esfuerza por llegar a los familiares abrazos del amado por la imitación de los buenos, no solo en los espirituales, sino también en los mismos carnales a veces encuentra algo que puede imitar dignamente. Pero después de que ha insinuado el trabajo duplicado, nuevamente añade la dificultad de la invención, diciendo: Lo busqué y no lo encontré. Pero mientras busca y no encuentra, también es buscada y encontrada, y por eso se añade:

(Vers. 3.) Me encontraron los vigilantes que custodian la ciudad: ¿Habéis visto al que ama mi alma?

3. ¿Qué se designa por vigilantes, sino los doctores de la Iglesia? Que mientras vigilan por las almas que deben ser ganadas, nunca cesan de aumentar a mejor donde sienten un poco de deseo. Estos encuentran a la esposa que busca, porque reciben al alma piadosa que se esfuerza por encontrar a Cristo, y para que lo encuentre más pronto, la instruyen con preceptos, la encienden con ejemplos. A quienes ella preguntando, dice: ¿Habéis visto al que ama mi alma? Bien se dice que la esposa los interroga, porque mientras examina con mente vigilante sus escritos o palabras, como si hablara con ellos presentes incluso ausentes en la intención del alma, pregunta qué han pensado de Cristo. Pero porque mientras se fija en ellos, nunca encuentra al esposo, consecuentemente añade:

(Vers. 4.) Un poco después de haberlos pasado, encontré al que ama mi alma.

4. Pasa un poco a los vigilantes, y encuentra al amado, porque mientras piensa que son meros hombres, eleva su mente a la divinidad, y allí reconoce a su esposo sobre los hombres igual al Padre. A quien entonces dice haber encontrado, cuando ayudada por los santos trabajos, fija un poco el ojo de la fe en la claridad de su divinidad como contemplando a través de un espejo. Lo que con cuánta avidez de mente recibe, muestra, diciendo:

(Vers. 4.) Lo sostuve, y no lo dejaré, hasta que lo introduzca en la casa de mi madre, y en la alcoba de la que me engendró.

5. La madre de la Iglesia fue la Sinagoga; porque de ella tuvo a los santos predicadores, de quienes recibió la palabra de verdad, por la cual fue regenerada en la fe. La Iglesia, pues, sostiene al esposo hasta que lo introduce en la casa de su madre, porque hasta el fin del mundo no se aparta de su fe y amor, hasta que lleve a los judíos a la fe. No que después se aparte; porque a quien ama en el exilio, viéndolo en la patria lo amará más. Pero de aquel tiempo se debió decir, del cual por cualquiera se pudo dudar debido a las tentaciones que se oponían. En la casa, pues, de la madre introducirá al amado, cuando al final del mundo la Iglesia por la predicación introduzca los sacramentos cristianos en el pueblo judío. En la alcoba, como en la parte más secreta de la casa, lo introducirá, porque de ese mismo pueblo convertirá a muchos, para que desechen todas las cargas del mundo, y en pensamientos íntimos deseen agrandar solo a Dios. Tales hombres harán una alcoba para el esposo, porque mientras desechan de sí todas las inmundicias de la codicia, compondrán como un lugar secreto en la mente en el que se deleite. De cuya inquietud, deleitándose agradablemente en ellos, el esposo prohíbe a los malos, diciendo:

(Vers. 5.) Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis levantar a la amada, hasta que ella quiera.

6. En esto ciertamente muestra, porque encontrará a algunos de la Sinagoga después de la conversión de la misma perfección que a muchos de la Iglesia, mientras se deleita igualmente en su quietud, prohíbe al inquietador de ellos, como lo prohibió de la Iglesia. Introducida, pues, a la fe la Sinagoga, contempla la mente de la Iglesia por las obras que ve, y admirando mucho su sublimidad, dice:

(Vers. 6.) ¿Quién es esta que sube por el desierto, como columna de humo de aromas de mirra, e incienso, y de todo polvo de perfumista?

7. En el desierto, en este mundo, vive la Iglesia, o cada alma santa, mientras permanece exiliada del reino, entre bestias, es decir, demonios. Aquí, aunque no es completamente abandonada por el esposo, mientras está en la carne, aún no se le permite la visión plena de Él, ya que peregrina lejos de Él a través de exilios y tentaciones, porque mientras aún no reina con Él, le parece ser abandonada por Él. Por esto, siempre se esfuerza por ascender, para sentir más y más a quien ama profundamente, de modo que, aunque no lo posee completamente en el desierto, al menos se refresca en el deseo de Él, para que, fortalecida en el camino, algún día alcance lo que ha deseado por tanto tiempo. Hay algunos que, al despreciar todas las cosas visibles, elevan su mente a lo celestial, y porque no encuentran nada en lo inferior que les deleite, convierten todo su corazón hacia lo alto. Estos se despojan de todos los malos hábitos, desprecian las riquezas del mundo con sus deseos, tienden hacia lo invisible con esperanza, y cuanto más se aferran a ello con deseo, más soportan con molestia la corrupción que poseen. Estos, sin duda, ascienden a través del desierto, porque mientras viven en este mundo entre tentaciones, cuanto más temen ser abandonados aquí,

más fuertemente abandonan estas cosas y más fervientemente avanzan hacia aquellas en las que, cuando estén, ya no temerán ser apartados.

8. Bien se dice que ascienden como una columna de humo, porque se dice que tienen el aroma de una buena fama y la sutileza de la mente. Sin embargo, no se dice que este humo sea de cualquier cosa, sino que se declara que proviene de los aromas de mirra, incienso y todo polvo de especias. La mirra se usa para embalsamar los cuerpos de los muertos para que no se corrompan, y el incienso se quema para que desprenda su fragancia. Por lo tanto, la mortificación de la carne se simboliza por la mirra, y la pureza de las oraciones se entiende por el incienso. Así, el alma santa, mientras mortifica su carne de la podredumbre de los vicios, mientras renuncia a todos los placeres del mundo a través de la continencia, aplica la mirra al cuerpo que muere, para que después del juicio permanezca sano de la corrupción eterna. Cuando se enciende con mayor deseo hacia lo celestial y fervientemente rechaza de la cámara del corazón todos los pensamientos superfluos, hace de su corazón un incensario ante Dios. En el cual, mientras reúne virtudes por amor, coloca carbones en el incensario, en el que la mente se enciende ante Dios con el fuego de la caridad. Y mientras emite oraciones fervientes y puras a Dios, saca humo de aromas del incensario, para que huelva suavemente ante el amado, y no deje de incitar a los demás a su amor a través de buenos ejemplos. Pero es de notar que no dice de toda especia, sino de todo polvo de especias. Hacemos especias cuando reunimos virtudes en el corazón. Pero cuando revisamos diligentemente nuestras virtudes en cada obra, para que nada quede inculto en nuestras obras, para que no se esconda un vicio entre las virtudes, entonces sin duda trituramos los unguentos de las virtudes como en polvo, para que nuestras obras sean más puras, cuanto más sutilmente las discernimos de toda infiltración de vicios. Mentes de este tipo se hacen agradables a su amado por su gracia, y mientras se separan de todo ruido mundano, preparan en sí mismas un lugar donde el esposo pueda descansar. De este descanso se añade:

(Vers. 7, 8.) He aquí el lecho de Salomón, sesenta valientes lo rodean de los más fuertes de Israel, todos empuñando espadas, y muy diestros en la guerra, cada uno con su espada sobre su muslo por los temores nocturnos.

9. Salomón se interpreta como pacífico. ¿Qué se entiende entonces por Salomón, sino Cristo, de quien está escrito: Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno? (Efesios II, 14). Hacemos un lecho para Salomón cuando cesamos completamente de las preocupaciones del mundo, mientras descansamos voluntariamente en el solo deseo de Cristo, y limpiamos el corazón de toda codicia terrenal para que Él descansa con nosotros. Si el número diez se multiplica por seis, ciertamente se completan sesenta. Por lo tanto, por el diez tomamos el Decálogo de la ley, y por el seis entendemos todo este tiempo que vemos girar en seis días de trabajo. Por los sesenta valientes entendemos a todos los perfectos que fueron antes de nosotros en la Iglesia; quienes, mientras completaron los diez mandamientos de la ley con más espiritualidad, tanto más fuerte en los seis días, como si completaran el número sesenta. Estos rodean el lecho de Salomón, porque protegen la mente santa en la que Cristo descansa con palabras y ejemplos, con los cuales repelen a los enemigos que vienen a la mente, mientras sostienen la misma mente con ejemplos, la instruyen con escritos. Estos empuñan espadas y son muy diestros en la guerra, porque mientras cumplen la palabra de Dios con obras, lo que saben en el corazón, siempre más y más instruidos, vencen a su enemigo, es decir, al demonio, con sabiduría y fortaleza. Por la espada se designa la palabra de Dios, y por las manos que empuñan las espadas se figuran las mismas obras. De las cuales se añade bien: Cada espada de cada uno sobre su muslo por los temores nocturnos. ¿Qué entendemos por espada, sino el rigor de la conversación; y qué por muslo, sino el apetito de la carne? Por lo tanto, los elegidos, que ya han avanzado a la perfección de la vida, siempre llevan la espada sobre su muslo, porque con

el rigor de la conversación rompen continuamente el apetito de la carne, para que el enemigo que temen en la noche de este mundo, viniendo de repente, no encuentre un acceso blando, y a través de la blandura del placer, cuanto más voluptuosos los encuentre, más fácilmente los conduzca a pecados más graves. De la alabanza de Salomón se añade aún:

(Vers. 9, 10.) El rey Salomón se hizo un palanquín de maderas del Líbano. Columnas de plata, reclinatorio de oro, ascenso púrpura; lo cubrió en medio con amor, por las hijas de Jerusalén.

10. Se dice que las maderas del Líbano son imputrescibles. El rey Salomón se hizo un palanquín de maderas del Líbano, porque, según la gracia de su presciencia, Cristo construyó la santa Iglesia de santos que permanecerán eternamente. Hizo sus columnas de plata, porque dio a la misma Iglesia predicadores, que tanto para sostenerla con ejemplos, la fortaleció con gran rectitud de justicia, como para instruirla con predicaciones, la decoró con el brillo del elocuente, como con el resplandor de la plata. Hizo un reclinatorio de oro, porque mientras resplandece en los corazones de los perfectos, les mostró el poder de su divinidad a través de la contemplación. En la cual, mientras les mostró la belleza de los gozos celestiales, como si compusiera un reclinatorio de oro, porque puso un lugar donde, al refrescarse, puedan descansar. Este reclinatorio se dice bien que es de oro: porque la sabiduría es mejor que todas las riquezas, y todo lo que se desea no puede compararse con ella (Prov. VIII, 11). A este reclinatorio se llega con muchos trabajos, se asciende con muchas tribulaciones, de modo que, si es necesario, incluso se permite derramar sangre. Por eso, el ascenso se dice correctamente que es púrpura. Porque cuando los santos mártires entregaron sus cuerpos a los suplicios por la vida eterna, cuando soportaron pacientemente azotes, potros, fuegos, espadas y otros innumerables tormentos, ¿no ascendieron a este reclinatorio, a la vida bienaventurada, por un ascenso púrpura? Pero nosotros, miserables, ¿qué hacemos, que en este palanquín no somos columnas de plata, porque no sostenemos la santa Iglesia ni con ejemplos ni con predicación? En ella no tenemos un reclinatorio de oro, porque, envueltos en pensamientos terrenales, no nos elevamos al esplendor de la sabiduría a través de la contemplación. Ni siquiera conocemos el ascenso púrpura, porque, entregados a los placeres, nos negamos a soportar trabajos y persecuciones por la bienaventuranza eterna. Nos consuela un poco lo que se añade de este palanquín: Lo cubrió en medio con amor, por las hijas de Jerusalén. ¿Qué entendemos por las hijas de Jerusalén, cuando no dijo hijos sino hijas, sino a nosotros, los débiles, que en la Iglesia no somos hombres, sino mujeres, porque no resistimos fuertemente contra los vicios, no resistimos virilmente, sino que sucumbimos como mujeres? Jerusalén se interpreta como visión de paz, por la cual se designa la Iglesia, que es nuestra madre, ya que contempla continuamente la paz perpetua. Si, por lo tanto, no somos columnas de plata en el palanquín del Rey, no tenemos un reclinatorio de oro, no podemos ascender por el ascenso púrpura; al menos mantengamos el amor, que es común a todos los elegidos, como si estuviera colocado en medio. Porque por este amor el rey Salomón nos reconoce en su palanquín, porque en él, con columnas de plata, con un reclinatorio de oro, con un ascenso púrpura, por las hijas de Jerusalén también lo cubrió en medio con amor, porque llegamos a la misma bienaventuranza del esposo con los miembros de la Iglesia, si observamos el amor incansable. Sigue:

(Vers. 11.) Salid, hijas de Sion, y ved al rey Salomón con la diadema con que lo coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón.

11. Se cree que la madre de Cristo es la bienaventurada María, quien lo coronó con la diadema, porque Él asumió nuestra humanidad de ella, como se relata en el Evangelio (Mateo I). Y se dice que esto ocurrió en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su

corazón, porque cuando el unigénito Hijo de Dios quiso unir su divinidad a nuestra humanidad, cuando por su buena voluntad en el tiempo oportuno quiso asumir a su Iglesia, entonces, con la exultación de la caridad, quiso asumir nuestra carne de la madre Virgen. En la cual, viviendo por un tiempo con dolores, se regocijó intensamente por nuestra redención. Pero como la diadema se asume por gloria, y en la ascensión de la humanidad no se reconoce la gloria del Verbo de Dios, sino la humildad, ¿cómo se dice que fue coronado con nuestra humanidad como con una diadema? Pero como su misma encarnación fue verdaderamente nuestra gloria, porque somos sus miembros por la comunión del cuerpo, la Escritura predijo bien la diadema de los miembros para la cabeza. Aquí, por lo tanto, porque es alabado por la esposa, Él mismo digna alabar a la esposa a su vez, diciendo:

#### CAPÍTULO IV.

(Cap. IV.---Vers. 1.) ¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa y decorosa! Tus ojos son de palomas, sin lo que está oculto en el interior.

1. Como expusimos esto anteriormente (Cap. 2, n. 35), ahora evitamos repetir lo mismo para mantener la brevedad. Pero como se añadió Sin lo que está oculto en el interior, brevemente debemos ver cómo se une a lo anterior. Por lo tanto, la esposa es hermosa, y sus ojos son de palomas, sin lo que está oculto en el interior, porque es muy honesto todo lo que hace en el exterior, lo que se comporta con simplicidad entre los hombres, lo que se niega a desear temporalmente lo que ve, y si algo en este mundo le agrada, detesta seguir sus deseos. Pero es mucho más hermoso y honesto lo que se esfuerza por retener el deseo del corazón intacto, lo que retiene en la mente la claridad de la bienaventuranza eterna, lo contempla erguida, lo que descansa y se purifica suavemente en lo que ve interiormente. Sigue:

(Vers. 1.) Tus cabellos son como rebaños de cabras que suben del monte Galaad.

2. Si por los ojos se designan los predicadores de la Iglesia, porque muestra el camino a los demás, bien se significan por los cabellos los pueblos, porque le otorgan ornamento a la misma Iglesia. Por lo tanto, los cabellos de la esposa se dicen ser como un rebaño de cabras, porque los pueblos de la Iglesia, mientras rumiando los preceptos de la ley contemplan lo celestial, son animales puros y se alimentan en las alturas. Galaad se interpreta como montón de testimonio. ¿Qué entendemos por montón de testimonio, sino la multitud de mártires? Quienes, mientras mantuvieron la fe de Cristo de manera insuperable, sabemos que dieron testimonio de la verdad incluso con su muerte. Este rebaño de cabras sube del monte Galaad, porque el pueblo de la Iglesia se eleva más en la fe hacia lo eterno, cuanto más fuerte supo que los santos mártires dieron testimonio de la misma fe. Sigue:

(Vers. 2.) Tus dientes son como rebaños de ovejas esquiladas que suben del lavadero, todas con crías gemelas, y no hay estéril entre ellas.

3. Así como por los ojos se entienden los predicadores, porque iluminan a la Iglesia, de igual manera pueden llamarse sus dientes, porque a través de ellos se consumen los infieles y se nutren los pequeños. Los predicadores santos se llaman bien dientes, porque mientras exponen la Sagrada Escritura a los hermanos menores, como madres mastican el pan para los pequeños, para que los débiles se fortalezcan para cosas mayores. Estos, sin duda, se dicen ser como un rebaño de ovejas esquiladas que suben del lavadero, porque mientras recuerdan que fueron lavados de todos los pecados en el bautismo, voluntariamente dejan las cargas del mundo, para que puedan avanzar más libremente y fácilmente hacia lo celestial para alcanzarlo y predicarlo. De los cuales se añade: Todas con crías gemelas, y no hay estéril

entre ellas. Todos los santos predicadores tienen crías gemelas, porque mientras sobresalen a los demás hombres en los dos preceptos de la caridad, predicando el amor gemelo, y en él no cesan de engendrar a dos pueblos, el judío y el gentil. Entre los cuales no hay estéril, porque ciertamente no se debe llamar predicador si desprecia engendrar hijos espirituales. De los cuales aún se añade:

(Vers. 3.) Como cinta escarlata son tus labios, y tu palabra es dulce.

4. Los mismos predicadores se llaman labios de la Iglesia, porque a través de ellos habla al pueblo los preceptos de la vida. Que bien se dicen ser como una cinta, porque mientras restringen los pensamientos dispersos en los corazones de los hombres con sus predicaciones, como si reprimieran cabellos sueltos para que no se dispersen immoderadamente. Pero ¿qué significa que no solo se comparan a cintas, sino a cintas escarlatas, sino que por el escarlata se entiende la llama de la caridad, con la que arden y a través de ellos otros se encienden? A través de los cuales se endulza la palabra de la santa Iglesia, porque mientras hacen lo que dicen, presentan sus predicaciones a los hombres como alimentos sabrosos. Sigue:

(Vers. 3.) Como fragmento de granada, así son tus mejillas, sin lo que está oculto en el interior.

5. ¿Qué entendemos por las mejillas de la Iglesia, sino a los mismos predicadores, que mientras sobresalen en el pueblo para beneficiarlos, aparecen manifiestos en el rostro de la Iglesia? Por la granada se designa la misma Iglesia, porque mientras nutre a muchos pueblos en la unidad de la fe, como si comprimiera muchos granos bajo una sola cáscara. Por lo tanto, los santos predicadores son fragmentos de granada, porque mientras se afligen más fuertemente en el servicio divino como granos, mientras desprecian todas las cosas mundanas, mientras niegan sus placeres y mortifican completamente sus vicios, y elevan a los demás, y mientras nutren a los demás con sus ejemplos, como si se ofrecieran a sí mismos como alimentos al ser quebrantados y abiertos. Pero aunque grandes son las cosas que aparecen externamente, retienen cosas mayores en secreto, que solo los ojos divinos ven. Por eso se añadió: Sin lo que está oculto en el interior. Sigue:

(Vers. 4.) Tu cuello es como la torre de David, construida con almenas, de la cual cuelgan mil escudos, toda la armadura de los valientes.

6. Extendemos el cuello cuando queremos mirar más lejos. Por una razón, por lo tanto, se llaman ojos los santos predicadores, por otra razón dientes, por otra razón mejillas, y por otra razón cuello. Bien, entonces, se dice que el cuello de la santa Iglesia es como la torre de David, porque los santos predicadores vigilan a los enemigos que vienen de lejos, y resisten valientemente si intentan dañar a la Iglesia, y, despreciando libremente lo terrenal, contemplan lo celestial. Por lo tanto, se llaman cuello por la vigilancia de los enemigos, y torre por la fortaleza y por la alta contemplación de los gozos celestiales. Esta torre se dice correctamente que es de David, porque David se interpreta como mano fuerte; por lo cual se significa a Cristo, de quien es todo lo que se hace fuerte y excelso. De la cual se añade: Que está construida con almenas; de la cual cuelgan mil escudos, toda la armadura de los valientes. Se dice que la torre de David está construida con almenas, porque los santos predicadores, si es necesario, están armados con milagros contra los adversarios. Contra los vicios se protegen con escudos, porque para no sucumbir a los enemigos espirituales, se defienden con virtudes. En los cuales cuelga toda la armadura de los valientes, porque cualquiera que quiera resistir valientemente a las filas de los enemigos, ve en ellos ejemplos

con los cuales puede superar valientemente a los enemigos armados. Mil aquí se pone por perfección, porque en el número mil se completan todos los números perfectos. Sigue:

(Vers. 5, 6.) Tus dos pechos son como dos crías gemelas de gacela, que se alimentan entre lirios hasta que despunte el día y se disipen las sombras.

7. Por los dos pechos se designan dos órdenes de predicadores, uno en la circuncisión, otro en la incircuncisión. Que bien se dicen ser como dos crías gemelas de gacela, porque son hijos de la Sinagoga y se alimentan en los montes de la contemplación. Se llaman gemelos porque predicán concordemente y piensan concordemente. Se alimentan entre lirios hasta que despunte el día y se disipen las sombras, porque buscan incansablemente la pureza, hasta que en el día del juicio reciban las recompensas que contemplan continuamente en los trabajos de la noche. Sigue el esposo, diciendo:

(Vers. 6.) Iré al monte de la mirra y al collado del incienso.

8. ¿Qué entendemos por el monte de la mirra, sino la fuerte altura de la mortificación en la obra, y qué entendemos por el collado del incienso, sino la alta humildad en la oración? El esposo va al monte de la mirra y al collado del incienso, porque visita familiarmente a aquellos que ve que progresan a lo alto a través de la mortificación de los vicios y que huelen suavemente a través de oraciones puras y humildes. Con estas virtudes, la santa Iglesia o cada alma se hace pura, porque mientras resiste a los vicios a través de la mortificación de los placeres, y frecuentemente se lava con lágrimas a través de oraciones santas, lava las manchas para agradar al esposo, a quien intenta aparecer hermosa. El esposo lleva este esfuerzo a su efecto a través de su gracia, y benignamente alaba su obra en la esposa y dice:

(Vers. 7.) Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti.

9. Como está escrito: Nadie vive sin pecado, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XXIV, 4, según la Septuaginta), ¿qué significa que la esposa es llamada toda hermosa, en la cual no hay mancha? En otro lugar está escrito: Las estrellas no son puras a sus ojos (Job XXV, 5). Y en otro: En muchas cosas todos ofendemos (Santiago III, 2). Y el apóstol Juan dice: Si decimos que no tenemos pecado, la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Y el mismo: Si decimos que no pecamos, mentimos, y no hacemos la verdad (Ibid. 6). Pero mientras el alma santa se purifica de los pecados cotidianos mediante la penitencia, mientras diariamente lava con lágrimas los pecados pequeños y se guarda de los mayores, aunque peque frecuentemente, sin embargo, por la penitencia continua mantiene su pureza constantemente. Por eso en otro lugar se ordena: Que tus vestiduras sean siempre blancas (Eclesiástico IX, 8). Y aquello: El justo vivirá por la fe (Romanos I, 17). Aunque tan pronto como peca se desvía de la justicia, sin embargo, mientras siempre cree en aquel que justifica al impío, y continuamente llora sus pecados bajo su fe, por lavados continuos retiene su justicia. A la esposa que así se purifica se le dice consecuentemente:

(Vers. 8.) Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, ven; serás coronada desde la cumbre de Amana, desde la cima de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos.

10. El Líbano, de hecho, se interpreta como blanqueamiento. ¿Qué se entiende entonces por el Líbano sino el bautismo, en el cual la santa Iglesia es lavada con agua, y por el Espíritu Santo que recibe y por la fe en Cristo es blanqueada de la negrura de los pecados? Por eso está escrito: Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio (Salmo L, 9). Por tanto, la santa

Iglesia viene del Líbano a la corona, porque en el bautismo de Cristo recibe la fe, bajo la cual con la gracia de Cristo merece recibir la recompensa. Pero ¿qué significa que se dice tres veces Ven, sino que en la fe, en la esperanza y en la caridad subsiste todo lo que obra, para que, armada con estas tres virtudes, tenga la fortaleza por la cual no se canse en el camino? De la fe se dice: Purificando sus corazones por la fe (Hechos XV, 9). Y de nuevo: Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos XI, 6). De la esperanza se dice: No serán confundidos todos los que esperan en ti, Señor. ¿Quién ha esperado en ti y ha sido abandonado? (Eclesiástico II, 11, 12). De la caridad se dice: La caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Y de nuevo: Si distribuyera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, nada soy (I Corintios XIII, 3). Y el apóstol Juan: Dios es caridad (Juan IV, 16). Sin embargo, también puede entenderse de otra manera que se diga tres veces Ven. La santa esposa viene a Cristo mientras vive en este mundo, obrando el bien que puede. Viene cuando en la hora de la muerte el alma, es decir, la esposa misma, se despoja de la carne. Viene por tercera vez cuando en el día del juicio final retoma la carne y entra con Cristo en la cámara celestial. Allí, de hecho, recibe la recompensa de todos sus trabajos; allí, ya completamente postrados y excluidos los enemigos, es gloriosamente coronada. Por eso aquí se le dice por promesa: Serás coronada desde la cumbre de Amana, desde la cima de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos.

11. ¿Qué se entiende por Amana, Sanir y Hermón, nombres de montes, sino los poderosos de este mundo? Cuanto más ricos, tanto más altos y firmes parecen ser entre los débiles. Pero de estos montes la santa Iglesia es coronada, porque mientras predica el reino eterno, mientras con su ejemplo demuestra que todo lo que es del mundo es vil, inclina incluso a los poderosos a la penitencia, y para sí misma prepara una corona en los cielos por su búsqueda. Así sucede que los humildes derriban a los soberbios, y los débiles inclinan a los altos. Por eso está escrito: Todo valle será llenado, y todo monte y colina será humillado (Isaías XL, 4). Pero ¿qué significa que no solo se dice que será coronada desde los montes, sino también desde las cumbres de los montes, sino que, como vemos cumplido, ya las personas más altas creen en Cristo y obedecen a sus preceptos por la predicación de la Iglesia? Reyes e imperadores sirven a Cristo, deponen sus coronas; y por la penitencia buscan el perdón en la Iglesia. Si, por tanto, por las cumbres de los montes entendemos a las personas más altas, bien por las guaridas de los leones y los montes de los leopardos se designan a los príncipes y ministros, que sirven a la crueldad, y con sus engaños engañan a aquellos a quienes no pueden dañar con la fuerza. Los leopardos, de hecho, siempre llevan manchas en la piel, por los cuales, ¿quiénes sino los hipócritas o discordantes son significados? En aquellos que siguen la credulidad, los demonios yacen como leones. En aquellos, en cambio, como leopardos construyen montes, que al consentir mezclar algunas virtudes con sus vicios, se ven obligados a buscar la gloria de la alabanza por todos sus bienes. Estos, por tanto, verdaderamente imitan la variedad de los leopardos, porque mientras siguen los vicios junto con las virtudes, se dividen como en una piel variada por la disimilitud del color. Pero de las guaridas de los leones y de los montes de los leopardos la Iglesia es coronada, porque mientras por su predicación los crueles se convierten a la piedad y los hipócritas a la unidad de la vida humilde, por todos estos recibirá la recompensa que merece. A quien de nuevo se le dice:

(Vers. 9). Has herido mi corazón, hermana mía esposa, has herido mi corazón con uno de tus ojos, y con uno de los cabellos de tu cuello.

12. Por los ojos de la esposa, la santa Iglesia, se designan los predicadores, como se ha dicho; por los cabellos se figura la multitud del pueblo; por el cuello se demuestra la unión de la cabeza y el cuerpo santo, que se entiende como la fe de la Iglesia. Por esta, de hecho, se une

la cabeza y el cuerpo, mientras cada uno se adhiere a Cristo tanto más firmemente cuanto más fiel se le considera en buena conversación. En uno de los ojos y en uno de los cabellos del cuello de la esposa el esposo es herido, porque ciertamente hasta la muerte de cruz se conmueve, para que la unidad de los predicadores y del pueblo en la Iglesia se confirme. De cuyo amor hacia la esposa el esposo añade de nuevo.

(Vers. 10). ¡Cuán hermosos son tus pechos, hermana mía esposa!

13. ¿Qué se entiende más adecuadamente por los pechos en este lugar que el mismo amor de Dios y del prójimo, del cual hemos hablado antes? Por los cuales la mente santa nutre todos sus sentidos en el amor, mientras se adhiere a su Dios con la tenacidad de la caridad, y a los prójimos, si tiene algo de utilidad, lo imparte gustosamente cuando es posible. Cuánto ama el esposo estos pechos de la esposa, lo manifiesta claramente en la repetición de la alabanza, diciendo:

(Vers. 10.) Tus pechos son más hermosos que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas.

14. Lo que dijimos antes de los pechos del esposo, también aquí cuando habla de la esposa se puede entender. Y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Por los ungüentos, de hecho, se entienden las mismas virtudes que nacen de la caridad. También los réprobos a veces tienen aromas con los que huelen, porque poseen algunas virtudes y realizan buenas obras; pero como viven sin caridad, nada de lo que hacen agrada a los ojos de Dios. Por eso en el juicio cuando digan: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchas virtudes? (Mateo VII, 22), se les responderá: Nunca os conocí, apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad. Bien se dice, por tanto, que los ungüentos de la Iglesia huelen más que todos los aromas, porque aunque las obras de los réprobos a veces agradan a los hombres, estas que la santa Iglesia realiza por caridad, en las narices divinas huelen sin cesar. Sigue:

(Vers. 11.) Panal que destila son tus labios, esposa; miel y leche bajo tu lengua, y el olor de tus vestiduras como el olor del incienso.

15. Los predicadores de la Iglesia bien se dicen ser los labios de la esposa, porque por ellos habla a los pueblos, y por ellos los pequeños son instruidos en la fe, mientras por ellos se manifiestan los secretos de la divina Escritura como los latentes del corazón. En el panal, de hecho, la miel está oculta, y la cera se ve. Por tanto, los labios de la esposa se llaman panal, porque mientras en la fragilidad de la carne se tiene gran sabiduría, es como miel oculta en la cera. Cuando alguien elegido predica, cuando revela las alegrías celestiales a los ignorantes, entonces el panal destila, porque cuánta dulzura de sabiduría yace en el corazón, por la fragilidad de la boca se manifiesta a los oyentes. Por eso está escrito: Tenemos este tesoro en vasos de barro (I Corintios IV, 7). Por eso se añade: Miel y leche bajo tu lengua. Sin duda, los falsos predicadores llevan miel en la lengua, que no tienen bajo la lengua, porque a veces predicán las alegrías celestiales como si fueran verdaderas, cuando ellos mismos desean con todas sus fuerzas los bienes terrenales. La mente santa, en cambio, presenta miel en la lengua, porque muestra la dulzura de la sabiduría hablando, y al predicar verdaderamente, alimenta a los oyentes como con la dulzura de la miel. Lleva leche, porque con doctrina adecuada a sí misma nutre a los pequeños en la Iglesia. Pero bajo la lengua reserva todo esto para sí misma, porque lleva consigo constantemente la dulzura interna. Pues mientras rechaza lo terrenal, mientras rechaza la amargura de los vicios, se alimenta en los sentidos internos con la dulzura de la sabiduría, con la cual recoge fuerzas, para que avanzando hacia lo eterno, no pueda cansarse en el trabajo del camino.

16. A quien bien se le dice: Y el olor de tus vestiduras como el olor del incienso. ¿Qué se designa por estas vestiduras, sino las santas obras, con las cuales se cubre la fealdad de los males pasados, para que no se vea? Por eso está escrito: Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras para que no ande desnudo y se vea su vergüenza (Apocalipsis XVI, 15). El incienso, de hecho, se pone por significación en lugar de la oración, como está escrito: Suba mi oración como incienso ante ti (Salmo CXL, 2). Así, el alma santa en este mundo, cuanto puede, realiza buenas obras, y obrando bien con deseo e intención santa se extiende hacia lo eterno; y no hace nada bueno, sino con la intención de que pueda llegar algún día a las celestiales que ama. Bien, por tanto, se dice que el olor de sus vestiduras es como el del incienso, porque en todas sus obras ora, mientras obra los bienes que puede con la intención de llegar a lo que ama. Sigue:

(Vers. 12.) Huerto cerrado, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada.

17. La santa Iglesia es un huerto, porque mientras engendra a muchos pueblos en la fe, emite como buena tierra hermosas flores. Este huerto bien se dice cerrado, porque está protegido por el vallado de la caridad, para que ningún réprobo entre en el número de los elegidos. Cada alma santa también se entiende como un huerto cerrado, porque mientras oculta sus bienes con la intención de la vida eterna, mientras desprecia completamente las alabanzas humanas, se rodea con esa buena intención, para que el enemigo antiguo no pueda irrumpir para arrebatarse sus interiores. También se dice fuente, porque mientras piensa constantemente en lo celestial, mientras siempre reúne en el vientre de la memoria la ciencia de las Escrituras, la mente santa no cesa de generar en sí aguas vivas, que pueda ofrecer a los sedientos para que se refresquen. Por eso está escrito, dice el Señor: Quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 13). Y en otro lugar: Quien cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Pero ¿por qué se dice que esa fuente está sellada, sino porque el sentido espiritual se oculta a las mentes indignas? Al hombre infiel el Señor le dice: El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan III, 8). Y de nuevo está escrito: Sobre nosotros está sellada la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV, 7). Lo que allí es luz sellada, aquí sin duda se dice que es fuente sellada. El Espíritu Santo, de hecho, la mente que llena, iluminando riega, y regando ilumina: para que tanto vea con su luz lo que debe desear, como se refresque con su rocío, para que no se canse. Sigue:

(Vers. 13.) Tus brotes son un paraíso de granadas con frutos de árboles.

18. ¿Qué emite la santa Iglesia, sino con santas obras santas palabras, con las cuales engendra y nutre a los hijos? A quienes mientras lleva a algunos hasta el martirio, a otros instruye en santa conversación; a estos los envía a la patria eterna ruborizados con la sangre del martirio, a aquellos viviendo en santas obras, los entrega a los prójimos como ejemplo de santidad, ¿qué otra cosa emite sino granadas y frutos de árboles? Las granadas, de hecho, bajo la corteza roja contienen multitud de granos; los frutos de los árboles tienen en sí la dulzura de la nutrición. Así, así los mártires mientras laboran bajo el fuego de la tribulación, mientras no dudan en derramar sangre por Cristo, reúnen en su mente multitud de virtudes. También los santos que viven en la paz de la Iglesia llevan frutos de árboles; porque mientras hacen obras santas, dan ejemplos a los prójimos, quienes se refrescan con su exhibición. Cuantos son santos en la Iglesia, ya sea que ardan en el fuego de la pasión, ya sea que crezcan descansando en la paz de la Iglesia, no cesan de construir en sí mismos el olor de las virtudes santas como un paraíso de suavidad y delicias mientras viven. La abundancia de este paraíso

la Escritura demuestra, mientras bajo la voz del esposo designa las virtudes por los nombres de los árboles, diciendo:

(Vers. 14.) Cipreses con nardo, nardo y azafrán, caña y canela con todos los árboles del Líbano, mirra y áloe con todos los mejores ungüentos.

19. ¿Qué se designa por estas diversas especies de aromas, sino el olor y el progreso de las santas virtudes que se encuentran en los santos? De estas especies se confeccionan los ungüentos reales, de estas se encuentran las sanidades de los cuerpos. Bien, por tanto, designan las virtudes de las almas, que al ser reunidas y confeccionadas, tanto se emite el buen olor de la opinión, como se repara la salud adecuada a las almas enfermas. Pero aún se repite la alabanza de la Iglesia por el esposo, cuando se añade:

(Vers. 15.) Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que fluyen con ímpetu del Líbano.

20. Correctamente en las emisiones, se describe como fuente de jardines y pozo de aguas vivas. ¿Qué se designa por la fuente y el pozo, sino la santa Escritura? que así genera el agua de la sabiduría, que siempre refresca a los que beben, y sin embargo no cesa de manar. Que bien se dice ser de los jardines; porque la santa Escritura es especialmente de aquellos en cuyos montes brotan las semillas de las virtudes. Pero debemos preguntarnos por qué la Escritura se llama tanto fuente como pozo, cuando la fuente aparece en la superficie, pero el pozo, oculto en lo profundo, ejerce a todos los que lo buscan con mayor trabajo. Pero debemos saber que la divina Escritura en algunos lugares se presenta manifiesta, en otros lugares se ofrece oscura, y a veces se bebe ligeramente como se encuentra, como fuente, y a veces necesita gran investigación para ser tomada. Pero que el entendimiento de la santa Escritura se designe por el agua, se muestra en otro lugar cuando se dice con voz divina de los réprobos: Les enviaré hambre de agua, y sed de pan (Amós VIII, 11). Y por Isaías se dice: El Señor quitará de Jerusalén y de Judá todo sustento de pan y todo sustento de agua (Isaías III, 1). Donde se debe notar que primero se quita el sustento de pan, y después el sustento de agua. Pues cuando no se buscan las palabras graves de la Escritura para ser mandadas, poco a poco la mente cae de la ciencia, para que a veces incluso las cosas ligeras no se comprendan con el entendimiento. Pero estas aguas bien se dice que fluyen con ímpetu del Líbano: el Líbano, como se ha dicho, se interpreta como blanqueamiento. En el bautismo, de hecho, somos blanqueados, cuando perdida la negrura de los pecados, somos reformados a la pureza de la nueva vida. Del Líbano, por tanto, las aguas del pozo fluyen con ímpetu: porque en el bautismo los elegidos reciben el don del Espíritu Santo, por el cual iluminados entienden el sentido de la sagrada Escritura. La ciencia de la santa Escritura fluye con tanto ímpetu, que cuando toca a los elegidos, los aparta del amor de esta vida, y por la fuerza de su ímpetu los traslada a las alegrías eternas. De ahí que en el salmo está escrito: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 5). El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, cuando por el don del Espíritu Santo inundando fuertemente la sabiduría de la Escritura, la santa Iglesia, o la mente de cualquiera que la capte, se regocija con su infusión. A cuya venida del Espíritu se increpa al espíritu maligno, cuando aquí en lo siguiente se dice:

(Vers. 16.) Levántate Aquilón, y ven Austro: sopla en mi jardín, y fluirán sus aromas.

21. ¿Qué se designa por el Aquilón que constriñe en el frío y hace torpe, sino el espíritu inmundo, que cuando posee a todos los réprobos, los hace torpes para la buena obra? Por el Austro, en verdad, el viento cálido, se figura el Espíritu Santo: que cuando toca las mentes de los elegidos, las relaja de toda torpeza, y las hace fervientes, para que deseen operar cualquier bien. Por eso se dice: Conviértete, Señor, nuestra cautividad, como torrente en el Austro

(Salmo CXXV, 4). Levántese, por tanto, el Aquilón, y venga el Austro, y sople en el jardín del Esposo, y fluyan sus aromas; para que el espíritu maligno se aleje de la Iglesia o de cada alma, y venga el Espíritu Santo. Que viniendo infunda el fuego de la caridad en los pensamientos, y al infundirse, disuelva la torpeza de la negligencia. Lo que cuando hace, fluyen los aromas; porque cuando al venir el Espíritu Santo, el corazón que antes estaba torpe se excita a las obras, inmediatamente las opiniones de la santa operación discurren suavemente por todos los prójimos, para que todos los que oyen se enciendan a lo mismo, y al soplar el Austro, es decir, al infundirse el Espíritu Santo, emitan los olores de las virtudes, para que en todas partes florezca el santo jardín, y después de la flor produzca frutos olorosos y refrescantes. Al cual jardín la esposa invita al amado, cuando añade:

## CAPÍTULO V.

(Cap. V.---Vers. 1.) Venga mi amado a su jardín, para que coma el fruto de sus manzanas. 1. El amado viene al jardín y come el fruto cuando Cristo visita las mentes y se sacia con el deleite de las buenas obras. Por eso, el mismo añade diciendo:

(Vers. 1.) He venido a mi jardín, hermana mía, esposa mía, he recogido mi mirra con mis aromas: he comido mi panal con mi miel, he bebido mi vino con mi leche.

2. El amado recoge la mirra con los aromas cuando Cristo, llevando la mortificación de la vida a la perfección, corta a su elegido de esta vida y lo lleva al granero celestial con santa reputación. Come el panal con miel cuando perfecciona el deseo santo que yace en las obras santas y lleva el alma santa al banquete de los santos para ser enriquecida con su deleite. Bebe su vino con leche cuando se refresca con la perfección de algunos y, amando la inocencia de otros con piedad, introduce a ambos en el banquete eterno. A ejemplo de ellos, invita a los que quedan, cuando añade:

(Vers. 1.) Comed, amigos míos, bebed y embriagaos, carísimos.

3. Es de notar en primer lugar que los que comen son amigos; pero los que beben y se embriagan son llamados carísimos. En estas palabras se da a entender que en este lugar comer es bueno; pero beber y embriagarse es mejor. Hay ciertamente algunos en la santa Iglesia que escuchan los mandamientos divinos de tal manera que aprenden a amar más lo celestial que lo terrenal, que por su deseo dan mucho a los pobres, se guardan de las malas obras, no arrebatan nada a nadie con violencia, escuchan con gusto la predicación de la Iglesia, se instruyen en la fe, la cual ejercitan con obras santas; y sin embargo, tienen esposas, crían hijos, aman sus bienes, aunque anteponen a Cristo a todas estas cosas. Estos ciertamente comen y son amigos; porque al escuchar la Sagrada Escritura, toman para sí tal alimento que, aunque aún no alcanzan la suma perfección, sin embargo, según su medida, viven sin culpa en los mandamientos divinos. Lo cual, cuando los padres del bienaventurado Juan, a saber, Zacarías y Elisabet (Luc. I), se esforzaron por conservar, merecieron recibir en su vejez un hijo por revelación angélica, del cual no surgió mayor entre los nacidos de mujer, y mereció señalar con el dedo y bautizar al mismo Salvador del mundo (Mat. XI). De cuyos padres se dice: Eran ambos justos ante Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja (Luc. I, 6). Pero hay otros que escuchan o leen la divina Escritura con tal avidez que, renunciando inmediatamente a todas las obras terrenales, solo buscan lo celestial, abandonan padres, esposas, casas, incluso hijos y todas las cosas transitorias; solo desean seguir y abrazar a Cristo. Por deseo de Él se afligen con ayunos, se conmueven con lágrimas, se ejercitan en meditaciones divinas, solo piensan en lo eterno, se dedican a las

contemplaciones, trabajando para que, olvidando lo que queda atrás, se extiendan más y más hacia lo que está adelante (Filip. III). ¿Qué hacen estos, sino que bebiendo se embriagan: de modo que, mientras olvidan por deseo todas las cosas terrenales, merecen ser llamados con justicia por el esposo celestial no solo amigos, sino también carísimos? De los cuales el mismo esposo sigue diciendo:

(Vers. 2.) Yo duermo y mi corazón vela.

4. Estos elegidos bien pueden ser llamados el corazón del esposo, que cuanto más huyen de las cosas exteriores que están en el mundo, más secretamente conocen las cosas interiores del esposo. De los cuales sin duda el mismo esposo dice en otro lugar: El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Por tanto, el esposo duerme y su corazón vela: porque mientras Cristo ya glorificado descansa en la bienaventuranza, cualquiera que lo ama perfectamente, se esfuerza por llegar a Él. De esta vigilancia la esposa dijo anteriormente: Mientras el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su fragancia (Cant. I, 11). Pues lo que se dice que descansa durmiendo, lo manifiesta lo que se lee en otro lugar: En paz me acostaré y dormiré (Sal. IV, 9). Lo cual también la misma esposa puede decir de sí misma. Diga, pues: Yo duermo y mi corazón vela. Como si la mente santa hablara abiertamente, diciendo: Mientras duermo exteriormente de los tumultos mundanos, con pensamiento interior vigilo y considero las cosas celestiales. Pues los hombres santos, mientras desprecian todas las cosas terrenales, mientras huyen completamente de los tumultos del mundo, mientras asumen el ocio en el camino de Dios, no dejan estas cosas para entregarse a la pereza; sino que, trabajando interiormente, se esfuerzan por contemplar en su corazón aquellas cosas para las que fueron hechos. Pues no duermen para estar inactivos, sino que descansan de las cosas transitorias para contemplar más libremente las eternas. Sin embargo, a veces el esposo los despierta para el progreso de los prójimos, y para que avancen con aquellos con quienes viven, los llama del ocio que aman. Al escuchar su voz, incluso mientras duerme, la esposa dice:

(Vers. 2.) La voz de mi amado que llama.

Lo que también dice llamando, añade:

(Vers. 2.) Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía.

También añade la causa de su clamor, diciendo:

(Vers. 2.) Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis rizos de las gotas de la noche.

5. Mientras la esposa duerme, el amado llama para que se le abra; porque mientras la mente santa se dedica a sí misma en el ocio, Cristo tolera muchas obras de pecado en este mundo; las cuales, a menos que los hombres espirituales se dispongan a la enseñanza, los carnales nunca las reconocen ni se preocupan por corregirlas por sí mismos. Por tanto, el esposo quiere que a veces se deje el ocio y que los espirituales se preocupen por la edificación de los prójimos; porque mientras los hombres perfectos se dedican a sí mismos en la quietud interior, el esposo se duele de que los seculares caigan más y más en lo peor, mientras que, debido al silencio de los espirituales, lo conocen cada vez menos; lo cual él manifiesta cuando dice: Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis rizos de las gotas de la noche. ¿Qué se entiende por la cabeza del esposo, sino Dios, y qué por el rocío en este lugar, donde se dice lamentando, sino el frío de las mentes? Pues está escrito: La cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI, 3). Y sobre el frío de cualquier mente carnal está escrito nuevamente: Como la cisterna

enfría el agua, así ha enfriado su maldad (Jerem. VI, 7). Por tanto, la cabeza de Cristo está llena de rocío, porque muchos en la Iglesia, aunque creen en Dios, permanecen fríos y no se encienden en el ardor de la caridad. Por los rizos de él entendemos a los pueblos, que sabemos que cuelgan y oprimen en la fe de la divinidad, como en la cabeza de Cristo. Pero se dice que los rizos están llenos de las gotas de la noche; porque mientras se suspenden en el tiempo de esta temporalidad tenebrosa, fluyen más y más con las gotas de las iniquidades. Para encender a estos, la esposa es despertada, mientras que cualquier espiritual es llamado de su ocio a la prelación de la Iglesia para la edificación de muchos. Pero como teme que si llega a la prelación, sea necesario ocuparse de las preocupaciones del mundo; y así, mientras se inclina a las cosas temporales por la ocasión de la edificación de muchos, pierda la quietud, e incluso se manche con las suciedades de los pecados, por eso responde al esposo que llama, diciendo:

(Vers. 3.) Me he despojado de mi túnica, ¿cómo volveré a ponérmela? He lavado mis pies, ¿cómo volveré a ensuciarlos?

6. La esposa se ha despojado de su túnica, porque ha rechazado todas las cosas exteriores que la cargaban. De la cual túnica se dice: Ahora bien, el que tiene túnica, véndala y compre espada (Luc. XXII, 36). Pues vende la túnica y compra la espada, quien por lo eterno renuncia a lo temporal: y viviendo en santa conversación, adquiere la palabra de la predicación. De la cual se dice: Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 17). La esposa ha lavado sus pies; porque mientras vive en santo ocio, el alma santa recuerda cuidadosamente sus obras: y lo que encuentra en ellas de impuro, lo llora con lágrimas y gemidos diarios. Por tanto, ha lavado sus pies, porque ha llorado las obras pasadas, por las cuales había caminado disolutamente por este mundo. Ha lavado sus pies, porque lavando sus pecados con lágrimas, ha deseado aparecer pura ante su amado. Teme volver a ensuciar estos pies; porque está muy preocupada de que si es puesta en la prelación, caminando por lo terrenal, vuelva a tomar lo que dejó. Por eso se retira del ocio a regañadientes; porque mientras está alejada de las olas del mar, vive más segura como si estuviera en la orilla. Pero el amado no tolera fácilmente la muerte de los prójimos. Por eso, acercándose más, no duda en despertarla por sí mismo, cuando se dice:

(Vers. 4.) Mi amado metió su mano por la abertura, y mi vientre se estremeció al tacto de él.

7. El amado mete su mano por la abertura a la esposa para que se levante, cuando por el sutil entendimiento le manifiesta inspirando cuán grande es la virtud de la operación divina: que puede salvar incluso en medio de los peligros; que también en la paz nadie es salvo sin él; que en el tumulto de la lucha no abandona a los que esperan en él. Al tacto de él, el vientre de la esposa se estremece: porque el alma santa, cuanto más siente la potencia divina por la visita interior, más estrictamente juzga todo lo que encuentra carnal en sí misma. Pues cuanto más arde en amor por aquel a quien desea con la mente, tanto más temerosa se somete a él, y más teme que el esposo encuentre en ella algo por lo cual quiera apartarla de sí. Por eso, obedeciendo al esposo, se prepara para el trabajo; para que, así como en la quietud es familiar al esposo, así también sirviendo devotamente en el trabajo aparezca. Por eso añade, diciendo:

(Vers. 5.) Me levanté para abrir a mi amado.

8. Tactada, se levanta para abrir: porque cuando recibe el espíritu de amor más de lo habitual, inmediatamente piensa en la edificación del prójimo; y predicando actúa para que, abriendo los corazones, el Esposo, viniendo a habitar en los prójimos, encuentre la entrada abierta. También con la predicación muestra ejemplos de obras a los oyentes, diciendo:

(Vers. 5.) Mis manos destilaron mirra, y mis dedos están llenos de mirra purísima.

9. ¿Qué se entiende por manos, sino las obras: qué por mirra, sino la mortificación de la carne? Las manos de la esposa que predica destilan mirra; porque cualquiera que predica a otros, es necesario si quiere aprovechar a muchos, que en toda su obra se esfuerce por mortificar la vida carnal. Pero para que esto se haga con gran discreción, lo manifiesta cuando añade, diciendo: Mis dedos están llenos de mirra purísima. Pues así como de una mano se dividen varios dedos, así en una santa conversación se encuentran diversas virtudes por discreción. Una es la virtud de la generosidad, otra la virtud de la moderación. Una obra es de humildad, otra de libre reprensión. Otra cosa hacemos cuando nos contenemos en silencio por nuestra propia edificación; otra cuando hablamos a los prójimos por su utilidad. Pero se dice que los dedos están llenos de mirra purísima; porque en todo lo que se hace, siempre es necesario que se mantenga la mortificación de la carnalidad. La cual con razón se dice purísima, cuando en toda sugerencia que el enemigo insinúa, sin cesar se evita que se reciba el placer carnal. Cuando esto se hace, toda dureza de la mente se disuelve, y se prepara la entrada para que el Esposo entre al corazón. De ahí que sigue:

(Vers. 6.) Abrí el cerrojo de mi puerta a mi amado: pero él se había retirado y había pasado.

10. Hacemos cerrojo a la puerta cuando, por los placeres de la carne, cerramos la entrada del corazón contra el esposo. Pero abrimos el cerrojo cuando, apartando los placeres efímeros, liberamos nuestro corazón en amor a Cristo, que antes estaba endurecido, y hacemos libre la entrada al Esposo que llama a la puerta. Lo cual, mientras vivimos en esta carne, porque no puede hacerse de repente, queda que lo hagamos más y más cada día. Pues nadie, como está escrito, se hace perfecto de repente. A veces, mientras estamos en esta corrupción, buscamos a nuestro Señor, y parece que se aleja más de nosotros que acercarse. Por eso sigue: Pero él se había retirado y había pasado. A veces el Esposo toca a la amada, a veces se retira: porque cuando nos ve perezosos, nos incita al amor: pero cuando parece que puede ser alcanzado por nosotros que trabajamos, entonces para que no sea alcanzado, pasa y se retira. Lo cual se hace con la mayor gracia en nosotros, para que no lo perdamos del todo mientras yacemos en nuestra pereza, ni nos enorgullecamos de su plena aprehensión, como nos parece. Sin embargo, tan pronto como se ha retirado, regresa: y para que el alma santa no esté más tiempo alejada de su amado, se infunde en el alma deseosa con la palabra de su inspiración, y la derrite. Por eso exulta la esposa, diciendo:

(Vers. 6.) Mi alma se derritió cuando mi amado habló.

11. Dice que se derritió al hablar el Esposo, porque cuando Cristo se infunde por su espíritu en el alma deseosa, disuelve inmediatamente toda dureza del corazón: y a veces derrite la mente en tantas lágrimas, que apenas puede contener lo que exulta de tener dentro de sí: y se maravilla interiormente de lo que era, y de lo que de repente se ve hecha. Cuando siente este licor, desea aprehenderlo más perfectamente; y a veces, mientras piensa en esto mismo, ya no siente lo que ahora sentía. Por eso se preocupa por buscar, para encontrar esto mismo; pero a veces, aunque se fatigue mucho, no encuentra lo que ahora tenía tan presente. Por eso sigue:

(Vers. 6.) Lo busqué, y no lo encontré: lo llamé, y no me respondió.

12. La esposa busca al amado, pero no lo encuentra; porque la mente inspirada por Dios desea continuamente disfrutar de aquella suavidad íntima, pero la corrupción que lleva en esta vida lo impide. Por tanto, llama y no se le responde: porque con sus oraciones y obras

desea saciarse con la dulzura de aquella presencia, pero lo que invoca no le ocurre según su deseo. Queda, pues, que volviendo en sí misma se conozca, y por las santas Escrituras busque más a su amado, ayudada por aquel gusto. Y esto es lo que sigue:

(Vers. 7.) Me encontraron los guardias que custodian la ciudad, me golpearon y me hirieron: me quitaron el manto los guardias de los muros.

13. Mientras la esposa se preocupa por la búsqueda del amado, cae en manos de los guardias de la ciudad: que mientras la mente santa se aflige por el deseo de su Esposo Cristo, recibe las palabras de los predicadores en las divinas Escrituras, y mientras está exiliada de Cristo, se dedica al amor de aquel a quien buscaba. En las cuales encuentra qué ejercicio, añade: Me golpearon y me hirieron: me quitaron el manto los guardias de los muros. Los guardias golpean y hieren a la esposa; porque los santos predicadores, mientras hablan cosas celestiales, afligen al alma amante y la hieren con mayor amor. Le quitan el manto; porque si quedaba algo de pompa secular en el corazón, con sus exhortaciones lo quitan del alma. Le quitan el manto; porque a veces antes de las palabras de los predicadores no nos conocíamos, y ellos descubren todo lo que estaba oculto interiormente mientras hablan. Lo cual, cuando se hace, deben ser amados más; y para que hablen por nosotros al amado, deben ser suplicados más devotamente. Lo cual hace la esposa cuando añade:

(Vers 8.) Os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, que le digáis que estoy enferma de amor.

14. Pues cuando revelamos nuestros pensamientos a los santos varones, cuando les exponemos nuestro deseo, ya sea viviendo con nosotros o ya ingresados en la vida eterna, y oramos por Dios para que ofrezcan al Señor Cristo por nosotros el deseo con el que estamos afligidos, ¿qué otra cosa hacemos, sino que conjuramos a las hijas de Jerusalén para que al amado, a quien son más cercanas que nosotros, le digan que estamos enfermos de amor? Pero también los mismos Santos, si aún están con nosotros, oran a sus oradores, y quienes son orados para que anuncien, por humildad como ignorantes preguntan, diciendo:

(Vers. 9.) ¿Qué tiene tu amado más que otro amado, oh la más hermosa de las mujeres?

Pero porque cuanto más aman, más dulcemente repiten las palabras sobre él, dicen lo mismo nuevamente:

(Vers. 9.) ¿Qué tiene tu amado más que otro amado, que así nos conjuraste?

El Esposo es llamado amado de entre los amados: para que por la repetición del amor, se muestre el gran amor del que habla. O bien Cristo es llamado amado de entre los amados; porque si amamos al Hijo, también amamos al Padre de quien es. Responde la esposa siguiendo, diciendo:

(Vers. 10.) Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre mil.

15. Cristo es dicho ser blanco y rubicundo; porque no haciendo ningún pecado en absoluto, mantuvo la belleza de la justicia por completo, y sin embargo, como si fuera pecador, se acercó a la pasión de la muerte. A quien se dice por el profeta: ¿Por qué, pues, es rojo tu vestido? (Isaías LXIII, 2.) Es escogido entre mil, porque de toda la masa del género humano, ninguno se encuentra sin pecado: él no solo fue sin pecado, sino que también redimió a los pecadores con su justicia y sangre. Sigue:

(Vers. 11.) Su cabeza es oro puro: sus cabellos son como palmas elevadas, negros como el cuervo.

16. La cabeza de Cristo es Dios. Esta cabeza bien se dice oro; porque en comparación con el Creador, toda criatura se considera cosa vil (I Cor. XI). Sus cabellos son como palmas elevadas, negros como el cuervo. ¿Qué se entiende por los cabellos de Cristo, sino a los fieles? Que mientras guardan la fe de la Trinidad en la mente, y adhiriéndose a Dios, hacen lo que creen, como colgando en la cabeza, confieren honor al que lleva. La palma, al ascender en alto, progresa mucho y con su significado prefigura la victoria. Por tanto, los cabellos son como palmas elevadas: porque los elegidos, mientras siempre se elevan a las alturas de las virtudes, por la gracia de Dios se conducen a la victoria. Pero son negros como el cuervo: porque aunque se elevan con virtudes, siempre se reconocen pecadores. Sigue:

(Vers. 12.) Sus ojos son como palomas sobre los arroyos de agua, que están lavadas con leche, y se posan junto a corrientes abundantes.

17. Los ojos del esposo son como palomas, porque los predicadores de Cristo, que nos muestran el camino, viven en simplicidad. Se dice que están sobre los arroyos de las aguas, porque siempre se dedican a la reflexión de las Sagradas Escrituras. Están lavados con leche, porque por la gracia de la sabiduría creadora, como con la leche materna, han sido limpiados de los pecados por el bautismo. ¿Qué entendemos por los ríos abundantes junto a los cuales residen, sino los profundos y secretos dichos de las Sagradas Escrituras, que desmenuzamos y con los que nos alimentamos al leerlos o escucharlos? Las palomas también suelen residir junto a los ríos para ver la sombra de las aves voladoras en el agua, y al lanzarse sobre ella, escapan de las garras de los depredadores. Así, los hombres santos perciben en la Sagrada Escritura las trampas de los demonios y, por la descripción que ven, como por una sombra, reconocen al enemigo. Y mientras se dedican por completo a los consejos de la Escritura, de modo que no actúan sino según lo que oyen de la respuesta de las Escrituras, es como si se lanzaran al agua, burlando al enemigo. Estos ríos se llaman abundantes porque, de cualquier duda que se busque consejo en las Escrituras, se encuentra plenamente sin disminución.

(Vers. 13.) Sus mejillas son como arriates de especias, plantados por perfumistas.

18. Si por los ojos se designan los predicadores, bien se figuran en la Iglesia por las mejillas aquellos que se dice que han terminado su vida en la Iglesia por el martirio. Pues cuando no dudan en derramar su sangre por la fe de Cristo, es como si las mejillas en el rostro del Esposo se enrojecieran. Por ellos, en efecto, se publica la belleza de la fe cristiana, porque muestran hacia qué premio de la fe se dirigen, al morir por ella. Bien se dice que son como arriates de especias, porque mientras son ejercitados en la constancia de la fe, elegidos para el martirio, la fama de la santa opinión se difunde como el olor de las especias. Pero los arriates de especias son plantados por perfumistas, porque los santos mártires son fortalecidos para la confesión por los predicadores precedentes y llevados como ejemplo de imitación a los pueblos por los que les siguen. De aquellos que precedieron, se cultivan las virtudes como especias; de estos que siguen, se toman los ejemplos como especias. Por eso sigue:

(Vers. 13.) Sus labios son lirios que destilan mirra primera.

19. ¿Qué entendemos por los labios del Esposo, sino a los mismos que llamamos predicadores de Cristo? Que cuando predicán las muertes de los mártires a los pueblos, es como si destilaran mirra para mortificar las carnes como condimento. Esta mirra bien se dice

que es primera, porque nadie es tan mortificado como aquel que termina en martirio por Cristo. Dijo primera no por el tiempo, sino por la dignidad. ¿Qué significa que los labios del Esposo se digan lirios, sino que aquellos por quienes habla Cristo deben ser puros, y por ellos se debe esparcir un buen olor? De los cuales era el apóstol Pablo, quien decía: Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar, tanto en los que se pierden como en los que se salvan (II Cor. I, 15). Pero es de notar que todo lo que en la Iglesia se tiene de justicia y fortaleza, se deriva de Cristo mismo por los ejemplos de sus obras. Por eso sigue:

(Vers. 14.) Sus manos son torneadas, de oro, llenas de jacintos.

20. ¿Qué se designa por las manos de Cristo, sino las obras santas que realizó en el mundo y que se nos proponen para imitar? Él mismo dijo: Quien me ama, que me siga (posiblemente Juan XII, 26). Y el Apóstol: Quien dice que permanece en Cristo, debe andar como Él anduvo (I Juan II, 6). Se dice que las manos son torneadas, porque sus obras santas avanzaban en justicia sin la imposición de iniquidad por todas partes. Lo que se tornea, se mueve en su redondez sin obstáculo. Así las obras de Cristo se movían en la redondez de la rectitud, porque ninguna culpa se le adhería, ya que su justicia no se desviaba de la redondez. También se dice que las manos son de oro, porque todo lo que exteriormente operaba entre los hombres, interiormente se disponía en la belleza de la divinidad. Las manos del Esposo también se dicen llenas de jacintos, porque quienes imitan sus obras con un corazón piadoso, son enriquecidos en la retribución con los dones de la felicidad eterna. Por eso el mismo Redentor dice: Quien me sirve, que me siga; y donde yo estoy, allí también estará mi servidor (Juan XII, 26). Sigue:

(Vers. 14.) Su vientre es de marfil, adornado con zafiros.

21. ¿Qué se designa por el vientre, sino la mortalidad? ¿Y qué por el marfil, sino la incorruptibilidad? El marfil se considera un hueso muy duradero y se usa en los ornamentos de los reyes. Por tanto, el vientre de Cristo se dice correctamente de marfil, porque la mortalidad de Cristo se lleva a la inmortalidad, al ser colocada por la resurrección en la gloria de su Padre, el rey eterno, en la vida eterna. De quien se dice: Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre Él (Rom. VI, 9). Quien verdaderamente es asumido en el ornamento de los reyes, porque quien se prueba a sí mismo como rey y señor de su carne, se adorna con la mortalidad y resurrección de Cristo, con el amor del conocimiento y la esperanza de la inmortalidad. Por eso en otro lugar se dice: Quien se gloria, gloriése en el Señor (I Cor. I, 31). Pero el vientre se dice adornado con zafiros, porque en nuestra corrupción que llevó, insertó obras celestiales por los milagros que realizaba en nuestras pasiones. El zafiro, que tiene un color aéreo, bien designa las obras celestiales que se mostraban en los milagros. El vientre de Cristo se adorna con zafiros, porque mientras realizaba milagros divinos entre las pasiones de la carne, era como si la corrupción se variara con la incorruptibilidad. Con esta disposición, los apóstoles fueron instruidos en la fe y se hicieron robustos para soportar las pasiones. Por eso sigue:

(Vers. 15.) Sus piernas son columnas de mármol, fundadas sobre bases de oro.

22. Por las piernas entendemos a los apóstoles, por quienes recorrió todo el mundo, y al predicarles la fe, la esparció entre los pueblos que escuchaban. A quienes Él mismo dijo en el Evangelio: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI, 15). Pero se dice que las piernas son columnas de mármol, porque sostienen inflexiblemente a la Iglesia, mientras se fortalece contra todos los adversarios con sus predicaciones y ejemplos. Las columnas están fundadas sobre bases de oro, porque recibieron la fe íntegra de los dichos

de los profetas para ser fuertes. Por eso el primer apóstol dice: Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro (II Pedro I, 19). Por eso se dice que son de oro, porque se sabe que resplandecen con la luz de la sabiduría. Sigue:

(Vers. 15.) Su aspecto es como el Líbano, escogido como los cedros.

23. El Líbano es un monte en el que hay árboles muy altos y fragantes. El Líbano se interpreta como blanqueamiento o emblanqueamiento. Y de Cristo dice el apóstol Pablo: Él se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y santificación y justicia (I Cor. I, 30). Bien, entonces, su aspecto es como el Líbano, porque por Él los creyentes somos emblanqueados; si nos adherimos a Él profundamente, nos hacemos sublimes. De cuya gracia también recibimos el olor de buena opinión, si lo tenemos. También se dice que es escogido como los cedros, porque el Padre habla de Él: He aquí mi siervo a quien he elegido, mi amado, en quien mi alma se complace (Isaías XLII, 1). El cedro es un árbol muy alto, fragante e imputrescible. Cristo es más alto que los cedros, porque aunque es hombre, no deja de ser Dios. De quien se dice por Isaías: Y será muy sublime (Isaías LII, 14). Cristo es también más fragante que todos, porque Él mismo dice de sí mismo: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles (Cantar de los Cantares II, 1). Y por la esposa se le dice: Corramos en el olor de tus ungüentos (Cantar de los Cantares I, 3). De quien aquí bien sigue:

(Vers. 16.) Su garganta es suavísima, y todo Él es deseable.

24. Por la garganta se transfieren las voces y se absorben los sabores en el vientre. ¿Qué entendemos, entonces, por la garganta del Esposo, sino el Testamento de Cristo, por el cual Cristo nos habla y en el que los fieles saborean cuán suave es el Señor? Por tanto, se dice que todo Él es deseable, porque por lo que de Él se oye todo bien, el alma santa siempre desea verlo más y más. De cuyos tantos bienes narrados, concluye consecuentemente y dice:

(Vers. 15.) Tal es mi amado, y Él es mi amigo, hijas de Jerusalén.

25. Pero enumeradas tantas alabanzas, mostrados tantos dones, ¿quién al oír no desea, quién al atender no arde? Ciertamente, cada alma fiel, cuanto más dulces y amplios son los bienes que oye de su Redentor, más ardientemente anhela y desea conocer más claramente de Él, diciendo:

(Vers. 17.) ¿A dónde ha ido tu amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿A dónde se ha dirigido tu amado, y lo buscaremos contigo?

Pues cuando un prójimo habla a otro de Cristo, cuando uno pregunta a otro cómo encontrarlo, ¿qué otra cosa hace sino investigar cómo debe buscarse? Aunque esto puede entenderse de la Sinagoga, para que alguna vez convertida pregunte a la Iglesia, a la cual inmediatamente la Iglesia responde.

## CAPÍTULO VI.

(Cap. VI.---Vers. 1.) Mi amado descendió a su jardín, al arriate de especias, para pastar en los jardines y recoger lirios.

1. El amado descendió a su jardín, al arriate de especias, porque al visitar la Iglesia, viene con mayor gracia a aquellos que, con obras santas y ejemplos de virtudes, se sabe que emiten el olor de buena fama a sus prójimos. Se alimenta en los jardines cuando se deleita con las

virtudes de muchas almas. Recoge lirios cuando corta de esta vida a los perfectos. Pero porque la santa Iglesia en sus hijos está tan unida a Cristo por la fe, suspendida por la esperanza, y adherida por la caridad, que no ama nada fuera de Cristo, y lo tiene para sí familiarmente inseparable por la fe y el amor, por eso añade:

(Vers. 2.) Yo soy de mi amado, y mi amado es mío, que se alimenta entre los lirios.

2. Es de notar que la Sinagoga, por la predicación de la Iglesia, se convertirá alguna vez a la fe, de modo que negándose a sí misma, siga solo a Cristo, y ame a Cristo con el mismo deseo con que la Iglesia lo ama, a quien, dejando a los demás, ama solo. A quien ya hecha amiga, ya unida como esposa, el Esposo se dirige, congratulándose y diciendo:

(Vers. 3.) Eres hermosa, amiga mía, dulce y hermosa como Jerusalén, terrible como un ejército en orden de batalla.

3. Se dice que la Sinagoga es hermosa y amiga, dulce y hermosa como Jerusalén, porque alguna vez convertida seguirá como la Iglesia los cuatro santos Evangelios. Jerusalén se interpreta como visión de paz. Por la cual bien se figura la santa Iglesia, porque mientras en el mundo siempre sufre presión, despreciando el camino, contempla corriendo cuál es la paz de la patria celestial, confiando en aquel que decía a sus discípulos: En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo (Juan XVI, 33). Dignamente, pues, se dice que la Sinagoga convertida es hermosa y amiga, dulce y hermosa como Jerusalén, porque mientras imita a la santa Iglesia, obra los preceptos de los cuatro Evangelios, de los cuales recibe la belleza de las costumbres para agradar, recoge el ejercicio de la santa operación para adherirse en amistad, aprende la suavidad de la mansedumbre para permanecer, muestra la apariencia de una conversación decorosa para atraer por el ejemplo. De la cual consecuentemente se dice: Terrible como un ejército en orden de batalla. Es conocido por los expertos que cuando los soldados marchan en formación contra los enemigos, si avanzan de manera compacta y concorde, son temidos por los enemigos que vienen contra ellos; porque al no ver en ellos un acceso por una brecha, dudando no encuentran cómo penetrarlos. Y para ellos este baluarte impenetrable se hace, porque al estar ordenados concordemente, se protegen a sí mismos. Pues al hacerse un muro de sí mismos, no dejan acceso a los enemigos para entrar, y al ser buscados para ser muertos, ellos más fácilmente matan. Así sucede en la multitud de los fieles, que mientras no cesa de luchar contra los espíritus malignos, es necesario que se mantenga unida por la paz de la caridad, para que esté a salvo. Pues si mantiene la paz, aparece terrible a los enemigos. Si se divide por la discordia, es fácilmente penetrada por los enemigos por todas partes. Por tanto, que se proteja con la paz, se vincule con la unidad, se una con la caridad; para que mientras no sufre daño en sí misma por una brecha, siga siempre exultante a su líder sin confusión. En la paz, en efecto, se purifica el ojo de la mente, para que se contemple la visión de la bienaventuranza. Que nadie ve tal como es en esta vida, porque es imposible tener la patria mientras cada uno de nosotros gime en el exilio. Por eso el Esposo responde a la santa alma ardiente, anhelante, cercana, diciendo:

(Vers. 4.) Aparta tus ojos de mí, porque ellos me han hecho volar.

4. Dirigimos los ojos al Esposo cuando abrimos un poco la mirada de la mente para ver la bienaventuranza de Cristo. Pero se nos ordena apartar los ojos, para que no pensemos que podemos verla tal como es, por mucho que veamos. Pues esos mismos ojos lo han hecho volar; porque cuanto más se ve, más se reconoce que es invisible. Y vuela de nosotros; porque cuanto más se aprehende con el golpe de la mente, más incomprensiblemente se manifiesta exaltado sobre todo nuestro esfuerzo. Los ojos de la mente hacen esto como si lo

hicieran volar; porque por este tantillo que se ve, aparece muy lejano y volando de nosotros, como se ha dicho. Sigue:

(Vers. 4-6.) Tus cabellos son como rebaños de cabras que suben del monte Galaad. Tus dientes son como rebaños de ovejas esquiladas que suben del lavadero; todas con crías gemelas, y no hay estéril entre ellas.

Como la corteza de una granada, así son tus mejillas, sin lo oculto.

5. Todo esto dicho de la Iglesia lo expusimos anteriormente, como pudimos; por eso ahora evitamos replicar lo mismo de la Sinagoga. Sin embargo, hay una cosa que no se repite de la misma manera; porque allí se dice como fragmentos de granada, pero aquí se dice como la corteza de una granada. Con lo cual no creo que se designe otra cosa que la sangre de los mártires que morirán bajo el Anticristo: y la unidad de la fe, bajo la cual muchos judíos serán comprimidos. En cuya constancia, mientras sufren el derramamiento de sangre, serán adornados con el rubor de la tribulación de la fe como con la corteza. Sigue:

(Vers. 7.) Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas; y las doncellas no tienen número.

6. ¿Qué se designa por las reinas, sino las almas de los santos, que mientras gobiernan prudentemente sus cuerpos y presiden a otros, adquieren para sí un reino eterno? Pues hay algunos en la santa Iglesia que mortifican su carne y la afligen por Dios, vencen los vicios, someten a los demonios como tiranos, gobiernan sabiamente todos sus movimientos para que corran ordenadamente, predicán a otros lo que ellos mismos hacen, arrancan a muchos de las fauces de los demonios luchando con la espada de la palabra. ¿Qué son estas almas sino reinas, que mientras aman mucho al rey Cristo, su esposo, por la mezcla del amor y la execración de la lujuria, engendran hijos reales, es decir, pueblos fieles? A todos los cuales el bienaventurado apóstol Pedro decía: Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido (I Pedro II, 9). Pero se dice que las reinas son sesenta. El número diez multiplicado por seis se completa en sesenta. ¿Y qué se significa por el diez, sino los diez mandamientos de la Ley; y qué por el seis, sino el trabajo de esta vida? Pues en seis días trabajamos lo necesario, y en el séptimo se nos ordena descansar por la Ley (Éxodo XXIII y XXXI). Bien se dice, pues, que son sesenta reinas; porque mientras practican los diez mandamientos en este mundo, y este mundo se desarrolla en seis días de trabajo, en ellas se multiplica el número diez como por el número seis. Pues predicán los diez mandamientos de la Ley, en cuya práctica se ejercitan en la temporalidad de esta corrupción. Multiplican, pues, seis veces diez, o diez veces seis; porque manifiestan con sus obras y predicán con la palabra que este tiempo universal debe ser espiritualmente transcurrido en el cumplimiento de los diez mandamientos de la Ley. Cuya alabanza en este mundo a veces los réprobos observan; y para ser alabados de manera similar, o para obtener algún beneficio en esta vida de cualquier manera, también ellos mismos se hacen predicadores. De los cuales bien se añade: Y ochenta concubinas.

7. Las concubinas no aman verdaderamente, sino fingidamente a sus señores, y no buscan de ellos la posteridad de los hijos, sino la presencia, ni se ejercitan en la continencia, sino que desean satisfacer la lujuria. Así existen falsos predicadores en la Iglesia: porque mientras no aman a Cristo, sino al lucro o la alabanza, no se unen a Cristo espiritualmente y castamente, sino carnal y lujuriosamente. Bien se les llama concubinas; porque a Cristo, a quien predicán, no lo siguen en espíritu, sino en carne. De los cuales el apóstol Pablo decía: Muchos caminan según la carne, pero no según Cristo (Filipenses III, 38). De los cuales el mismo dice: De los cuales os decía a menudo, y ahora os lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo,

cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre. De los cuales el mismo dice: Estos tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su vientre (Romanos XVI, 18). Estas concubinas bien se dicen ochenta; porque aunque aman con todo el corazón las cosas terrenales, sin embargo, hablan de las celestiales. Pues llevamos el número ocho por el diez, y llegamos a ochenta. Por diez, como se ha dicho, se significa el Decálogo: por ocho, la resurrección, porque se prueba que nuestro Redentor resucitó al octavo día. Los predicadores, aunque sean falsos, por el deseo, sin embargo, manifiestan por la palabra tanto la Escritura divina como la resurrección que creemos. Pues si los predicadores predicaran otra cosa, no estarían entre los cristianos; de los cuales en el Evangelio la Verdad dice: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced, pues, y observad todo lo que os digan, pero no hagáis conforme a sus obras (Mateo XXIII, 2).

8. Pero dado que tanto por la predicación de falsos como de verdaderos predicadores muchos llegan a la fe, y con los elegidos entran muchos que no alcanzan la suerte de los elegidos, por eso se añade: Y el número de las jóvenes es incontable. Pues está escrito: La juventud y la adolescencia son vanas (Ecles. 11, 10, según el hebreo): ¿qué entendemos por estas jóvenes, sino almas que, mientras siguen las vanidades de este mundo que aman, exceden el número de los elegidos? De las cuales se dice por el salmista: Anuncié y hablé, se multiplicaron más allá del número (Sal. 39, 6). Porque el número de los elegidos está establecido ante Dios, lo manifiesta el apóstol Pablo cuando dice: Conoce el Señor a los que son suyos (2 Tim. 2, 19). Y el mismo Señor dice: Yo sé a quiénes he elegido (Juan 13, 18). A quienes, porque no los conoce imperfectamente, sino perfectamente, sin duda también conoce el número en el que son elegidos. De los cuales se dice por Pablo: A quienes predestinó y conoció de antemano para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom. 8, 29). Bien, entonces, el número de las jóvenes no es contado; porque mientras por la vanidad que aman no corren en el número de los elegidos, permaneciendo fuera, no llegan al conocimiento divino. A quienes la misma Verdad en el juicio futuro dirá: No os conozco (Mat. 25, 12); y: Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad (Sal. 6, 9). Pero mientras los réprobos buscan lo mundano y dividen su alma por múltiples deseos, cualquier alma santa se une al número de los elegidos, despreciando muchas cosas que ve, y ardientemente desea una que no ve, la cual, mientras no la posee, se nutre en la fe, se une en la caridad. Y mientras sigue aquello que es uno y lo mismo, se forma una sola Iglesia de muchos de este tipo, de la cual se dice por el Esposo:

(Vers. 8.) Una es mi paloma, mi perfecta, una es de su madre, elegida de su progenitora.

9. Nuestra madre es la gracia regeneradora, ante la cual se elige una paloma, porque elige solo a aquellos que permanecen en la simplicidad y no se separan de la unidad. Muchos fieles, mientras se enfocan en lo mismo, mientras se nutren mutuamente con un solo deseo de Cristo, mientras tienen un solo corazón y una sola alma, se vencen en la caridad, y de muchos miembros forman un cuerpo. Y todos viviendo en la simplicidad de la unidad, son una sola paloma. La cual sola se dice perfecta y elegida de su progenitora, porque fuera de esta Iglesia que decimos, nadie es nutrido hacia la perfección, nadie hacia la vida, sino por esta sola con la gracia que fomenta. De la cual bien se añade:

(Vers. 9.) La vieron las hijas de Sion, y la proclamaron bienaventurada: las reinas y las concubinas la alabaron.

10. Las hijas de Sion son hijas de la Iglesia, que mientras contemplan la vida eterna en esta carne, se elevan de la Iglesia peregrina a la Iglesia reinante. Ven las hijas de Sion a la paloma, y la proclaman bienaventurada: porque las almas santas, mientras observan las virtudes de la

Iglesia, irrumpen en alabanza y anhelan su bienaventuranza. La santa Iglesia es nutrida por la gracia de su progenitora, mientras es instruida por la fe, alimentada por la carne de su Esposo, lavada por la sangre, engordada por la Escritura divina. Con tales robustos alimentos expulsa a los demonios, sofoca los vicios, doma la carne, fortalece el espíritu, espera la vida.

Cualquiera que vea todas estas cosas, se levanta correctamente en admiración de inmediato, y la proclama bienaventurada, porque ve a cuánta gloria se eleva por tantas virtudes. Incluso las concubinas con las reinas la alaban; porque aunque los falsos predicadores contradicen con sus obras, sin embargo, muestran a los pueblos las mismas cosas que los verdaderos. De tales, la misma Verdad dice: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Mat. 15, según Isaías 29). Lo cual manifiesta claramente cuando dice de nuevo: Porque dicen, y no hacen (Mat. 23, 3). De los cuales también se dice por el apóstol Pablo: Confiesan conocer a Dios con sus palabras, pero lo niegan con sus hechos (Tito 1, 16). Pero los hombres santos confiesan a Dios con palabras y hechos; porque hacen lo que creen, y a los bienes que hacen, también atraen a otros con palabras y ejemplos. Por cuyas virtudes los adversarios son excitados a la fe, mientras admiran en ellos tanto la piedad de la fe como la constancia de la obra. De donde también la Sinagoga se eleva a la fe, cuando contempla admirando cuáles son los méritos de la fe en la Iglesia, diciendo:

(Vers. 9.) ¿Quién es esta que avanza como el alba que se levanta, hermosa como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?

11. La santa Iglesia avanza como el alba que se levanta en el último juicio, porque dejando las tinieblas de la corrupción, es renovada con la claridad de la incorrupción. Que bien se dice elegida como el sol; porque es llevada a la misma gloria a la que su cabeza, Cristo, quien es llamado el sol de justicia. De donde es que el mismo sol dice: Padre, quiero que donde yo estoy, allí esté también mi servidor (Juan 19, 26; 17, 24). Lo cual también puede entenderse de los miembros de la misma Iglesia que aún viven en esta carne. Hay algunos que con gran intención miran cuáles son los tormentos de los réprobos, y se esfuerzan por examinar sus hechos sin palpar. Y mientras reconocen que han pecado, y por esto temen ir a los tormentos de los réprobos, de repente dejan las tinieblas de la iniquidad, y desean ser encendidos con la luz de la justicia. Pronto se levantan a la santa operación; y por las buenas obras que hacen, comienzan a brillar ante los prójimos. Estos sin duda avanzan como el alba que se levanta; porque de repente, evacuando la noche del pecado, se expanden más y más hacia la luz. Así el alma que antes estaba en tinieblas, ahora aparece resplandeciente; y la que incluso en sí misma estaba oscurecida, ahora resplandece con la luz de la santa operación ante otros. De la cual bien se añade: Hermosa como la luna, elegida como el sol. La luna, mientras ilumina la noche, muestra a los ojos oscurecidos el camino por el que el hombre debe caminar. Así ciertamente cualquier alma que deja las tinieblas y se extiende a la santa operación, mientras da ejemplo de buen obrar a los prójimos, esparce luz a los ojos que se oscurecen. Porque cuando los pecadores ven una buena obra y se convierten a hacer lo mismo, es como si los errantes en la noche regresaran al camino por la luz de la luna. Así, el alma santa, mientras da ejemplos a los pecadores, brilla como la luna en la noche. Pero cuando crece más y más, y de día en día por la costumbre de la obra recibe tan perfectamente la luz de la justicia, que incluso da ejemplos de imitación a los buenos, que antes solo aparecía imitando a los pecadores, ciertamente ya la luna se convierte en sol; porque la que antes brillaba en la noche a los errantes, ahora manifiesta la luz de la verdad a los que caminan en el día. De ahí que sigue: Elegida como el sol. De la cual bien se añade: Terrible como un ejército en orden de batalla. Esto, porque ya se ha dicho, no es necesario exponerlo de nuevo, para que no parezca generar fastidio. Sigue entonces el Esposo, y dice la causa por la cual tanta virtud puede

crecer en la Iglesia. Pues es renovada por la visitación, y lo que en ella es oscuro, es iluminado por su mirada. Y de ahí que añadiendo dice:

(Vers. 10.) Descendí al huerto de los nogales, para ver los frutos del valle; y para inspeccionar si florecían las viñas, y si brotaban las granadas.

12. ¿Qué entendemos por las nueces, sino a los perfectos, que mientras retienen la sabiduría divina dentro de sus cuerpos, llevan el núcleo en una cáscara frágil? Hay muchos en la Iglesia que asiduamente atienden a la divina Escritura, y al gustar cuán suave es el Señor, desean gustar más, rumian en su corazón los santos gozos, y rumiando se fortalecen más y más; y sin embargo, exteriormente, a los que no los conocen, parecen viles; porque se ignora qué dulce alimento llevan en su interior. ¿Qué son estos, sino nueces, que llevan la dulzura del núcleo dentro, pero exteriormente muestran la vileza de la carne? De los cuales era el Apóstol, que decía: Tenemos este tesoro en vasos de barro (2 Cor. 4, 7). El huerto de los nogales, por tanto, son los corazones de los santos, que mientras aman, llevan la dulzura celestial en su interior. De donde está escrito en el Salmo: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen! (Sal. 31, 20). Pero, ¿qué es que el Esposo desciende al huerto de los nogales para ver los frutos, cuando más bien debería ver las nueces? Sin embargo, debe saberse que a menudo visita los corazones de los perfectos, y les manifiesta la dulzura de su benignidad; para que a través de ellos venga después a los más débiles, y por ellos conozca cuánto han progresado en el aumento de la justicia. De donde está escrito: El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda, que busque a Dios (Sal. 13, 2). Pues cuando la bondad divina ilumina los corazones de los perfectos, y los incita a la preocupación por los prójimos por la solicitud de la caridad, ¿qué es esto sino que viniendo al huerto, a través de ellos a quienes preside, observa los frutos del valle? Entonces el Señor se dice que ve o conoce, cuando exhorta a sus santos a ver, a quienes ilumina. Pero, ¿qué es que desciende para ver los frutos del valle, no los frutos del monte, sino que otorga la mirada de su misericordia a aquellos que reconoce que persisten en la humildad? De lo cual se dice por el salmista: Porque el Señor es excelso, y mira a los humildes, y a los altivos los conoce de lejos (Sal. 137, 6). Y el mismo Señor por su propia voz dice a través del profeta: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras? (Isa. 66, 2). Sigue el Esposo, y dice: Y para inspeccionar si florecían las viñas, y si brotaban las granadas. Las viñas florecen cuando en la Iglesia los hijos recién generados en la fe son preparados para la santa conversación, como para la solidez del fruto. Las granadas brotan cuando los perfectos edifican a los prójimos con sus ejemplos, y los transforman en la novedad de la santa conversación por la predicación y la manifestación de buenas obras. Aquel fruto de granada, a saber, el apóstol Pablo había brotado, que decía: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. 4, 19). Así se actúa en la santa Iglesia, para que por los buenos se conviertan los malos, por los perfectos se nutran los imperfectos, hasta que ellos mismos lleguen a la perfección, y conduzcan a los débiles a mejores cosas, como ellos fueron conducidos. Esto lo contempla el Esposo de la Iglesia visitando, y uniendo el cuerpo santo con su mirada: quien se conoce que asumió el cuerpo de la debilidad, para que toda la Iglesia sea transformada en el cuerpo de su claridad. De donde dice el bienaventurado Pablo: Quien transformará el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su claridad (Filip. 3, 21). Todo esto al final del mundo la Sinagoga finalmente lo percibirá, y se reprochará a sí misma por haberlo ignorado tanto tiempo, diciendo:

(Vers. 11.) No lo sabía: mi alma me perturbó, por las cuadrigas de Aminadab.

13. Como si dijera: Viendo tantas virtudes en la santa Iglesia, ¿por qué no lo percibí en tanto tiempo? ¿Por qué permanecí incrédula? ¿Por qué permanecí tanto tiempo en las tinieblas de mi ignorancia por mi infidelidad? Pero se perturba por las cuadrigas de Aminadab, porque alguna vez por la predicación de Cristo es excitada a recibir la fe. Aminadab se interpreta como espontáneo de mi pueblo. Y sin duda Cristo Jesús es llamado espontáneo de mi pueblo por el Padre; porque verdaderamente con espontánea caridad descendió para salvar al pueblo, y para levantarnos de la muerte, con piadosa voluntad y benigna gracia aceptó la muerte en la cruz. De donde él mismo dice al Padre: Voluntariamente te sacrificaré (Sal. 53, 8). Y uno de los redimidos hablando a Cristo decía: Escúchame, Señor, porque tu misericordia es benigna (Sal. 68, 17). Por las cuadrigas de Aminadab, por tanto, la Sinagoga se perturba; porque cuando finalmente contempla los cuatro Evangelios de Cristo corriendo en el mundo, fervientes en los corazones de los hombres por la fe, de inmediato se confunde por las tinieblas de su infidelidad, y con la confusión saludable que surge, se mueve a la penitencia. A quien la Iglesia habla benignamente, diciendo:

(Vers. 12.) Vuelve, vuelve, Sunamita, vuelve, vuelve, para que te contemplemos.

14. Sunamita se interpreta como cautiva. Sunamita, por tanto, es llamada a volver; porque a la Sinagoga al final del mundo se le ofrecerá la fe por la Iglesia, para que reciba la dignidad primitiva, que bajo el yugo de la infidelidad es cautivada por los demonios. Y bien se le amonesta a volver cuatro veces; porque en las cuatro partes del mundo ahora los judíos están dispersos, quienes dondequiera que estén, como se ha dicho, al final del mundo se convertirán, como ha sido predicho por el profeta: Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, las reliquias serán salvas (Isa. 10, 22). Vuelva, por tanto, Sunamita, para que la contemplemos, es decir, que la Sinagoga se convierta a la fe, y en su penitencia muestre a todos cuánto mal hacía cuando crucificaba a su Dios. Pero de inmediato, cuando la Iglesia desea contemplar la fe de la Sinagoga, el Esposo respondiendo con alegría como preguntando, dice:

## CAPÍTULO VII.

(Cap. VII.---Vers. 1.) ¿Qué verás en la Sunamita, sino coros de campamentos?

1. Los campamentos son de los que militan. Se verán campamentos en la Sunamita; porque por la fe, que ahora impugna, entonces robustamente luchará contra los impíos. Pero porque esto se hará por la santa Iglesia para que la Sinagoga se convierta, porque por los sermones y ejemplos de los predicadores se convertirá a la fe, por eso correctamente el Esposo se vuelve a la alabanza de la esposa, diciendo:

(Vers. 1.) ¡Cuán hermosos son tus pasos en tus sandalias, hija de príncipe!

2. La santa Iglesia es llamada hija de príncipe, porque por la predicación de Cristo es regenerada a una nueva vida, quien por el poder de su divinidad, gobierna sobre toda criatura que ha creado. Pero, ¿qué son las sandalias de la Iglesia, sino los ejemplos de los padres precedentes, con los cuales se protege en el camino de este mundo, para que calzada confiadamente avance a través de todas las tribulaciones que surgen? De donde en otro lugar Pablo dice a los predicadores: Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz (Efes. 6, 15). Las sandalias, sin duda, se hacen de animales muertos. Y nosotros calzamos espiritualmente los pies, cuando tomamos ejemplos de los santos padres muertos en la carne, para que a su semejanza expulsemos las tentaciones de este mundo. Sin embargo, puede entenderse que la Iglesia se calza, cuando en su predicación se protege con la muerte de

Cristo para soportar los males que surgen. Hermosos, por tanto, son los pasos de la esposa calzada, que es hija de príncipe; porque ante los ojos divinos agrada el oficio de cualquier elegido que predica según los ejemplos de los padres. Sigue:

(Vers. 1.) La unión de tus muslos, como joyas fabricadas por mano de artífice.

3. Por los dos muslos de la esposa, se designan los dos pueblos de la Iglesia: por la unión de los muslos, se designa la concordia de los predicadores, por quienes los pueblos se unen, mientras la circuncisión y el prepucio son instruidos por ellos en la Fe católica. Que son como joyas; porque mientras en la sabiduría, en la que resplandecen, hacen obras santas, es como si llevaran piedras en oro. De las cuales sigue: Que son fabricadas por mano de artífice. Las joyas son fabricadas por mano de artífice, porque por la obra de Cristo los predicadores son hechos hermosos y útiles. Sigue.

(Vers. 2.) Tu ombligo es un cáliz torneado, que nunca carece de bebida.

4. El ombligo también es el orden de los santos predicadores: que bien se dice cáliz, porque mientras por ellos el pueblo es instruido, por su oficio se embriaga con vino espiritual. Que bien se llama torneado; porque según los modos de los hombres, es necesario que la lengua del predicador se vuelva hacia todos. Que no carece de bebida; porque lo que propina a otros, es necesario que lo beba más abundantemente que los demás, y contenga más plenamente lo que da. Sigue:

(Vers. 2.) Tu vientre es como un montón de trigo, rodeado de lirios.

5. Por el vientre, se designa la amplitud del pueblo: que bien es como un montón de trigo rodeado de lirios; porque mientras atendiendo a las obras santas, se prepara para el granero celestial, está protegido por todas partes por los ejemplos de los santos, para que persevere; de los cuales se dice de nuevo:

(Vers. 3.) Tus dos pechos son como dos crías de gacela, gemelos.

6. Los dos pechos son los dos pueblos: porque mientras viven siempre en amor fraterno, se nutren mutuamente con la leche de la piedad en la caridad. Que bien se llaman dos crías de gacela gemelos: porque mientras por la predicación son engendrados en la fe a la Sinagoga, y son nutridos en sus Escrituras, mirando a la esperanza de la eternidad, como en los montes se alimentan concordemente. De los cuales predicadores sigue:

(Vers. 4.) Tu cuello es como una torre de marfil.

7. El cuello de la esposa se dice como una torre de marfil; porque los predicadores de la Iglesia son tenidos por altos por la contemplación, fuertes por la práctica de las obras santas, y preciosos por la sabiduría divina. De los cuales se dice de nuevo:

(Vers. 4.) Tus ojos son como estanques en Hesebón, que están en la puerta de la hija de la multitud.

8. Hesebón se interpreta como cinturón de tristeza. Los ojos de la esposa se dicen como estanques en Hesebón; porque mientras se entristecen por su peregrinación, y fortalecidos por la tristeza, se ciñen contra los enemigos espirituales, se lavan con lágrimas, para que por ellos los pueblos sean convenientemente purificados ante Dios. Están en la puerta de la hija de la

multitud: porque están en la fe, por la cual introducen a la multitud de la Iglesia a las cosas celestiales. Sigue:

(Vers. 4.) Tu nariz es como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.

9. En la nariz se tiene la discreción del olor. Por la nariz, por tanto, se designa el orden de los predicadores: porque por ellos se nos muestran los olores de las virtudes y los fétidos de los vicios. Pero la nariz es como la torre del Líbano: porque mientras una vez los predicadores son lavados con el agua del Bautismo, y diariamente blanqueados de los pecados que han cometido contra Dios con lágrimas, son dignos de ser elevados más y más a lo alto por la fortaleza. Pero la torre mira hacia Damasco: porque cualquier santo predicador siempre contradice a los pecadores. Damasco se interpreta como sanguíneo, y se dice a la gente pecadora: Tus manos están llenas de sangre (Isa. 1, 16). Pero porque ha hablado de los miembros, es digno que hable de la cabeza. Por eso se añade:

(Vers. 5.) Tu cabeza es como el Carmelo, y los cabellos de tu cabeza como la púrpura del Rey unida a los canales.

10. Cristo, Cabeza de la Iglesia: quien bien puede ser llamado Carmelo; porque él, a través de la pasión que soportó, fue exaltado para la gloria del Padre. De él está escrito: "Y acontecerá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes" (Isaías II, 2). En el Carmelo, Elías orando obtuvo la lluvia (III Reyes 18): y nosotros, orando en el Carmelo, obtenemos la lluvia, cuando creyendo en Cristo deseamos a Cristo, y del Padre recibimos la irrigación de la gracia que pedimos. Moralmente, la cabeza de la esposa es llamada mente: porque así como los miembros son dirigidos por la cabeza, así todos nuestros pensamientos son dispuestos por la mente. Carmelo se interpreta como el conocimiento de la circuncisión. Por lo tanto, se dice que la cabeza de la esposa es como el Carmelo; porque cualquier mente santa sabe cómo circuncidarse dignamente: sabe que nada es lo que se hace en el cuerpo, si la mente está impura; que si se convierte en templo de Cristo, es habitada por él. Lo que los fariseos no hacían, por eso el bienaventurado Esteban les decía a quienes lo mataban: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre resistís al Espíritu Santo" (Hechos VII, 51). Las trenzas de su cabeza se recuerdan como púrpura del rey unida a los canales. La púrpura se ata en haces en los canales, sobre los cuales, cuando se vierte agua, corre por los canales hacia la vestidura que está debajo, para teñirla; y de ahí toma su nombre, para ser llamada púrpura teñida de color púrpura; todo lo cual es congruente con la mente santa, si se entiende. Las trenzas de la cabeza son los pensamientos de la mente, que se atan en los canales, porque se restringen en las Escrituras divinas para que no fluyan inútilmente. Sobre ellas se vierte agua, que tiñe la vestidura real: porque en los pensamientos de la mente santa, se recibe la gracia celestial, y compone toda el alma en un ornamento celestial; para que ya toda el alma arda en la vida eterna, y desee ir al Esposo eterno incluso a través de la sangre del martirio. De toda la Iglesia, Pablo dice: "Que presentó a sí mismo una Iglesia, vestidura sin mancha ni arruga" (Efesios V, 27). Y de cada uno de los fieles de la Iglesia se dice: "Con todos estos te vestirás como con un ornamento" (Isaías XLIX, 18). Así, teñida, así hermosa, así hecha púrpura, el Esposo se regocija y habla a la esposa, diciendo:

(Vers. 6.) "¡Cuán hermosa eres y cuán encantadora, carísima en delicias!"

11. Es de notar que se dice carísima en delicias, porque no llega a la caridad y familiaridad de Cristo quien no se esfuerza por abundar en las delicias de la Sagrada Escritura. De ahí que se

dice: "A todo el que tiene se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado" (Mateo XIII, 12). Quien abunda en estas delicias, se refresca: y al refrescarse, se prepara continuamente para recibir cosas mayores. Por eso a esta esposa carísima se le dice:

(Vers. 7.) "Tu estatura es semejante a la de una palmera, y tus pechos a racimos."

12. La palmera, al crecer, se estrecha hacia abajo y se ensancha hacia arriba. Así, el alma santa comienza desde lo más bajo y, creciendo poco a poco hacia lo más alto, llega a la amplitud de la caridad perfecta. Porque nadie, como está escrito, se hace supremo de repente. En el salmo se dice del hombre justo: "El justo florecerá como la palmera" (Salmo XCI, 13). Los pechos de la esposa son los dos preceptos de la caridad; que poseen el alma, la embriagan y nutren con vino celestial. Sin embargo, también puede entenderse por la palmera la cruz de Cristo. La palmera, al crecer mucho hacia lo alto, produce frutos muy dulces: y la cruz de Cristo nos preparó el alimento celestial. A cuya estatura se asemeja la esposa: porque no duda en morir por Cristo quien, amando mucho a Cristo, lo imita dignamente. De la palmera, el Esposo sigue diciendo:

(Vers. 8.) "Dije: Subiré a la palmera, y tomaré sus frutos; y tus pechos serán como racimos de vid; y el olor de tu aliento como de manzanas."

13. Verdaderamente dijo, y subió: porque así como antes de los siglos dispuso morir por nuestra muerte, así al final del mundo propicio y veraz lo cumplió. Subió, pues, a la palmera, y tomó sus frutos: porque colgado en la cruz, encontró el fruto, lo tomó y nos lo dio. De donde se cumplió lo que sigue: "Y tus pechos serán como racimos de vid." Verdaderamente, por la cruz, los pechos de la esposa son como racimos de vid; porque en la muerte de Cristo, los dos preceptos de la caridad fueron recibidos por el sentido del alma, con los cuales el alma alimentada se embriaga, embriagada olvida lo pasado, y se extiende hacia lo que está adelante. Con estos pechos también nutre a los prójimos, y fortalecidos los lleva consigo a lo que desea. De donde está escrito: "El que oye, diga: ven." Sigue: "Y el olor de tu aliento como de manzanas" (Apoc. XXVIII, 17). Las granadas, de las que se ha hablado tantas veces antes, se recuerdan aquí, cuyo olor se asemeja bien al aliento de la esposa. Por las granadas dijimos antes que se designan los mártires (Cap. 4). Por la boca de la esposa aquí creemos que debe entenderse su predicación. Que mientras predica las virtudes de los mártires, mientras incita a los oyentes a su semejanza, mientras manifiesta que en la predicación de una fe hay muchas virtudes, ¿qué otra cosa lleva en la boca sino el olor de las manzanas? Porque muestra el rubor de la corteza en el martirio que predica, y en las virtudes la multitud de granos bajo la misma fe como bajo la misma corteza. De lo cual se añade:

(Vers. 9.) "Tu garganta es como el mejor vino, digno de mi amado para beber, y de sus labios y dientes para rumiar."

14. En la garganta está la voz. Por la garganta, pues, se designa de nuevo la predicación: que se dice ser como el mejor vino, porque embriaga las mentes de los hombres, para que olviden lo pasado, como se ha dicho, y corriendo hacia lo que está adelante no se cansen. De lo cual la esposa, recibiendo la palabra de la boca del Esposo, añade: "Digno de mi amado para beber, y de sus labios y dientes para rumiar." Tal es el vino de la esposa, que es digno de ser bebido por el amado: porque mientras la santa Iglesia predica la verdadera fe, mientras excita a sus oyentes a las obras santas, mientras demuestra con palabras y obras que es bueno amar, imitar y abrazar solo a Cristo, ¿qué otra cosa hace sino que su vino sea digno de saborear en la boca del Esposo? Que bien se dice que Cristo lo bebe: porque es bebido amablemente por

su cuerpo, es decir, por los pueblos fieles. De lo cual es de notar que todos beben, pero solo los labios y los dientes rumian: porque mientras la Iglesia predica por sus santos, todos escuchan, pero no todos discernen cuánta es la virtud de las sentencias que se dicen. Los labios y los dientes rumian; porque mientras los más perfectos, después de escuchar, recuerdan las palabras, mientras piensan continuamente en lo que han oído, como trayendo de nuevo a la boca lo que han tomado, sienten cuánta es la virtud del alimento que comen. Por eso está escrito en la Ley, que el animal que no rumia se considera impuro (Levítico XI): porque quien no medita en los bienes que oye o lee, vacante de pensamientos santos, necesariamente piensa en cosas impuras. La esposa sigue y dice:

(Vers. 10.) "Yo soy de mi amado, y hacia mí es su conversión."

15. Como si dijera, porque por la fe y el amor me adhiero solo a Cristo, solo lo sigo, solo con el Padre y el Espíritu Santo, un Dios deseo ver, experimento con alegría la suavidad de su mirada, la benignidad de su visita, la dulzura de su conversión, y proclamando experimento:

(Vers. 11, 12.) "Ven, amado mío, salgamos al campo, pasemos la noche en las aldeas; levantémonos temprano para ir a las viñas, veamos si la viña ha florecido, si las flores dan fruto, si han florecido las granadas: allí te daré mis pechos."

16. Mientras la esposa, habiendo experimentado la dulzura del Esposo, se refresca, también piensa en el prójimo, a quien ama como a sí misma por el precepto del Esposo; y porque entiende los preceptos del Esposo, también desea que otros los entiendan, diciendo: "Ven, amado mío, salgamos al campo." El campo, según la Verdad, es este mundo (Mateo XIII). Al campo sale el Esposo con la Esposa, cuando el Verbo de Dios, tomando carne, se muestra al mundo en el tálamo de la Virgen. En las aldeas mora, cuando visita a los Gentiles por la fe, que al recibirla les otorga. Se levanta temprano para ir a las viñas, porque después de su resurrección, sentado en la gloria del Padre, defiende las iglesias que construye. Ve si la viña ha florecido; porque examina con rigor todo el progreso de la Iglesia. Ve si las flores dan fruto, porque observa hasta qué punto crecen los que son tiernos e imperfectos. Ve también si han florecido las granadas; porque observa a los perfectos, y como en las flores reconoce el fruto, ve qué utilidad tienen en los prójimos, de los cuales bien sigue: "Allí te daré mis pechos." En las granadas la esposa da sus pechos al Esposo; porque en los perfectos vive la caridad gemela, de la cual, mientras nutren a los miembros débiles en la Iglesia, es como si amamantaran a Cristo, a quien reconocen presente en sus más pequeños. De los cuales bien se añade:

(Vers 13.) "Las mandrágoras han dado su fragancia en nuestras puertas."

17. ¿Qué se entiende por la mandrágora, una hierba medicinal y fragante, sino la virtud de los perfectos? Por la cual, mientras los perfectos curan las debilidades de los imperfectos, en la fe que predicán, es decir, en las puertas de la Iglesia, se comprueba que son verdaderos médicos. Que mientras distribuyen ejemplos de buenas obras por la santa fama, esparcen como un aroma para sanar a los enfermos. Sigue:

(Vers. 13.) "Todos los frutos, nuevos y viejos, amado mío, te he guardado."

18. Aquí, por frutos, se entienden los sentidos de las Sagradas Escrituras; que mientras llegan a nosotros desde los santos Padres, y se creen, es como si surgieran frutos de los árboles, con los cuales las almas se deleitan. Por lo tanto, todos los frutos, nuevos y viejos, la Esposa los guarda para su Amado; porque así como la Iglesia católica recibe el Nuevo Testamento, no

rechaza el Viejo: así venera el Viejo, que siempre en los mismos sacrificios carnales entiende el Nuevo por el espíritu; en el Nuevo, regocijándose de que Cristo ha venido, en el Viejo, siempre esperando que vendrá, y diciendo:

## CAPÍTULO VIII.

(Cap. VIII.---Vers. 1.) "¿Quién me dará que seas mi hermano, amamantado de los pechos de mi madre, para que te encuentre solo afuera, y te bese, y ya nadie me desprecie?"

1. En la antigua Ley, esperando a Cristo, y permaneciendo en el secreto del Padre, deseaba que viniera afuera en la carne a los ojos humanos. De donde también David, deseando, decía: "Levántate, y no nos rechaces para siempre" (Salmo XLIII, 23). Y en otro lugar: "Inclina tus cielos y descende" (Salmo CXLIII, 5). E Isaías, deseando mucho verlo, decía: "¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras!" (Isaías LXIV, 1). Por lo tanto, la Esposa desea encontrar al Esposo afuera y besarlo; porque anhela que, estando bajo la Ley, aparezca en la carne; para servirle por amor, a quien antes, sin haber recibido la gracia, servía más por temor que por amor. Después de cuyo beso ya no es despreciada por nadie; porque después de que Cristo vino, e infundió su espíritu de libertad a sus fieles, incluso por los ángeles la Iglesia es honrada. De ahí que Josué adoró al ángel (Josué V); pero a Juan, que quiso adorarlo, le dijo: "Mira que no lo hagas, porque soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús" (Apocalipsis XXII, 9). Pero porque la Iglesia lo recibió cuando vino, la Sinagoga lo rechazó, que de nuevo lo recibirá y amará al final del mundo, por eso la Iglesia sigue diciendo:

(Vers. 2.) "Te tomaré y te llevaré a la casa de mi madre, y al aposento de la que me dio a luz. Allí me enseñarás, y allí te daré a beber vino sazonado, y mosto de mis granadas."

2. Tomado, lo lleva a la casa de su madre, porque al final del mundo la Sinagoga predicará a Cristo, en quien cree; y cuando sea recibido por la predicación de la Iglesia, allí enseñará a la Iglesia: porque se alegrará de ser enseñada, cuando vea que la Sinagoga, ya hecha el mismo cuerpo, es instruida con ella. La Iglesia dará vino sazonado, porque predicará el Nuevo Testamento junto con el Viejo a la misma Sinagoga; y como sazonará el vino, porque la dulzura del Evangelio la rodeará con los testimonios de la Ley, que es áspera, para que se sostenga más firmemente. Y le dará mosto de sus granadas, porque le presentará ejemplos de hombres fuertes que mantuvieron la unidad de la Iglesia incluso en el martirio, para que la Sinagoga arda a su semejanza, y no sucumba a las persecuciones del Anticristo, fortalecida por los ejemplos de los mártires precedentes. Porque cuando escuche las victorias de los fuertes combatientes, no dudará en entrar en la lucha a su imitación. Lo cual manifiesta claramente cuando añade:

(Vers. 3.) "Su izquierda esté bajo mi cabeza, y su derecha me abrace."

3. La vida presente es la izquierda de Cristo, y la vida bienaventurada es la derecha. La cabeza, espiritualmente, se dice que es la mente. Dice, pues, la Sinagoga, ya convertida por las predicaciones de la Iglesia, fortalecida por los ejemplos, elevada por la imitación: "Su izquierda esté bajo mi cabeza, y su derecha me abrace." Como si dijera, porque ahora finalmente tengo la fe de Cristo, experimento su gracia inefable, deseable, y siento la dulzura que no sabía desear; ya pospongo todas las cosas terrenales, incluso desprecio la misma vida de la carne por su amor, y anhelo con todos mis deseos ver su bienaventuranza. Porque lo que abraza una cosa, no se ignora que tiene dentro de sí la cosa que abraza por completo. La izquierda, pues, está bajo la cabeza, y la derecha abraza, cuando el alma santa somete a la

mente las cosas que ve, y con todas sus fuerzas y pensamientos desea las que no ve. Hay, pues, ahora algunos que, con tanto deseo buscan las cosas celestiales, que consideran todas las cosas visibles como nada; ocupan su mente sin interrupción en estudios celestiales; para que no les guste hacer otra cosa; lo que está fuera de la acción espiritual, el alma lo desprecia, ama solo esto, desprecia lo demás, a menos que tal vez reconozca que le es necesario. Estos, en verdad, tienen la izquierda bajo la cabeza, porque con la mente elevada hacia la bienaventuranza de Cristo, ven la vida presente debajo de ellos. Y la derecha de Cristo los abraza; porque la caridad celestial, reteniéndolos dentro de sí por completo, los protege. Estos hombres, en verdad, se deleitan en el santo ocio, en el cual disfrutan concupisciblemente de la vida bienaventurada por la contemplación. En la cual contemplación purifican el ojo del corazón, para que, aún estando en esta carne, vean a Dios tanto como se ha dado a la debilidad humana, cuya visión los ilumina, cuya suavidad los refresca. Estos ya experimentan un poco de esa bienaventuranza, de la cual en el Evangelio se dice con la voz de la Verdad: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). Porque lo que será en el futuro, ya comienza a cumplirse en ellos; porque aunque en este mundo aún viven en la carne, ya, sin embargo, por lo que es mayor en ellos, están fuera de la carne. Por estos se cumple lo que se ordena con la voz divina a través del salmista: "Estad quietos y ved que yo soy Dios" (Salmo XLV, 11). Porque cuanto más viven sin el ruido del mundo, más fijan su mente en la visión de Dios por el deseo y la contemplación. Y porque tales muchos de la Sinagoga, al final del mundo, creemos, serán por conversión, bien se entiende que se dice a estos: "Su izquierda esté bajo mi cabeza, y su derecha me abraze." De los cuales y por los cuales el Esposo habla consecuentemente:

(Vers. 4.) "Os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis ni hagáis despertar al amado, hasta que él quiera."

Pero porque esto lo expusimos antes (al vers. 7 cap. II, etc.), nos negamos a exponerlo de nuevo. Pero de la misma Sinagoga ya hecha Iglesia, las hijas de Jerusalén, admiradas, preguntan y dicen:

(Vers. 5.) "¿Quién es esta que sube del desierto, rebosante de delicias, apoyada en su amado?"

4. La santa Iglesia, o cualquier alma santa, sube del desierto, porque estando en el exilio de esta peregrinación, tiende con la mente y los pensamientos hacia los gozos celestiales. De donde también Pablo decía: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses III, 20). Rebosante de delicias, porque atendiendo a las meditaciones de la Sagrada Escritura, alimenta continuamente su mente con alimento celestial. Se apoya en su amado, porque confiando en la ayuda de Cristo solamente, por su don, es trasladada del exilio a la patria. La misma Verdad dice a todos los fieles: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5). De donde recibió, para que pueda subir de lo más bajo a lo más alto, del desierto al reino, manifiesta el amado cuando añade:

(Vers. 5.) "Debajo del manzano te desperté, allí fue corrompida tu madre, allí fue violada tu progenitora."

5. ¿Qué se designa por el manzano, sino la santa cruz? que soportó aquel mal, del cual la misma Esposa dice en lo anterior: "Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos" (Cantar de los Cantares II, 3). Pero Cristo despertó a su esposa debajo del manzano, porque estando en la cruz, llamó a la Iglesia sometida a él a la vida; para que resucitara del sueño de la muerte, y crucificándose con él, se apresurara a una nueva

resurrección. De donde también el Apóstol dice a cualquier alma muerta: "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo" (Efesios V, 14). Y a algunos que ya habían resucitado, en otro lugar dice: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba" (Colosenses III, 1). Pero porque la infidelidad de la Sinagoga crucificó a Cristo, por eso sigue: "Allí fue corrompida tu madre." Debajo del manzano se dice que fue corrompida la madre de la Iglesia, porque cuando fijó a su Salvador en el madero, se corrompió con un crimen nefando. La magnitud de este crimen la inculca, cuando lo repite, diciendo: "Allí fue violada tu progenitora." Pero porque para esto se hizo la ceguera en Israel, para que entrara la plenitud de los Gentiles (Romanos XI), por eso se dice a la Iglesia que entra:

(Vers. 6.) "Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo."

6. En el corazón están los pensamientos, y en el brazo las acciones. Sobre el corazón y sobre el brazo de la Esposa, el amado se coloca como un sello; porque en un alma santa se muestra cuánto se le ama, tanto en la voluntad como en la acción. La mente santa lleva el signo de Cristo tanto interior como exteriormente; porque mientras trabaja asiduamente en sus meditaciones, no cesa de imitarlo en la acción exterior, de modo que no debe dudarse que es su amada. De este signo el mismo Esposo decía a sus discípulos: En esto conocerán todos que verdaderamente sois mis discípulos, si tenéis amor los unos a los otros (Juan XIII, 35). De este amor se añade inmediatamente:

(Vers. 6.) Porque fuerte es el amor como la muerte; dura como el infierno la emulación; sus llamas son llamas de fuego y de llamas.

7. Sin duda se dice bien que el amor es fuerte como la muerte; porque mientras por amor nos mortificamos de los vicios, lo que la muerte hace en los sentidos del cuerpo, el amor lo hace en los deseos de la mente. Hay algunos que aman a Dios de tal manera que descuidan todas las cosas visibles, y mientras su mente se dirige a lo eterno, se vuelven casi insensibles a todas las cosas temporales. En estos, ciertamente, el amor es fuerte como la muerte, porque así como la muerte mata los sentidos exteriores del cuerpo de todo apetito propio y natural, así el amor en tales hombres obliga a la mente, que está atenta a otras cosas, a despreciar todos los deseos terrenales. A estos muertos y vivos decía el Apóstol: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3). Sin duda, estos esconden su vida con Cristo; porque mientras posponen todo lo que vemos, viven verdaderamente y en secreto en lo que no vemos, en la bienaventuranza de Cristo. Porque desprecian la vida falsa, que aparece visiblemente, se esconden en la verdadera vida, que no se manifiesta sino a los ojos invisibles. Sin embargo, puede entenderse que Cristo dice esto de sí mismo, diciendo: Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como la muerte. Como si dijera: Es digno que en la mente y en la acción lleves contigo el signo de mi amor, porque en la fortaleza de tu amor sufrí la muerte, para que tú, que estabas muerta en la infidelidad, resucitando conmigo, vivas espiritualmente en la novedad de la fe.

8. Pero porque no habría sido colgado en la cruz si no hubiera ardido en gran envidia el corazón de la Sinagoga, por eso se añade: Dura como el infierno es la emulación. La emulación se toma tanto para el bien como para el mal. Se toma para el bien, como dice el Apóstol: Emulad los mejores carismas (I Cor. XIII, 11). Pero se toma para el mal, donde Samuel dice a Saúl: El reino te será quitado y dado a tu rival (I Sam. XVII). David es llamado su rival, a quien no se ignora que Saúl envidiaba. Dura es, pues, como el infierno la emulación; porque mientras la Sinagoga pensó que podía enviar a Cristo al infierno, le

envidió hasta la muerte con un corazón despiadado. La emulación fue dura como el infierno; porque así como el infierno tortura sin misericordia a los que retiene, así el pueblo judío, aprehendiendo a Cristo, lo arrastraba a la muerte sin respeto a la piedad. De lo cual se añade bien: Sus llamas son llamas de fuego y de llamas. Porque así como el fuego consume lo que incendia, así los judíos fueron destruidos por su envidia de toda virtud de la fe; de los cuales se dice bien en otro lugar: Y ahora el fuego consume a los adversarios. Como si se dijera: Antes de que lleguen al fuego eterno, se consumen en el presente, porque llevan en sí mismos el fuego de la envidia, que no se lleva sin la combustión del que lo porta. Este fuego de la envidia produjo llamas, cuando por los ejemplos en los que se encendió, incluso en los gentiles, se extendió por todo el mundo hasta los martirios de los cristianos. Pero porque de aquí se levantó el fuego de la envidia, de aquí se levantó el fuego de la caridad, por eso se añade:

(Vers. 7.) Muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos.

9. Los santos mártires ardían vivamente con amor, porque ardían maravillosamente en el amor de Dios y del prójimo. Este amor no podían apagarlo muchas aguas; porque por muchas tribulaciones que les hicieran, no podían transformarlos en odio. Esto sería, sin duda, apagar el amor, si en las tribulaciones que les infligían, pudieran humillarlos al odio de Dios o del prójimo. Pero como se dice aguas, ¿qué se entiende de nuevo por ríos, sino el incremento y la vivacidad de esas mismas aguas? Sabemos que los ríos suelen llamarse aguas vivas. Por lo tanto, tomamos los ríos como las mayores tribulaciones; que mientras brotaron por todo el mundo sobre los mártires, confluyeron con gran ímpetu para apagar el fuego del amor. Pero porque entre los ríos el amor vive tanto, que más bien consumía los ríos que permitirse ser apagado por ellos; por eso muchos incluso de los perseguidores se convertían a ese mismo amor, de modo que dejaban todo lo que poseían en el mundo, y se entregaban a la muerte, que antes infligían cruelmente a los que la sufrían. De donde se añade:

(Vers. 7.) Si un hombre diera toda la sustancia de su casa por amor, la despreciaría como nada.

10. Con la codicia de la sustancia terrenal no se ama a Dios, porque el amor terrenal ensucia el ojo del corazón, para que no se vea la claridad divina. Contra lo cual se dice en el Evangelio: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Y el apóstol Juan dice: Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (Juan II, 15). Y no es de extrañar, ¿cómo puede amar a quien no conoce? 458 ¿O cómo lo conoce, si cierra el ojo del corazón para conocerlo? Pero el hombre da toda la sustancia de su casa por amor, cuando distribuye por Cristo todo lo que posee en el mundo; para que, desechando lo que impide, ame a Dios, y limpiando el polvo de las preocupaciones, abra los ojos para ver. Y cuando ha dado toda la sustancia, la desprecia como nada, porque después de haber limpiado el ojo y contemplado a Dios, en la visión de Él no valora nada de lo que poseía. Esto hicieron los apóstoles, que no solo dejaron lo que poseían, sino también lo que deseaban, para seguir a Cristo. A quienes el mismo Cristo, por quien dejaron todo, decía: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos (Luc. XVII, 10). Pero porque, habiendo desechado la sustancia terrenal, no se asciende inmediatamente a la perfección, porque, habiendo negado las cosas, queda también el trabajo, para que el mismo hombre se niegue a sí mismo, de modo que progrese gradualmente, y cuando sea perfecto, no solo se lleve a sí mismo, sino también a otros con él a la vida, por eso se dice consecuentemente de la nueva y aún tierna Iglesia, o de cada alma:

(Vers. 8.) Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos.

11. Cristo llama hermana a la Iglesia, porque de los mismos apóstoles decía: Id, decid a mis hermanos (Mat. XXVIII, 10). Pero la hermana pequeña no tenía pechos, cuando la Iglesia estaba solo en los apóstoles, en los cuales no podía nutrirse a sí misma ni a otros con la leche de la predicación (Mat. XXVI). ¿Qué podría predicar Pedro a otros, cuando a la voz de una sola criada se negaba y juraba no ser discípulo de Cristo (Juan XX)? La Iglesia, pues, pequeña, no tenía pechos, porque después de la resurrección estaba encerrada en una casa (Hech. I), y no digo que temía predicar, sino incluso ser vista entre sus perseguidores. Consecuentemente se dice:

(Vers. 7.) ¿Qué haremos a nuestra hermana en el día en que deba ser hablada?

Cristo habló a su hermana, cuando envió el Espíritu Santo sobre los apóstoles (Hech. II), y hablándoles en su interior, les enseñó todas las lenguas del mundo con una distribución múltiple. Pero ¿a quién se entiende que pregunta esto, quien todo lo sabe, sino a los santos padres, a quienes instigó a preguntar por el Espíritu Santo? A quienes, con el mismo Espíritu con el que los indujo a la pregunta, les responde inmediatamente de manera conveniente, y dice:

(Vers. 9.) Si es muro, edifiquemos sobre él baluartes de plata.

12. Dado el Espíritu Santo, la santa Iglesia se convierte en muro, porque la que antes era tímida, instruida por el mismo Espíritu omnipotente, se fortalece impenetrablemente para resistir a los adversarios. Lo cual manifiesta el mismo Pedro, antes tímido ante una criada, pronto rígido contra los príncipes, a quienes decía: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hech. V, 29). Y de nuevo: Si es justo escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgad; porque nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído (Hech. IV, 19). Y de los demás discípulos está escrito: Iban los discípulos gozosos de la presencia del concilio, porque fueron tenidos por dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hech. V, 41). He aquí qué tipo de muro se ha convertido la Iglesia, que ahora tan tierna, no lleva sin daño el pie de cualquiera que camina, pero ahora, habiendo recibido al admirable artífice el Espíritu Santo, desprecia ilesa las afrentas de todo ejército asaltante. Sobre el cual se edifican baluartes, porque no solo se defiende, sino que también derriba a los que la atacan resistiendo, se le concede hacer milagros, que cuando los enemigos los ven, temen y se aterrorizan de sus ataques. Estos baluartes se dicen bien de plata, porque los mismos milagros se otorgan con la predicación de la palabra. Y porque la plata es un metal muy sonoro, los baluartes son de plata, porque por los milagros se hizo que sus palabras prevalecieran por todo el mundo, y difundieran inflexiblemente la predicación de la fe por todas partes: lo cual manifiesta el salmista, diciendo: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5). Sigue:

(Vers. 9.) Si es puerta, reforcémosla con tablas de cedro.

13. También decimos bien que la Iglesia es puerta, porque sabemos que recibió de Cristo mismo el poder de abrir y cerrar. La puerta sin duda existe en sus predicadores, porque por ellos se nos abre el acceso a la vida. De donde también se dice al primer pastor de la Iglesia: Todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos (Mat. XVI, 19). O la puerta existe en su misma cabeza, porque él dice verdaderamente de sí mismo: Yo soy la puerta (Juan X, 7). La puerta se refuerza con tablas de cedro, porque la santa Iglesia, predicando la fe, se adorna con multitudes de pueblos; y mientras los pueblos se enriquecen con diversas virtudes, de modo que uno da a

los necesitados lo que posee; otro, desechando todo, incluso se abstiene del legítimo matrimonio; otro progresa tanto que incluso se convierte en predicador de otros; como una pintura con muchos colores, así la Iglesia se embellece con muchas dignidades, que fortaleciéndose con el Espíritu Santo responde alegremente, diciendo:

(Vers. 10.) Yo soy muro, y mis pechos como torres, desde que fui hecha ante él como quien encuentra paz.

14. Tuvo sus pechos como una torre, desde que encontró paz ante el Esposo; porque después de recibir de él el espíritu de paz, nutrió a los predicadores altos en contemplación e inflexibles en fortaleza. Pero ¿qué es que no dice paz, sino como quien encuentra paz; sino porque mientras estamos en este mundo, no desistimos de pecar de todas las maneras, y mientras vivimos con pecado, no tenemos paz perfecta con aquel que vivió sin pecado en la carne? Pero porque la poca paz que tenemos, la tenemos por el mismo Mediador entre Dios y los hombres, por eso se añade:

(Vers. 11.) La viña fue para el pacífico, en la que tiene pueblos; la entregó a los guardianes; el hombre trae por su fruto mil piezas de plata.

15. Se dice que él es nuestro pacífico, porque por él se reconcilia todo el género humano con Dios. A este pacífico le fue una viña, porque plantó la Sinagoga en el trabajo de los preceptos carnales, de la cual se dice: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isa. V, 7). Esta viña existió en la que tiene pueblos; porque fue puesta en la Ley, que reunió bajo sí a muchos pueblos. De los cuales pueblos se dice: Los pueblos meditaron vanidades (Sal. II, 1). Esta viña la entregó a los guardianes; porque sometió la Sinagoga a Moisés y a los demás padres para que la custodiaran. De la cual se añade bien: El hombre trae por su fruto mil piezas de plata. Esta viña produjo fruto, porque de la Sinagoga salió aquel gran racimo que fue traído de la tierra prometida, a saber, Cristo Jesús, por la humanidad. De cuyo fruto el Padre dice a David: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal. CXXXI, 11). 460 Y el Apóstol escribe: De quienes son los padres, y de quienes es Cristo (Rom. IX, 5). Por las piezas de plata en este lugar entendemos toda la sustancia terrenal, de la cual Pedro decía al cojo que pedía limosna: Plata y oro no tengo (Hech. III, 6). Por el fruto de la viña el hombre trae mil piezas de plata; porque quienquiera que se comporta virilmente en la fe que ha recibido, de buena mente y perfectamente deja todas las cosas terrenales, para tener verdaderamente a Cristo. El número mil es perfecto, por eso por él se demuestra la perfección de cualquier cosa. Estas piezas de plata en la Iglesia primitiva las ofrecían aquellos de quienes está escrito en los Hechos de los Apóstoles: Todos los que poseían campos o casas, los vendían, y trayendo los precios de lo que vendían, los ponían a los pies de los apóstoles (Hech. IV, 34). Estos congregados construyeron otra viña, a saber, la santa Iglesia, de sí mismos, y como buenos agricultores, la propagaron con su sangre, y la predicación la extendieron hasta los confines de la tierra; para que ya casi llene todo el mundo, y dé el fruto grato a su debido tiempo. De donde se dice en el Evangelio: A los malos los destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo (Mat. XXI, 41). De esta viña ya bien arrendada, el mismo Pacífico dice:

(Vers. 12.) Mi viña está ante mí.

Su viña está ante él, porque habiendo perdido a los malos labradores, instruye con mirada benigna a la santa Iglesia con buenos doctores. A la cual dice:

(Vers. 12.) Mil son tuyos, oh pacífico, y doscientos para los que guardan sus frutos.

16. ¿Quiénes son estos pacíficos que se dice que son mil y doscientos, sino aquellos superiores de plata, que mientras los dejamos perfectamente, adquirimos paz con los santos por su distribución? De donde también en el Evangelio el Señor dice: Haced amigos con las riquezas de iniquidad; para que cuando falléis, os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). Pero ¿qué entendemos por doscientos, sino la doble retribución que adquirimos, mientras los despreciamos perfectamente por Cristo en este mundo? Mil, pues, y doscientos son las piezas de plata de la Iglesia, porque mientras los fieles dejan todo lo que poseen completamente, y hacen paz con los santos, reciben la retribución más abundante de la vida presente con la celestial. Y esto es lo que el Señor dice en el Evangelio: En verdad os digo, no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o campos, por mí y por el Evangelio, que no reciba cien veces más, ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, y hijos, y campos, con persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna (Mar. X, 29, 30). Pero ¿a quiénes se duplica así esta retribución, sino a aquellos que guardan sus frutos? ¿Quiénes son los que guardan los frutos de la viña, sino aquellos que perseveran en la santa obra que han comenzado? Porque la obra que se comienza con santo deseo, si no se mantiene con constancia de mente hasta el fin, se tiene sin fruto; porque se vacía inmaduramente de aquello de donde había procedido. Por eso el Señor dice en el Evangelio: El que persevera hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Sigue el Esposo, y dice:

(Vers. 13.) Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan, hazme oír tu voz.

17. La Esposa habita en los jardines, porque la santa Iglesia, o cualquier alma santa, se ocupa en la fructificación de las virtudes. El Esposo desea oír su voz, porque esto agrada sumamente a Cristo, que cualquier hombre perfecto amoneste a los débiles con la palabra de la santa predicación. Porque los amigos escuchan, ya que los fieles en la Iglesia esperan con piadoso deseo que hable el amigo del Esposo. Y es de notar que es amigo quien escucha; porque quien ama a Dios con mente íntegra, escucha con gusto al que predica lo que ama. De donde se dice en el Evangelio: El que es de Dios, oye las palabras de Dios (Juan VIII, 47). Pero porque mientras la Iglesia predica la verdad, muchos no entienden, muchos lo que perciben lo subvierten con mala interpretación; por eso la Esposa responde al que la amonesta a predicar, y dice:

(Vers. 14.) Huye, amado mío, y asimílate a la gacela o al cervatillo sobre los montes de los aromas.

18. El amado huye, porque se esconde de los corazones reprobos para que no sea entendido. Porque cuando las mentes reprobadas se acercan a escuchar o leer las palabras de Dios con intención perversa, por justo juicio no encuentran la verdad, que no buscan con digno apetito. 462 De donde la misma sabiduría de Dios dice: Me buscarán los malos, y no me encontrarán (Juan VII, 34). Pero el amado huyendo de los reprobos, busca los montes de los aromas; porque dejando a los perversos, no cesa de visitar las almas santas, que por la contemplación se hacen excelsas, y por las confecciones de las virtudes llevan fragantes ungüentos. Sobre estos montes el amado se asimila a la gacela y al cervatillo; porque se manifiesta en los corazones de los hombres santos, porque con piadosa caridad asumió la humanidad por nosotros. Quien, habiendo nacido de los antiguos padres, vino como cervatillo, como se dijo anteriormente. Quien siendo rico, se hizo pobre para que nos enriqueciéramos; y siendo sobre todo excelso, asumió nuestra humildad con inefable dignación. A quien rendimos inmensas gracias mientras vivamos; a quien entregado por nosotros a la muerte, y resucitado a la inmortalidad, le debemos a nosotros mismos, tanto espíritu como cuerpo (II Cor. VIII): Quien

vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los infinitos siglos de los siglos. Amén.